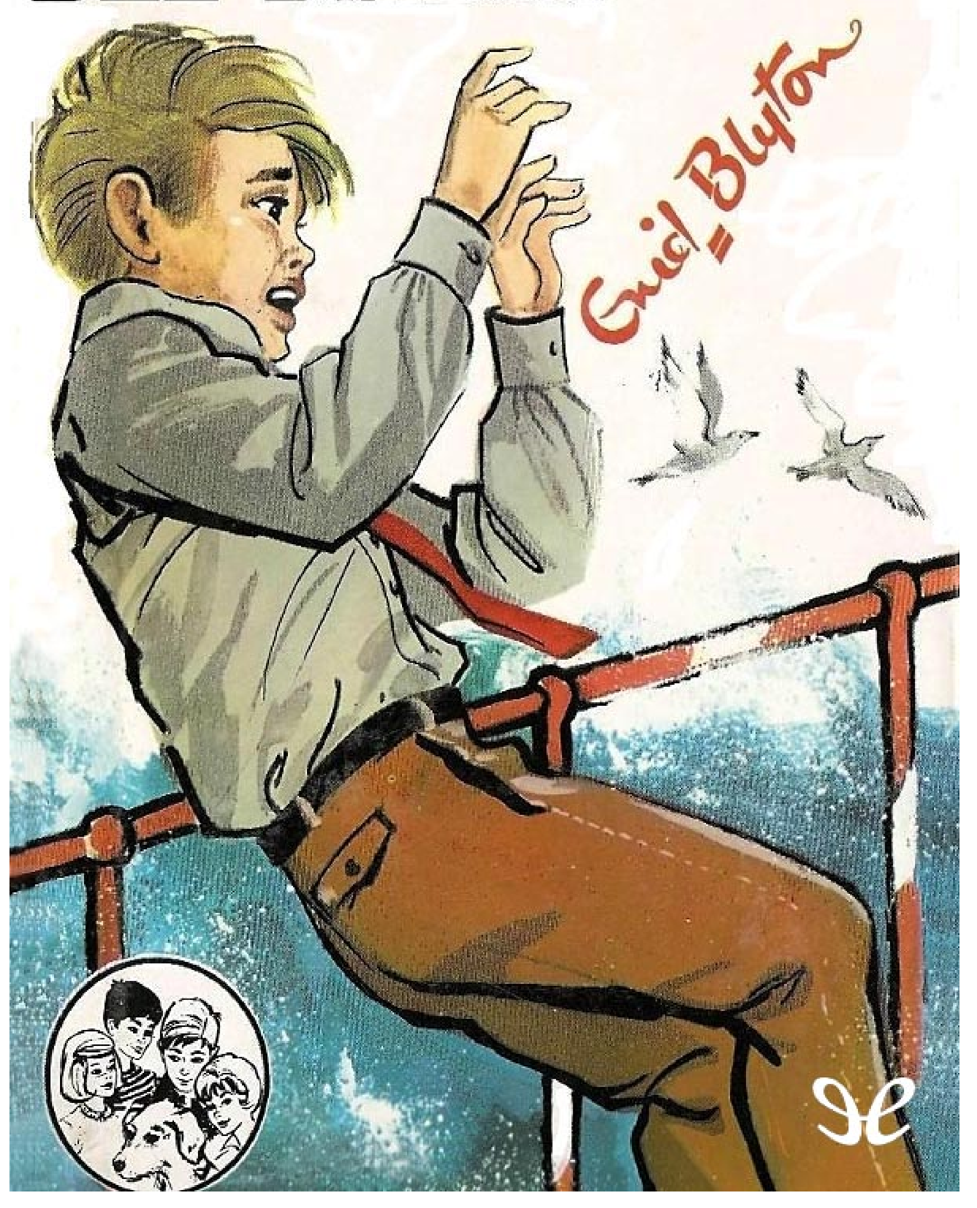
LOS CINCO EN LAS ROCAS DEL DIABLO



¡Hasta un mono tienen en «Villa Kirrin» estas vacaciones! La tía Fanny no sabe cómo va a poder con tantas visitas; además de Los Cinco, están el profesor Hayling, su hijo *Manitas* y *Travieso*, el mono de éste. Pero los nervios de dos sabios trabajando, con cinco niños, un perro y un mono, se ponen especialmente a prueba. Por suerte, *Manitas* tiene una idea estupenda: pasar unos días en su faro, en las Rocas del Diablo, en compañía de Los Cinco.

¡Qué aventura vivir en un auténtico faro! Y tienen, además, un bote de remos. Todo es perfecto para pasar las mejores vacaciones del mundo. Pero…

¿Los Cinco van a dejar un misterio sin resolver? ¿Acaso no intentarán encontrar el supuesto tesoro de Bill *Oreja Cortada* en la Cueva de los Piratas? ¡En qué líos se meten nuestros amigos!



Enid Blyton

Los Cinco en las Rocas del Diablo

Los Cinco - 19

ePub r1.0
liete 04.06.14

Título original: *Five go to Demon's Rocks*
Enid Blyton, 1961
Traducción: Antonio de Quadras
Ilustraciones: José Correas

Editor digital: liete
ePub base r1.1



LOS CINCO

Enid Blyton



LOS CINCO EN LAS ROCAS DEL DIABLO

Capítulo I

LLEGAN TRES VISITANTES

—¡Fanny! —gritaba el señor Kirrin mientras subía las escaleras a todo correr con una carta en la mano—. ¡Fanny! ¿Dónde estás?

—Aquí, querido, aquí. Ayudando a Juana a hacer la limpieza —respondió la señora Kirrin, saliendo de uno de los dormitorios—. ¿Qué es lo que pasa? ¿A qué vienen esos gritos?

—Acabo de recibir una carta de aquel viejo amigo mío, el profesor Hayling —dijo el señor Kirrin—. Te acuerdas de él, ¿verdad?

—¿Te refieres a aquél que pasó con nosotros unos días hace años y siempre se olvidaba de venir a comer? —contestó la señora Kirrin, al tiempo que le daba unos golpecitos en la hombrera de la americana para sacudirle una mota de polvo.

—¡Fanny, no hagas eso! —rechazó su esposo, malhumorado—. Cualquiera pensaría que voy lleno de polvo… Bueno, mi amigo llega hoy en lugar de la semana próxima.

La señora Kirrin se quedó mirando a su marido con expresión asustada.

—¡Pero eso no puede ser! —exclamó—. Precisamente hoy llega *Jorge* para pasar unos días en casa y trae a sus primos con ella. Ya te lo había dicho.

—¡Pues se me olvidó completamente! —contestó el señor Kirrin—. Es igual. Llama a *Jorge* y dile que se quede donde está. No puede venir aquí mientras esté con nosotros el profesor Hayling. No quiero que nadie nos moleste. Tenemos que hablar sobre un nuevo invento suyo… No te pongas así, querida, puede que se trate de algo muy importante…

—También es importante para los Cinco que no saboteen sus planes —replicó la señora Kirrin—. Después de todo, si *Jorge* se marchó a casa de sus primos fue porque tú tenías que escribir algo muy urgente y no querías que te molestase. Hoy es el día en que tenía que volver. Quintín, tienes que llamar al profesor Hayling y decirle que retrase su viaje.

—Está bien, cariño, está bien —concedió el señor Kirrin—. Pero no le va a hacer ninguna gracia. No, ninguna gracia.

Salió del dormitorio y se dirigió al estudio para llamar por teléfono, mientras su esposa corría a preparar las habitaciones para los cuatro niños.

—Ana puede dormir con *Jorge*, como siempre —le dijo a Juana, la cocinera—. Los niños dormirán en el cuarto de los invitados

—Será divertido volver a tener a los niños en casa —comentó Juana, en tanto pasaba el aspirador por la alfombra—. Los echo mucho de menos cuando no están. Ya verá las pastas que les he preparado. ¡Dos latas llenas!

—Eres demasiado buena con ellos, Juana —dijo la señora Kirrin —. No me extraña que te quieran tanto. Ahora… ¡Ah, me llama mi marido! ¡Voy, querido, voy!

Bajó corriendo las escaleras y entró en el despacho. Su esposo sostenía aún el auricular.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo casi gritando—. El profesor Hayling se ha puesto ya en camino y no se puede avisarle para que no venga. ¡Y para colmo se trae a su hijo con él! De manera que serán dos en lugar de uno.

—¡Su hijo! ¡Lo que nos faltaba! Con los niños aquí no habrá sitio para ellos, ya lo sabes.

—Bueno, pues llama a *Jorge* y dile que se quede una semana más con sus primos —repuso el señor Kirrin, molesto—. Al fin y al cabo no hay razón para que se vengan todos aquí.

—Pero, Quintín, sabes perfectamente que los tíos de *Jorge* se van a hacer un crucero y dejan la casa cerrada —contestó su esposa—. ¡Vaya lío! Bueno, llamaré a *Jorge* y trataré de arreglármelas para que no venga.

Una vez más entró en funcionamiento el teléfono y la señora Kirrin trató desesperadamente de ponerse en contacto con *Jorge*.

Durante largo rato no contestó nadie. Por fin sonó una voz: «Dígame…».

—Aquí la señora Kirrin. ¿Podría hablar con *Jorge*, por favor?

—Lo siento, señora, pero ya se han ido los cinco con sus bicicletas —respondió la voz—. Estoy yo solo en la casa. Soy el vecino de al lado. Quedé encargado de cerrarlo todo. Siento no poder avisar a *Jorge*.

—Muchas gracias. No se preocupe —dijo la señora Kirrin, y colgó el teléfono con un gran suspiro.

¿Qué podía hacerse? El profesor Hayling y su hijo estaban ya en camino, lo mismo que los Cinco, y ya no era posible avisarles. ¡Qué jaleo más espantoso iba a organizarse!

—Quintín —dijo la señora Kirrin, dirigiéndose a su marido, que estaba poniendo en orden un enorme montón de papeles—. Quintín, escucha. *Jorge* y los demás han salido ya hacía aquí. No sé cómo me las voy a arreglar para alojarlos a todos. Me parece que alguien tendrá que dormir en la caseta de *Tim*… y a ti tendré que hacerte la cama en la carbonera…

—Estoy muy ocupado —respondió su esposo sin escucharla—. Tengo que poner todos estos papeles en orden antes de que llegue el profesor Hayling. A propósito, querida, diles a los niños que procuren no hacer ruido mientras esté aquí el profesor. Tiene muy mal genio y…

—¡Quintín, también yo estoy empezando a ponerme de muy mal genio…! —empezó su esposa—. Y si…

Se detuvo de pronto y señaló asombrada hacia la ventana del despacho.

—¡Mira! ¿Qué es eso que hay en la ventana?

Su marido volvió la cabeza y, a su vez, se quedó asombrado.

—¡Parece un mono! —exclamó—. ¿De dónde diablos habrá salido?

Una voz les llegó del piso de arriba. Era Juana.

—¡Señora! Hay un coche en la puerta. Creo que es la visita que esperaba el señor, un hombre y un niño.

Aturdida, la señora Kirrin seguía mirando al mono que golpeaba el cristal de la ventana mientras musitaba extraños sonidos y apretaba su naricilla contra el cristal, como un chiquillo.

—¡No me digas que tu amigo tiene un mono y se lo ha traído a casa! —gimió la señora Kirrin.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta y la señora Kirrin fue a abrir. Sí, allí estaba el profesor Hayling, el hombre que tan a menudo se olvidaba de venir a comer cuando estuvo pasando unos días en «Villa Kirrin» hacía algunos años. Y junto a él estaba un chico de unos nueve años, con una cara muy parecida a la del mono que llevaba sobre el hombro.

El profesor penetró en la casa tras indicarle al chófer que trajese el equipaje.

—¿Qué tal, señora Kirrin? Encantado de volver a verla. ¿Dónde está su marido? Tengo cosas muy, interesantes que contarle. ¡Ah, Quintín, está usted aquí! ¿Ya me ha preparado sus papeles?

—¡Mi querido y viejo amigo! —dijo el señor Kirrin, estrechando calurosamente su mano—. Es un placer volver a verle. Estoy encantado de que haya podido venir.

—Éste es *Manitas*, mi hijo —presentó el profesor Hayling, dándole al niño una palmada en la espalda que casi lo tira al suelo —. Siempre me olvido de su verdadero nombre. Le llámanos *Manitas* porque siempre está enredando con automóviles. Está loco por ellos. Anda, saluda al señor. ¿Dónde está *Travieso*?

La pobre señora Kirrin parecía incapaz de pronunciar una palabra.

El profesor seguía en la entrada, sin dejar de hablar un momento. El mono había saltado del hombro del niño para instalarse cómodamente encima de la percha de los sombreros.

Desde luego, aquello parecía un circo, pensó la señora Kirrin. ¡Y las habitaciones todavía sin preparar! ¿Cómo se las arreglaría con la comida? Todavía tenían que llegar los primos. ¿Qué estaba haciendo ahora el mono? ¡Dedicándose muecas a sí mismo en el espejo!

Finalmente los visitantes fueron conducidos hasta el salón. El señor Kirrin estaba tan ansioso de discutir algunos problemas con el profesor, que trajo en seguida un enorme montón de papeles y los desparramó sobre la mesa.

—Aquí no, querido, hazlo en tu despacho, por favor —dijo su esposa con firmeza—. ¡Juana! Lleva las maletas al cuarto de

huéspedes. Haz la cama para el chico en el sofá. No creo que haya sitio en otra parte.

—¿Y qué hacemos con el mono? —preguntó Juana, mirándolo con aprensión—. ¿También necesita una cama?

—Él duerme conmigo —replicó de pronto *Manitas* con una voz sorprendentemente débil. Y de repente subió a toda velocidad las escaleras emitiendo una serie de atroces sonidos. La señora Kirrin se le quedó mirando extrañada.

—¿Le pasa algo? —preguntó.

—No, sólo está imitando un coche —respondió su padre—. Ya le dije que estaba loco por los automóviles. No puede remediarlo, siempre está haciéndolo.

—Soy un coche, un «Jaguar» —gritó *Manitas* desde lo alto de la escalera—. ¿No oís mi motor? *Travieso*, ven a dar un paseo. ¡RRRRRRR!

El mono subió las escaleras y se acomodó en el hombro del muchacho, parloteando con su divertida voz. El «Jaguar», aparentemente, se dedicaba a hacer el recorrido de los dormitorios, soltando un bocinazo de vez en cuando.

—¿Dice usted que siempre está haciendo eso? —preguntó el señor Kirrin, sorprendido—. ¿Y cómo se las arregla usted para poder trabajar?

—No hay cuidado. Tengo una habitación a prueba de ruidos en mi jardín —contestó el profesor—. Espero que su despacho esté también insonorizado.

—Pues no, no lo está —replicó el señor Kirrin, sin dejar de escuchar al «coche» que se paseaba por el piso de arriba. ¡Vaya un niñito! ¿Cómo era posible soportarlo por más de dos minutos? ¡Y pensar que había venido a pasar varios días!

Cerró cuidadosamente la puerta tras el profesor, pero ninguna puerta era capaz de aislarles de los terribles bocinazos del niño, que seguía jugando en el piso de arriba.

Entre tanto, la pobre señora Kirrin contemplaba las maletas. ¿Por qué no podía el profesor irse a un hotel? ¿Qué clase de vida iba a ser aquélla con los Cinco, el profesor y aquel niño que se empeñaba en creer que era un automóvil? Y eso sin contar con un mono llamado *Travieso*.

¿En dónde los acomodaría a todos para dormir?

Capítulo II

UN POCO DE EMOCIÓN

Jorge y sus tres primos se hallaban ya en camino hacia Kirrin, pedaleando a través de los campos, seguidos por *Tim*, el perro de *Jorge*, que corría alegremente entre ellos.

—Será divertido estar otra vez en «Villa Kirrin» —exclamó Ana—. Es tan estupendo mirar por la ventana y ver la bahía, tan azul como el cielo. ¡Voto porque vayamos de excursión a la isla!

—Te gustará instalarte otra vez en tu caseta, ¿verdad, *Tim*? —dijo *Jorge*, y *Tim* le lamió el tobillo, soltando un alegre ladrido.

—Hay siempre tanta tranquilidad en «Villa Kirrin» —comentó Julián—. Y tu madre es tan amable y simpática. Espero que no molestemos a tío Quintín con nuestros juegos y bromas.

—No creo que papá tenga ningún trabajo importante entre manos —repuso *Jorge*—. Además, al fin y al cabo sólo vais a pasar una semana con nosotros. Es una lástima que ese profesor amigo suyo llegue la semana que viene, si no, hubieseis podido quedaros más tiempo.

—Bueno, una semana es bastante tiempo —dijo Julián—. Mirad, ahí tenéis la bahía, tan azul como siempre…

Todos se sintieron muy contentos al ver la pequeña bahía azul, y su isla, bañada por el sol.

—¡Qué suerte tienes, *Jorge*! —suspiró Ana—. ¡Tener una isla completamente tuya!

—Sí, es una gran suerte —asintió *Jorge*—. El día en que mamá me la regaló tuve la alegría mayor de mi vida. Durante muchos años había sido de mi familia, y ahora es toda mía. Iremos mañana.

Por fin llegaron al final de su viaje.

—Ya veo las chimeneas de «Villa Kirrin» —anunció Julián, irguiéndose sobre los pedales de su bicicleta—. Y la cocina está encendida. Se ve el humo. Deben de estar preparando la comida.

—¡La estoy oliendo, la estoy oliendo! Creo que hay salchichas —dijo Dick, olfateando.

—¡Burro! —le contestaron los otros tres al unísono. Entraron por la puerta de atrás y dejaron sus bicicletas apoyadas contra la valla.

Jorge empezó a gritar como siempre:

—¡Mamá! ¡Ya estamos en casa! ¿Dónde estás?

Apenas acababa de llamar a su madre, cuando Ana la agarró del brazo.

—*Jorge*, ¿qué es eso? ¡Mira! Allí, mirándonos desde la ventana…

Todos dirigieron la vista hacia el lugar que indicaba Ana, y *Jorge* gritó, sorprendida:

—¡Es un mono! ¡Un mono! ¡*Tim*, quieto! ¡Vuelve aquí! ¡*Tim*!

Pero *Tim* había descubierto ya aquella extraña carita en la ventana y había salido como un cohete para investigar. ¿Sería un perro pequeño? ¿O un antipático gato? Fuese lo que fuese, él iba a sacarlo inmediatamente de la casa. Ladrando con todas sus fuerzas entró a toda velocidad. En su prisa, estuvo a punto de derribar a un niño que se cruzó en su camino. El mono, aterrado, se encaramó a los rieles de las cortinas.

—Deja a mi mono en paz, grandullón —gritó una voz furiosa.

A través de la puerta abierta, *Jorge* vio que el niño daba un fuerte golpe a *Tim*. Corrió entonces hacia él y le golpeó con tanta fuerza como éste había hecho con *Tim*. Luego se le quedó mirando con furia.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo te has atrevido a pegar a mi perro? Tienes suerte de que no te haya devorado. ¿Y quién es ese animal? ¿Qué hace aquí?

El monito estaba aterrorizado. Seguía en el riel de las cortinas, temblando y emitiendo extraños sonidos. Julián llegó al mismo tiempo que Juana, la cocinera.

—¿Qué significa todo este jaleo? —dijo ésta—. Tu padre va a salir furioso del despacho de un momento a otro, *Jorge*. ¡*Tim*! Deja ya de ladrarle al mono, por favor. Y tú, *Manitas*, para ya de llorar y llévate al mono antes de que *Tim* se lo coma.

—No estoy llorando —replicó *Manitas* con furia, al tiempo que se secaba los ojos—. Ven aquí, *Travieso*. No dejaré que este perrazo te haga daño. Lo… lo…

—Lo que harás es llevarte a tu mono, pequeño —le interrumpió amablemente Julián, pensando que el pequeño era muy valiente para imaginarse que podía pelearse con el viejo *Tim*—. Anda, vete.

Manitas chasqueó la lengua, y el mono descendió de su refugio para acurrucarse en su hombro. Colocó sus bracitos en torno al cuello del niño y emitió unos suaves gemidos.

—¡Pobre monito, está llorando! —exclamó Ana—. No sabía que los monos pudiesen llorar. *Tim*, no vuelvas a asustarlo. No te hagas el perdonavidas con animales más pequeños que tú.

—*Tim* nunca se hace el perdonavidas —replicó inmediatamente *Jorge*, enfrentándose a Ana—. ¿Qué quieres que haga si llega a casa y se encuentra a un niño extraño y a un mono? ¿Y tú quién eres?

—No te lo diré —respondió *Manitas*, y salió de la habitación con el mono todavía agarrado a su cuello.

—Juana, ¿quién demonios es? —preguntó Dick—. ¿Y qué está haciendo aquí?

—Ya me imaginé que no os gustaría —repuso Juana—. Se trata de ese profesor, el amigo de tu padre, que pensaba venir a pasar unos días la semana próxima. Telefoneó esta mañana para decir que venía esta semana en lugar de la que viene y que se traía también a su hijo. Claro que no dijo nada del mono.

—¿Se van a quedar en casa? —preguntó *Jorge*, horrorizada—. ¡Pero cómo ha podido permitirlo mamá! Sabía que llegábamos hoy. ¡Cómo ha podido…!

—Tranquilízate, *Jorge* —dijo Julián—. Déjale a Juana que siga explicándonos…

—Bueno, el caso es que llegaron antes de que pudiésemos hacer nada por impedirlo —siguió Juana—. Y ahora tu padre está encerrado en el despacho con el profesor Hayling, el padre del niño, y tu madre y yo no sabemos qué hacer para acomodaros a todos debidamente El niño y su padre, y me imagino que el mono también, compartirán el dormitorio de huéspedes

—Pero ahí es donde iban a dormir Dick y Julián —protestó *Jorge*, perdiendo una vez más los estribos—. Voy a decirle en

seguida a mamá que ese niño no puede quedarse aquí y que…

—No seas burra, *Jorge* —dijo Julián—. Ya nos arreglaremos de alguna manera. No podemos volver a nuestra casa, porque está cerrada.

—Quizá pudierais dormir en el desván… —dijo Juana, no demasiado convencida—. Está lleno de polvo y es muy frío, pero poniendo un par de colchones en el suelo…

—De acuerdo —aceptó Julián—. Nos instalaremos en el desván. Gracias, Juana. ¿Dónde está tía Fanny? ¿Está muy preocupada?

—Bueno, un poco nerviosa, pero ya sabes cómo es, siempre tan amable —contestó Juana—. ¡Y ese profesor Hayling! Entró en la casa como si fuera el dueño, con todo su equipaje y ese niño tan raro y ese mono. Menos mal que el animalito parece simpático. Estuvo mirándome mientras lavaba los platos… ¡Y válgame Dios si no trató de secarlos por mí!

La puerta de la cocina se abrió de pronto y entró la madre de *Jorge*.

—¡Hola, queridos! —les saludó sonriente—. Me pareció oír ladrar a *Tim*. Hola, *Tim*, espera a que veas el mono.

—¡Ya lo ha visto! —gritó *Jorge*, frunciendo el ceño—. Mamá, ¿cómo has podido dejar que viniesen a casa sabiendo que llegábamos nosotros?

—*Jorge*, ya está bien —la reprendió Julián, que veía la cara preocupada de su tía—. Tía Fanny, no te causaremos ninguna molestia. Pasaremos fuera de casa casi todo el tiempo. Te haremos la compra, nos iremos a la isla, te molestaremos lo menos posible, te…

—Eres muy amable, Julián —le interrumpió su tía, sonriendo—. La cosa no va a ser fácil. El profesor Hayling siempre se olvida de la hora de comer y ya sabes cómo es tu tío. Es capaz de olvidarse del desayuno, la comida y la cena durante un año y extrañarse después de sentir hambre.

Todos rieron la broma. Julián rodeó con un brazo el hombro de su tía y le dio un beso.

—Dormiremos en el desván. ¡Verás qué divertido! —le dijo—. Las chicas te ayudarán en la casa y Dick y yo haremos los trabajos pesados. No te puedes imaginar lo guapo que estoy con un delantal

en la cintura y el cepillo en la mano.

Incluso *Jorge* se rió al pensar en Julián ataviado con un delantal. De pronto *Tim* se dirigió hacia la puerta entreabierta y ladró. Olfateaba al mono. Se oyó el parloteo de éste y el perro empujó la puerta. ¿Qué? ¿Acaso pretendía insultarle?

El mono se hallaba una vez más sentado en los rieles de la cortina. Cuando vio a *Tim*, comenzó a bailar y dar volteretas, produciendo un extraño sonido, una especie de risa, *Tim* salió disparado como una flecha hacia la ventana, ladrando con fiereza.

La puerta del despacho se abrió violentamente y apareció, no un profesor enfadado, sino dos.

—¿A qué viene todo este ruido? ¿ES QUE NO SE PUEDE ESTAR NI UN MOMENTO TRANQUILO?

—¡Perdona, querido! —se lamentó la señora Kirrin, presintiendo que ahora que *Tim* y los niños estaban en casa aquello iba a suceder veinte veces al día—. *Tim* todavía no se ha acostumbrado al mono —continuó—. Vuelvan ustedes al despacho y cierren la puerta. Yo procuraré que no les molesten más.

—GUAU, GUAU —ladró *Tim* con todas sus fuerzas El profesor Hayling, asustado, entro en el despacho a toda prisa

—Si *Tim* vuelve a molestar, lo echaré de casa —rugió el señor Kirrin cerrando con fuerza la puerta

—¿Qué ha querido decir con eso mamá? —dijo *Jorge*, roja de rabia—. Si *Tim* se va, yo también me voy. ¡Huy, mira el mono! Está sentado encima del reloj del abuelo. Él es quien debiera irse de esta casa, y no *Tim*

Capítulo III

TRAVIESO, MANITAS Y *TIM*

Julián y Dick se pusieron en seguida manos a la obra y llevaron al desván los dos colchones, algunas mantas y dos cojines que hicieron las veces de almohadas. El desván era muy frío, pero aun así resultaba soportable. Más frío pasarían si hubiesen tenido que dormir fuera, en una tienda de campaña. Entre tanto, *Jorge* se mostraba muy malhumorada.

—Te van a salir arrugas si sigues poniendo esa cara —se burló Dick—. ¡Vamos! ¡Anímate! Tu madre lo está pasando mucho peor que cualquiera de nosotros. La pobre va a tener mucho trabajo durante toda la semana.

Dick tenía razón. No era nada fácil preparar la comida para nueve personas, cinco de las cuales eran niños con un excelente apetito. Juana se pasaba todo el día cocinando, mientras las niñas ayudaban a hacer el trabajo de la casa.

Por su parte, los muchachos iban todas las mañanas en sus bicicletas al pueblo para hacer la compra.

—¿Por qué no ayuda también *Manitas*? —preguntó *Jorge* a la mañana siguiente—. ¿Qué demonios está haciendo ahora en el jardín? Míralo, corriendo como un loco y armando un ruido horroroso. ¡*Manitas*, cállate de una vez! Vas a molestar a tu padre y al mío.

—¡Cállate tú! —le gritó *Manitas* de mala manera—. ¿No te das cuenta de que soy un «Bentley» con un motor muy potente? Mira cómo se para cuando freno. Sin un solo chirrido. Y escucha la bocina. ¡Es maravillosa!

Hizo una imitación muy buena de una potente bocina. Inmediatamente se abrió la ventana del despacho y dos hombres muy enfadados gritaron al unísono:

—¡*Manitas*! ¿Qué significa este ruido tan espantoso? Te hemos ordenado que te estuvieses quieto.

Manitas empezó a explicarles que él era un «Bentley», pero al ver que los dos hombres no se daban por satisfechos con sus explicaciones, les propuso convertirse en un mini-auto.

—¿Veis? Funciona así —dijo, comenzando a moverse despacio y a emitir un apagado ronroneo—. Y…

Pero la ventana se cerró de golpe, por lo cual el mini-auto se dirigió a la cocina anunciando que tenía mucha hambre.

—Yo no alimento coches —le contestó Juana—. No tengo gasolina. Así que puedes marcharte.

El mini-auto salió de la cocina sobre sus dos piernas y se fue en busca de pasajeros. *Travieso*, el mono, que lo estaba esperando, se encaramó encima de él hasta llegar a su hombro.

—Eres mi pasajero —dijo *Manitas*, y *Travieso* se agarró con fuerza a su pelo, mientras el niño corría a toda velocidad por el jardín, aunque ahora procuraba hacer muy poco ruido

—Es un crío muy divertido —comentó Juana con la señora Kirrin—. Y no es malo. ¡Él y sus coches! ¡En mi vida había visto un niño al que le gustasen tanto! Uno de estos días va a convertirse de verdad en uno.

Al día siguiente llovió y *Manitas* no pudo salir al jardín. Todos se sentían a punto de volverse locos al verlo correr sin parar por los pasillos, imitando siempre el ruido de un potente motor.

—¡Oye! —le dijo Juana al pasar por centésima vez por la cocina —. Me importa un rábano que seas un «Morris Minor», un «Austin», un «Cónsul» o aunque sea un «Rolls». ¡Lárgate de mi cocina! ¿Te parece bonito que un coche tan estupendo como un «Rolls» se dedique a robarme los bollos? Tendría que avergonzarse de sí mismo…

—Ya que no puedo conseguir gasolina tengo que tomar algo para poder seguir en marcha, ¿no? —contestó el pequeño, con desparpajo—. Además, mira a *Travieso*. Está comiéndose manzanas en la despensa y sin embargo a él no le dices nada.

—¡Madre mía! ¿Otra vez está ese animal en mi despensa? —gritó la pobre Juana, corriendo a toda velocidad hacia allí—. Me gustaría saber quién le ha abierto la puerta.

—Ha sido *Tim*.

—¡Mentiroso! —le reprendió Juana mientras sacaba al mono de la despensa—. *Tim* sería incapaz de hacer una cosa así. Es muy honrado, no como ese mono ladrón que tú tienes.

—¿No te gusta? —preguntó *Manitas*, con expresión triste—. Pues tú a él le gustas mucho.

Juana miró al monito. Sentado en un rincón, se tapaba la cara con sus manitas con un aspecto muy, muy desolado. Entre los dedos de las manos, uno de sus ojos marrones miraba a la cocinera.

—Eres un embustero, eso es lo que eres —dijo Juana—. Pones cara de ser el mono más desgraciado e inofensivo del mundo y en realidad estás ya pensando en la próxima travesura que harás. Toma este bizcocho, y ve con cuidado de no acercarte a *Tim*. Está muy pero que muy enfadado contigo.

—¿Qué le ha hecho a *Tim*? —preguntó *Manitas*, sorprendido.

—Pues se acercó a su plato y le robó un hueso —contestó Juana —. *Tim* se puso a ladrar como un loco y por un momento creí que iba a morderle la cola. ¡Tendrías que haberlo visto!

Travieso se había acercado mientras tanto a Juana, sin dejar de mirar el bizcocho que la cocinera sostenía en su mano. Ya se había llevado un par de golpes por robar manzanas y temía la rapidez de la mano derecha de Juana.

—Anda, cómete el bizcocho de una vez —dijo ésta—. Y no pongas esa cara tan triste. Lo que pretendes es darme lástima y que te dé otro. ¡Eh! ¿Dónde se ha metido?

El mono había cogido el bizcocho con una de sus pequeñas manitas y había salido disparado hacia la puerta. Estaba cerrada y *Manitas* hubo de abrírsela. En aquel instante entró *Tim*, que desde hacía rato estaba echado al otro lado, olfateando el rico olor de la comida que preparaba Juana, penetrando en la cocina.

Travieso saltó como un rayo al respaldo de una de las sillas y, desde allí, inició un extraño y triste parloteo. Parecía como si pidiese disculpas. *Tim* le miraba con las orejas muy tiesas. Entendía perfectamente el lenguaje animal.

Travieso seguía con el bizcocho entre sus manos. De pronto, se bajó del respaldo y —ante la enorme sorpresa de Juana—, se lo ofreció a *Tim*. El enorme perro lo tomó delicadamente, lo tiró al aire, lo recogió y lo engulló de un solo bocado.

—¡Vaya! ¿Habías visto alguna vez en tu vida cosa semejante? —exclamó Juana, maravillada—. Es como si *Travieso* le pidiese perdón a *Tim* por haberle robado el hueso y luego le ofreciese el bizcocho para congraciarse con él. ¿Qué dirá *Jorge* cuando se entere?

Tim se lamió el morro a fin de comprobar si le quedaba alguna miga de bizcocho y luego dio un rápido lengüetazo a la carita del mono.

—*Tim* le está dando las gracias —dijo *Manitas*, encantado—. Ahora serán amigos. Ya lo verás.

Juana continuaba atónita, pero se sentía muy contenta. ¡Pensar que aquel monito era lo suficientemente listo como para ofrecerle a *Tim* aquel bizcocho que tantas ganas tenía de comerse él mismo! Después de todo, no era tan malo. Corrió en seguida a contárselo a *Jorge*.

Pero *Jorge* no la creyó.

—¡*Tim* nunca aceptaría un bizcocho de ese monito tan tonto! —denegó—. ¡Nunca! Eso te lo estás inventando porque le has cogido cariño a *Travieso*. Espera a que te vuelva a coger el tenedor de las tostadas y ya verás lo que dices entonces…

Sin embargo, bajó con Juana a la cocina, llena de curiosidad por ver si era cierto que los dos animales se habían hecho amigos. ¡Y lo que vio fue muy extraño! *Travieso* se hallaba sentado en el lomo del perro, y *Tim* trotaba solemnemente por la cocina, paseándolo. El monito no dejaba de parlotear, contentísimo, en tanto *Manitas* los miraba entusiasmado.

—¡Más de prisa, *Tim*, más de prisa! ¡Eres un caballo estupendo! Ganarías fácilmente en el hipódromo. ¡Al galope, al galope! —lo animaba el niño.

—No quiero que *Tim* pasee al mono —se enfadó *Jorge*—. Párate, *Tim*. Tienes una pinta la mar de ridícula…

Travieso se bajó inmediatamente, deslizándose por el cuello de *Tim*. Parecía decir: «De acuerdo. No quiero que tu perro parezca

ridículo».

Tim sabía que *Jorge* estaba enfadada y por eso se echó en la alfombra. Inmediatamente *Travieso* se le acercó y se acurrucó entre sus dos patas delanteras, sin demostrar ningún temor. *Tim* torció su enorme cabeza y lo lamió muy amablemente.

A Juana se le saltaron las lágrimas de tanto reír. ¡Este *Tim* era el perro más simpático del mundo entero!

—Mira esto —le dijo a *Jorge*—. Tu perro tiene un corazón de oro. No hay motivo para que le riñas sólo porque haya hecho amistad con el mono, a pesar de haberle robado el hueso.

—No pienso reñirle —respondió *Jorge*, entre atónita y orgullosa de su perro—. Es una maravilla, el mejor perro de todo el país. ¿Verdad que si, *Tim*?

Se acercó a *Tim* y le acarició la cabeza. Él se quedó mirando muy contento y la lamió como diciendo: «Bueno, ya está todo arreglado, ya somos buenos amigos».

Manitas había estado contemplando la escena desde un rincón de la cocina, sin decir palabra. Tenía miedo de *Jorge* y de sus malos humores. Se puso muy contento cuando la vio acercarse a *Tim* y acariciarle la cabeza, sin tratar de molestar a su mono. En su alegría se puso a imitar una bocina, pero hacía tanto ruido que todos comenzaron a gritarle:

—¡Cállate, *Manitas*!

—¡A ver si te estás quieto, caramba!

—¡Guau! —apoyó *Tim*.

—Vas a tener que entendértelas con el señor Kirrin como sigas haciendo ese ruido —dijo Juana—. ¿No podrías jugar a ser algo más silencioso, una bicicleta, por ejemplo?

Manitas pensó que aquélla era una buena idea y se marchó de la cocina haciendo como que pedaleaba, al tiempo que emitía un silbante sonido, como el de las ruedas de bicicleta al rodar por la carretera. Luego decidió imitar el sonido del timbre. Lo hizo con tanta fuerza y con tanta perfección que la señora Kirrin corrió a abrir la puerta pensando que alguien, estaba llamando a ella.

De pronto la puerta del despacho se abrió y en el umbral aparecieron el señor Kirrin y el padre de *Manitas*. El pobre *Manitas* se vio pescado *in fraganti*, y su padre lo sacudió tan fuerte que se le

salieron dos lápices del bolsillo y cayeron rodando por el suelo.

Manitas rompió a llorar. ¡Y de qué manera! *Jorge* salió de la cocina para ver qué pasaba; Dick, Julián y Ana bajaron corriendo las escaleras y Juana apareció tan de prisa que tropezó con el señor Kirrin y casi lo tiró al suelo.

De pronto *Jorge* hizo una tontería: se echó a reír. ¡Y cuando *Jorge* reía había que oírla! Pero ni el profesor Hayling ni el señor Kirrin lo encontraron gracioso. Al contrario, les pareció de muy mala educación. *Jorge* se estaba riendo de ellos y eso no podía tolerarse.

—¡Esto ya es el colmo! —gritó el señor Kirrin, con la cara encendida—. Primero ese niño tocando timbres por todas partes y luego *Jorge* animándole con su risa. ¡No puedo tolerarlo! Estamos llevando a cabo algo muy importante en esta casa, en «Villa Kirrin», algo que puede resultar muy beneficioso para toda la humanidad. Fanny, hazme el favor de mandar a los chicos a cualquier parte. No quiero que anden por la casa sin dejar de molestarnos mientras estamos ocupados en un trabajo tan importante. ¿Me oyes? ¡MÁNDALOS FUERA! ¡ÉSTA ES MI ÚLTIMA PALABRA!

Y él y el profesor Hayling desaparecieron de nuevo en el despacho, cerrando con un fuerte portazo.

Capítulo IV

MANITAS TIENE UNA BUENA IDEA

La señora Kirrin, que había aparecido durante la discusión, suspiró al oír gritar a su marido. ¡Vaya con los científicos!

Siempre tan preocupados por hacer cosas maravillosas para toda la humanidad y a menudo tan despreocupados de si sus familiares se sienten tristes o no Sonrió a *Jorge* y la cogió por el brazo

—Vamos a la salita, pero antes llama a los otros. Hemos de decidir lo que vamos a hacer. Tu padre está haciendo un trabajo estupendo y tengo que confesar que *Manitas, Travieso* y *Tim* no le facilitan precisamente las cosas. Ya lo sé, *Jorge*, ya lo sé: no es culpa de *Tim*, pero tiene un ladrido tan fuerte… Ya lo sabes.

La señora Kirrin se reunió con los niños y con *Tim* en la salita. El mono, asustado ante todos aquellos gritos, se había escondido y no se le veía por ninguna parte. La señora Kirrin llamó a Juana:

—Juana, ven y ayúdanos a decidir lo que debemos hacer. Esto no puede seguir así.

Todos se sentaron con aire muy solemne. *Tim* se deslizó bajo la mesa y apoyó el hocico sobre las patas.

¿En dónde estaría aquel monito que le había dado su bizcocho?

La discusión empezó. *Jorge* fue la primera en hablar, muy indignada.

—Mamá, ésta es nuestra casa. ¿Por qué tenemos que irnos? ¿Sólo porque papá quiere que ese científico amigo suyo pase unos días con él? Yo también tengo que hacer mis deberes y sin embargo no hago una escena cada vez que a papá se le ocurre cerrar una puerta de golpe mientras estoy estudiando. Además…

—Ya está bien, *Jorge* —la interrumpió su madre—. No sé cómo

no comprendes mejor a tu padre. Sois los dos exactamente iguales: impacientes, de mal carácter, aficionados a dar portazos… pero también muy buenos. Ahora veamos si entre todos logramos encontrar alguna solución.

—Me gustaría que pudiésemos irnos a casa —dijo Julián, sintiéndose incómodo—. Pero está cerrada y mis padres se han ido.

—¿Y por qué no nos vamos con nuestras tiendas de campaña a la isla? —propuso *Jorge*—. Sí, mamá, sí. Ya sé lo que me vas a decir. Que sólo estamos a comienzos de abril, que todavía hace demasiado frío… Lo mismo de siempre, pero…

—El parte meteorológico no es nada bueno —rechazó su madre —. Lluvia, lluvia y más lluvia. No podréis acampar si está lloviendo a cántaros. Os pasaréis la vida empapados como una sopa Antes de tres días estaríais de regreso en «Villa Kirrin» con una pulmonía Entonces sí que no sabría qué hacer

—Muy bien, mamá. ¿Tienes tú alguna idea mejor? —dijo *Jorge*, aún enfadada.

—¡Eh! —exclamó de pronto Dick—. ¿Qué es lo que está haciendo ahora ese mono? No le dejéis.

—Sólo está atizando el fuego —protestó *Manitas*—. Aquí hace frío para él.

—¿Y qué travesura se le ocurrirá luego? —suspiró Juana, mientras le quitaba a *Travieso* el atizador—. ¿Es que quieres quemar la casa o qué…?

—Desde luego. *Travieso* siempre está planeando alguna travesura —asintió Dick—. No se puede dejar de vigilarle ni un momento.

—Bueno, no podemos quedarnos aquí, ni ir a la isla Kirrin, ni volver a casa. ¿Qué hacemos entonces? —dijo Julián con cara seria —. Los hoteles son demasiado caros. ¿Y cuál de nuestros amigos estaría dispuesto a alojarnos en su casa a los cinco? Y además con un mono «travieso» y un perrazo con un apetito enorme…

Hubo un largo silencio. ¡Qué problema! De pronto habló *Manitas*:

—Ya sé dónde podríamos ir y divertirnos muchísimo.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde se encuentra ese lugar tan maravilloso? —replicó *Jorge*, incrédula.

—Bueno, estaba pensando en mi faro.

Nadie pronunció una palabra. Se le quedaron mirando con cara de asombro, hasta que *Manitas* repitió enfadado:

—He dicho mi faro. ¿O es que no sabéis lo que es un faro?

—Déjate de tonterías, por favor —dijo Dick—. Ahora no estamos para bromas.

—No es ninguna broma —saltó *Manitas*, indignado—. Es la verdad, puedes preguntárselo a mi padre.

—¡Pero, *Manitas*! ¡Es imposible que seas propietario de un faro! —sonrió la señora Kirrin.

—Pues lo soy —afirmó *Manitas* orgullosamente—. Mirad. Una vez, mi padre tenía que hacer unos experimentos que no se podían llevar a cabo en tierra firme. Por eso compró un viejo faro, fuera de servicio. Allí terminó su trabajo. Yo fui con él. Era estupendo vivir allí, con el aire silbando y las olas rompiendo a nuestros alrededores.

—Pero me imagino que no te lo regalaría, ¿verdad? —preguntó Julián.

—¿Y por qué no iba a regalármelo si yo tenía tantas ganas de él? —contestó *Manitas*—. Él ya no lo necesitaba; nadie se lo hubiese comprado y yo lo deseaba con todas mis fuerzas. Así que me lo regaló en mi último cumpleaños. Es mío, ya os lo he dicho.

—¡Vaya, eso es la mar de divertido! —exclamó Julián—. *Jorge* es propietaria de una isla que le ha regalado su madre, *Manitas* tiene un faro que le ha regalado su padre. Me gustaría que mis padres me regalasen un volcán o algo así de emocionante.

Los ojos de *Jorge* relucían mirando al pequeño *Manitas*.

—¡Un faro enteramente tuyo! ¿Dónde está?

—Como a unos cien kilómetros al oeste de aquí —respondió *Manitas*—. No es muy grande, pero resulta fantástico. El fanal continúa allí, pero ya no se usa.

—¿Y por qué?

—Pues porque construyeron un nuevo faro un poco más allá, mejor situado para advertir a los barcos —explicó *Manitas*—. Por eso pusieron el mío a la venta. Era estupendo para el trabajo que quería hacer mi padre. Allí nadie lo molestaba, aunque se enfadaba bastante por culpa de las gaviotas. Decía que maullaban igual que los gatos todo el santo día y que le hacían sentir ganas de darles un

poco de leche.

Todo el mundo rió las palabras de *Manitas*, por lo que éste se quedó la mar de contento y orgulloso. Incluso la señora Kirrin y Juana reían con todas sus fuerzas. *Manitas* los interrumpió golpeando la mesa.

—Bueno, ¿me creéis o no? —preguntó—. El faro es mío, podéis preguntárselo a mi padre. Lo mejor que podemos hacer es ir allí y quedarnos hasta que nuestros padres hayan terminado su trabajo. Podríamos llevarnos a *Tim* y a *Travieso*. Hay sitio para todos.

La proposición era tan sorprendente que durante unos momentos nadie dijo nada. Luego *Jorge* le dio un amistoso golpe en la espalda.

—Iremos. Resultará la mar de divertido vivir en un faro. Apuesto a que las chicas del colegio no se lo querrán creer cuando se lo cuente.

—Tía Fanny, ¿podremos ir? —preguntó Ana.

—Bueno… La verdad es que no lo sé… —respondió—. Desde luego, es una idea extraordinaria. Tendré que discutirlo con vuestro tío y con el padre de *Manitas*.

—Mi padre dirá que sí, ya lo creo que sí —dijo *Manitas*—. Dejamos allí algunas provisiones y también unas mantas. Será algo fantástico gobernar el faro nosotros solos.

La idea, en efecto, les pareció fantástica a los cinco. Incluso *Tim* agitó alegremente el rabo como si hubiera entendido cada palabra. Quizá lo había entendido, porque nunca se perdía detalle de lo que sucedía.

—Aquí tengo un mapa en el que aparece señalado el faro —dijo *Manitas*, rebuscando en uno de sus bolsillos—. Está ya gastado y sucio de tanto usarlo. Mirad, ésta es la línea de la costa y justamente aquí, construido sobre las rocas, está mi faro. Lo he señalado con un círculo rojo, ¿lo veis?

Se apretujaron para ver el mapa. Nadie dudaba de que aquello era la solución de todos sus problemas. Dick contemplaba asombrado a *Manitas*. ¡Qué suerte ser el dueño de un faro! Nunca había conocido al propietario de un faro. ¡Y pensar que éste era el pequeño y divertido *Manitas*!

—Las rocas en las que fue construido el faro hicieron naufragar muchos buques —continuó *Manitas*—. Los piratas se escondían en la

costa y encendían luces para engañar a los barcos y guiarlos hacia las rocas. Entonces chocaban contra ellas, se rompían en pedazos y todos los pasajeros se ahogaban. Después los piratas esperaban a que las olas llevasen hasta la playa los restos del naufragio y recogían todo lo que tenía algún valor.

—¡Qué malvados! —se horrorizó Dick.

—Hay una Cueva de los Piratas, donde éstos almacenaban todo lo que robaban de los barcos naufragados —dijo *Manitas*—. No he entrado muy adentro, porque me daba miedo, pero dicen que todavía queda un viejo pirata.

—¡Vaya! Eso es una tontería —repuso la señora Kirrin riéndose —. Un cuento inventado para mantener a los niños lejos de las cuevas peligrosas. Bueno, no veo razón alguna para que no vayáis, siempre que el padre de *Manitas* esté de acuerdo.

—¡Gracias, mamá! —gritó *Jorge*, dando un abrazo tan fuerte a su madre que casi la deja sin respiración—. ¡Es fantástico! ¡Vivir en un faro! Parece demasiado bonito para ser verdad. Me llevaré mis prismáticos y veré cómo pasan los barcos.

—Julián podría llevarse su tocadiscos —insinuó la señora Kirrin —. Si hace mal tiempo encontraréis más aburrido de lo que pensáis el estar encerrados en un faro solitario.

—¡SERÁ MARAVILLOSO! —gritó *Manitas*. Y, de pronto, se transformó en un coche de carreras y empezó a correr alrededor de la habitación a toda velocidad, armando un alboroto insoportable. *Tim* ladró y *Travieso* se puso a parlotear con todas sus fuerzas.

—¡Chissst! —ordenó la señora Kirrin—. Harás que tu padre se enfade y estropee tu fantástica idea. Apaga el motor, por favor, y siéntate tranquilo. Hablaré con tu padre tan pronto como me sea posible.

Capítulo V

EL FARO DE *MANITAS*

La señora Kirrin pensó que lo mejor sería dirigirse inmediatamente al despacho de su marido y tratar de hablar con él y con el profesor Hayling sobre el plan de los niños y el faro de *Manitas*. ¿Existía de verdad el tal faro? Llamó discretamente a la puerta y esperó. Oyó el sonido de voces dentro de la habitación, pero nadie le dio permiso para entrar.

Volvió a llamar.

—Y ahora, ¿qué pasa? —gritó el señor Kirrin—. Si eres tú, *Jorge*, vete lejos y no vuelvas. Y si es *Manitas*, dile que se vaya a aparcar al garaje. Supongo que habrá sido él quien ha estado toda la mañana haciendo un ruido infernal.

La señora Kirrin sonrió. Si todos los científicos eran como su marido y el profesor Hayling, no entendía cómo lograban armarse de la suficiente paciencia para hacer ningún trabajo.

Tras esperar un rato, se fue. Quizá pudiese plantear la cuestión durante la comida.

¡Qué alivio disfrutar de un poco de paz en casa durante unos días!

Fue a la cocina en busca de Juana. Allí la encontró. El mono la ayudaba. Se había separado de *Manitas* para ver si podía atrapar algún bocado. Juana le hablaba mientras preparaba unos pastelillos.

—¿Ves? Primero los amaso así y así y luego te doy un trocito para ti. —Y le dio un pedacito.

El mono se mostró encantado. Se encaramó al hombro de la cocinera, le levantó un poco el pelo y empezó a hablarle al oído. Juana fingió que le entendía.

—Desde luego, *Travieso*. Si te portas bien, te daré otro trocito dentro de un rato. Ahora bájate de mi hombro y deja de hablarme al oído. Me haces cosquillas.

—¡Vaya, Juana! Nunca hubiese creído que llegaría a verte haciendo pasteles con un mono en el hombro —dijo la señora Kirrin —. Dime, Juana, ¿qué te parece la idea del faro? Aún no he conseguido entrar en el despacho. ¡Mi marido creyó que era otra vez *Manitas* y me dijo que me fuese a aparcar al garaje!

—Ésa sí que es una idea. ¿Y no es precisamente *Manitas* el que está ahora en la entrada armando todo ese jaleo? Bueno —continuó Juana—, yo creo que si el faro está habitable, ¿por qué no han de ir allí los Cinco, con *Manitas* y el mono? Se divertirán mucho y *Tim* se encargará de cuidarlos. Vivir en un viejo faro les encantará, aunque no lo comprendo. ¡Qué horror! Un sitio solitario y lúgubre, con las olas rompiendo alrededor y un viento que te puede hacer volar la cabeza.

—Pero, ¿tú crees que estarán bien allí? —se preocupó la señora Kirrin.

—Julián y Dick son ya lo bastante mayores como para cuidarse de los otros —contestó Juana—, aunque debo confesar que no me gustaría ni pizca tener que ocuparme de *Manitas*. Espero que no se le ocurra imaginarse que es un avión y tirarse desde el faro.

La señora Kirrin se echó a reír.

—Por si acaso, no se lo digas a él —dijo—. Su manía de ser un coche ya es bastante mala. No me gusta tener que enviar afuera a *Jorge* y a los otros cuando acaban de llegar, pero con esos dos científicos tan irritables en casa no veo otra solución. ¡Mira, el mono! Ha encontrado la bolsa de las pasas.

—¡Eh, *Travieso*! —exclamó Juana, tratando de atraparlo.

Pero el mono se encaramó rápidamente encima de un armario, sosteniendo con firmeza en una mano la bolsa de las pasas. Desde allí comenzó a parlotear débilmente, como si estuviese riñendo a la cocinera.

—Baja inmediatamente con esas pasas —le gritó Juana, avanzando amenazadora hacia el armario—. Baja en seguida o te ataré a esa silla con tu propia cola.

Travieso murmuró algo en su divertido parloteo. Luego introdujo

una de sus manitas en la bolsa y cogió una pasa, pero, en vez de comérsela, se la arrojó a Juana. La pasa alcanzó a la cocinera en la mejilla y Juana se quedó mirando al mono asombrada.

—¡Pero, bueno! ¿Encima te atreves a bombardearme con mis propias pasas? Eso sí que no te lo consiento.

Juana se dirigió al armario, cogió un vaso y lo llenó de agua. *Travieso*, entre tanto, seguía bombardeándolas a ella y a la señora Kirrin con una pasa detrás de otra. Parecía la mar de contento y bailoteaba sobre el armario sin dejar de chillar.

Un tarro que había encima del armario cayó al suelo y se rompió con gran estrépito. El ruido asustó a *Travieso*, que, de un brinco, aterrizó en el montante de la puerta que se hallaba entreabierta.

La puerta del despacho se abrió violentamente y en el umbral apareció el señor Kirrin, seguido por el profesor.

—¿Qué ha sido ese ruido? ¿Qué sucede? ¿Cómo pretendéis que…?

Fue una triste coincidencia el que Juana arrojase el agua del vaso a *Travieso* en aquel preciso instante. *Travieso* seguía sentado en la puerta y el agua le alcanzó de lleno. Parte de ella se estrelló contra la pared y cayó en la cabeza del señor Kirrin, que abría la puerta en aquel momento.

Aterrorizada, Juana corrió a refugiarse en el fregadero sin saber si echarse a reír o presentar sus disculpas.

El señor Kirrin se quedó atónito al sentirse empapado. Miró furiosamente a *Travieso*, seguro de que había sido él quien le había arrojado el agua.

En aquel momento se presentaron en la cocina los Cinco, atraídos por todo aquel escándalo.

—Es *Travieso* —dijo *Manitas*—. Me parece que le ha tirado agua…

—Bueno —dijo Juana asomando tímidamente la cabeza desde el fregadero—, la verdad es que fui yo la que arrojó el agua. Es que…

—¿Que usted me tiró el agua? —exclamó el señor Kirrin, sorprendidísimo—. Pero, ¿qué es lo que está sucediendo en esta casa? Las cosas deben andar muy mal cuando usted se entretiene echándole agua a la gente, Juana. Debería sentirse avergonzada. ¿Es que se ha vuelto usted loca?

—Escucha, Quintín —le tranquilizó su esposa—. Nadie se ha vuelto loco… hasta el momento. Pero pronto lo estaremos todos si esto continúa así. Quintín, ¿me escuchas? Tengo algo importante que decirte. Y a usted también, profesor.

El profesor, recordando sus buenos modales, pidió a la señora Kirrin que siguiese hablando. Pero pronto hubo de detenerse cuando una pasa hábilmente lanzada por *Travieso* le dio en la cabeza. Dick se quedó mirando admirado al monito. ¡Qué fantástica puntería!

—¿Qué es lo que está tirando ese maldito mono? —preguntó el señor Kirrin. No hubo necesidad de que nadie le contestase. Supo en el acto de qué clase de proyectil se trataba, tan pronto como recibió una pasa en plena nariz.

—¡Cogedle en seguida! ¡Encerradlo en la carbonera! Ya estoy cansado de monos que tiran cosas y niños que corren por la casa como coches de carreras. ¡No lo soporto más!

La señora Kirrin lo miró enfadada.

—Escucha, Quintín, tengo algo importante que decirte. ¡ESCUCHA! *Manitas* dice que tiene un faro que su padre le regaló, y sugiere que él y los otros podrían irse a instalar allí. Quintín, ¿me escuchas?

—¡Un faro! ¿Estás loca? ¿De modo que el niñito ese dice que tiene un faro y tú vas y te lo crees? —exclamó sorprendido el señor Kirrin.

—*Manitas* tiene razón. Es cierto —intervino el profesor Hayling —. Compré un faro para trabajar en él en una ocasión en que deseaba alejarme de todo y poder concentrarme. Cuando acabé no pude venderlo, y como *Manitas* me lo pidió con tanta insistencia, se lo regale. Aunque no para vivir en él, claro.

—¡Un faro para poder trabajar! —dijo el señor Kirrin, pensando que aquélla era una idea maravillosa—. Te lo compro. ¿Cuánto…?

—No, Quintín, no harás nada de eso —le interrumpió firmemente su esposa—. Hagan el favor de ESCUCHARME los dos. Los niños quieren saber si pueden ir al faro hasta que hayan acabado su trabajo. Al parecer ellos son una molestia para ustedes… y, en honor a la verdad, he de decir que ustedes son una molestia para ellos.

—¡Fanny! —exclamó su marido, entre atónito y enfadado.

—Papá, escucha. No te molestaremos en unos días. Nos iremos lo más pronto posible si nos dejas ir al faro de *Manitas* —dijo *Jorge*, plantándose con firmeza ante su padre—. No tienes más que decir una palabra: sí. Eso es todo lo que queremos.

—¡Sí! —gritó el señor Kirrin cansado ya de tanta discusión y deseoso de volver a su despacho con el profesor Hayling—. ¡Sí! Id al faro, a la torre de Londres o a vivir al zoológico, si os da la gana. Los monos estarían contentísimos de recibir a ese travieso animal que sigue dando botes y gritos sobre el armario. Id a donde queráis.

—¡Gracias, papá! —se entusiasmó *Jorge*—. Nos marcharemos al faro lo más pronto posible. ¡HURRA! ¡TRES HURRAS…!

Pero, antes de que pudiese continuar, la puerta del despacho se cerró violentamente tras los dos enfadados profesores.

Jorge se agachó, cogió las patas delanteras de *Tim*, lo levantó y empezó a bailar con él alrededor de la entrada, gritando una y otra vez: «¡HURRA! ¡TRES HURRAS POR EL FARO DE *MANITAS*!». La señora Kirrin se dejó caer en una silla y rompió a reír. Juana la imitó.

—Bueno, más vale reír que llorar —dijo ésta al cabo de un rato —. ¡Vaya follón! Será mejor que se vayan cuanto antes, señora. El desván resulta demasiado frío para los niños. Mire al pobre Julián, tiene una tortícolis que casi no puede mover la cabeza.

—¿Y qué importa? —respondió—. Pronto estaremos solos los Cinco y hasta tendremos a dos más para hacernos compañía. Será casi una aventura.

—¿Una aventura? —se sorprendió *Manitas*—. No se encuentran aventuras en un faro. Está en medio de las rojeas, completamente solitario. Allí no puede ocurrir ninguna aventura.

Espera y verás, *Manitas*. No conoces tú a los Cinco. Si hay alguna aventura que correr, siempre se verán metidos en ella.

Capítulo VI

HACIENDO PLANES

Fue muy divertido hacer planes para la excursión al faro. *Manitas* les repitió una y otra vez todos los detalles del mismo.

—Es muy alto y tiene una escalera muy larga de metal, de caracol, que va desde abajo del todo hasta la parte de arriba. Al final hay una pequeña habitación para el fanal que servía de guía a los barcos.

—¡Es la mar de emocionante! —decía *Jorge*—. Pero, ¿qué haremos con *Tim*? ¿Podrá subir una escalera de caracol?

—Bueno, podría dormir abajo si no es capaz de subir —contestó *Manitas*—. En cambio, *Travieso* la sube muy fácilmente. Corre por ella como una flecha.

—Si *Tim* tiene que quedarse abajo, yo dormiré allí con él —afirmó *Jorge*.

—¿Y por qué no vemos antes el faro y decidimos lo de las camas después? —bromeó Julián, dándole un golpecito en la espalda—. Lo primero que tenemos que hacer es ver dónde está situado exactamente y averiguar el camino para llegar hasta allí. Es una pena que *Manitas* no pueda convertirse en un coche de verdad. Nos llevaría en un momento.

Manitas se imaginó inmediatamente convertido en una gran furgoneta, transportando a los Cinco y su equipaje por la carretera. Empezó a correr en torno a la habitación, haciendo su acostumbrado ruido de motor y dando unos bocinazos tan fuertes que todos saltaron en sus sillas. Julián lo atrapó por un brazo cuando pasó a su lado y le obligó a sentarse.

—Si sigues haciendo eso, te dejaremos aquí —le amenazó—.

Ahora veamos tu mapa. Le echaremos un vistazo y luego cogeremos el mapa grande de tía Fanny y trazaremos el camino hasta el faro.

Pronto los Cinco y *Manitas* estuvieron estudiando un mapa a gran escala de la costa. *Travieso* se sentó tranquilamente en el hombro de Dick, haciéndole cosquillas en el cuello.

—Mirad. Éste es el camino que más nos conviene —dijo Julián —. Sigue la línea de la costa, rodea esa bahía y llega hasta estas rocas. Y ahí está el faro. Aunque por carretera es un camino demasiado largo…

—Sin embargo sería mejor ir en coche —replicó Dick—. Tenemos que llevar bastante equipaje. No sólo ropa. También necesitamos cacharros de cocina y platos. Y comida, claro.

—Allí hay provisiones —dijo *Manitas*—. Papá las dejó cuando nos fuimos.

—Pero probablemente ya se habrán pasado —repuso Julián.

—Bueno, de todos modos no debemos llevar demasiadas —insistió *Manitas*—. El camino que va desde las rocas al faro es muy malo, con muchas curvas y baches. Y desde que lleguemos allí lo tendremos que llevar todo a hombros. Además, podemos conseguir alimentos frescos si queremos. El pueblo no está muy lejos. Lo malo es que hay muchos días en que no se puede salir del faro aunque uno quiera. Cuando hay tempestad, las olas rompen por encima de las rocas y, cuando la marea está alta, quedan cubiertas por el agua y el único modo de pasar es en barca.

—¡Eso suena maravillosamente! —dijo Dick, con los ojos brillantes—. ¿Qué piensas de todo, Ana? Hasta ahora no has dicho ni una sola palabra.

—Bueno, la verdad es que estoy un poco asustada —contestó la niña—. ¡Parece tan solitario! Espero que no choque ningún barco contra esas horribles rocas mientras estemos allí…

—*Manitas* dijo que había un faro nuevecito un poco más allá —la tranquilizó Julián—. Su luz hará que los barcos se mantengan alejados de esas rocas tan peligrosas. ¿Es que te gustaría quedarte? Si no quieres venir, tía Fanny se sentirá encantada de que te quedes aquí con ella. Eres como una ratita y no molestarías ni al tío Quintín ni al profesor.

—¡Ni soñarlo! —replicó la pequeña Ana, indignada—. Julián,

¿crees que quedarán aún piratas? No me gustaría ni pizca

—Los piratas pertenecen a un pasado muy lejano. ¡Ánimo, Ana! No se trata más que de una visita a la casa veraniega de *Manitas*. Ha sido muy amable al invitarnos.

—Bueno, sigamos con los planos —intervino Dick—. Llegamos hasta aquí en coche y… ¿Qué decías, *Manitas*?

—Decía que yo os puedo llevar, si queréis —respondió *Manitas* —. Yo puedo con…

—No tienes permiso de conducir, de modo que no digas tonterías —se burló *Jorge*.

—Ya lo sé que no lo tengo, pero puedo conducir lo mismo — insistió *Manitas*—. He llevado muchas veces el coche de mi padre por el jardín y…

—¡Vaya, cállate de una vez! ¡Tú y tus coches! ¿Cuándo podríamos salir, Julián?

—¿Por qué no mañana por la mañana? —dijo éste—. Estoy seguro de que todos se sentirán encantados de que nos vayamos lo antes posible. Para tía Fanny y Juana representa demasiado trabajo el tenernos aquí. Primero buscaremos un coche que nos lleve y luego haremos el equipaje.

—¡Hurra! —gritó *Jorge*, muy alegre. Y dio tal golpe en la mesa que el pobre *Travieso* se encaramó asustadísimo a la biblioteca.

—¡Ay, perdona, *Travieso*! ¿Te he asustado? *Tim*, dile que me perdone, que no quería hacerlo. Probablemente entenderá tu lenguaje perruno.

Tim miró a *Travieso*, gimió dos veces y soltó un guau muy bajito. *Travieso* escuchó ladeando la cabeza y a continuación saltó y aterrizó en la espalda del perro.

—Gracias por transmitirle mi mensaje, *Tim* —dijo *Jorge*. Y todos rompieron a reír.

Tim agitó alegremente el rabo y apoyó su cabeza en el regazo de la niña, como pidiéndole que lo acariciase.

—De acuerdo, querido *Tim*. Entiendo tu lengua, lo mismo si me hablas con la voz como con los ojos —dijo *Jorge*, acariciándolo—. Quieres ir a dar un paseo, ¿verdad?

—¡Guau! —ladró *Tim* corriendo hacia la puerta.

—¿Por qué no aprovechamos para ir hasta el garaje y preguntar

si tienen un coche o una furgoneta para alquilarlos? —propuso Julián—. Tendremos que conseguir también un chófer, necesitamos a alguien que conduzca Vamos, *Tim*.

Todos juntos se dirigieron al garaje del pueblo. Estaba lloviendo. La lluvia se mantuvo durante unos minutos, pero luego salió el sol, haciendo brillar las aguas de la bahía.

—Me gustaría que hubiésemos podido ir a mi isla —comentó *Jorge*—. Pero hace demasiado frío para acampar. De todos modos, lo del faro es también una idea estupenda.

El hombre del garaje escuchó las explicaciones que le dio Julián sobre su deseo de alquilar un coche para ir hasta el faro.

—Es el viejo faro de las Rocas del Diablo, no el nuevo que han construido en Colinas Altas —explicó—. Vamos a pasar unos días allí.

—¿Pasar unos días en un faro? —se extrañó el hombre—. ¿No será una broma?

—No. Es propiedad de uno de nosotros —respondió Julián—. Tenemos que llevar un montón de cosas, y pensamos que ustedes podrían alquilarnos un coche con chófer para mañana. Ya le comunicaremos de algún modo cuándo pensamos volver y puede usted enviar el mismo coche a recogernos.

—De acuerdo —dijo el hombre—. Son ustedes de «Villa Kirrin», ¿verdad? Sobrinos del señor Kirrin. Ah, sí, ya conozco al «señorito Jorge», pero no estaba seguro. A veces viene una gente tan rara a alquilarnos coches…

A *Jorge* la entusiasmó eso de que le llamasen «señorito Jorge». Era estupendo que la tomasen por un chico. Hundió sus manos en los bolsillos de los pantalones y decidió que debía cortarse aún más el pelo… Claro, siempre que mamá la dejase…

—Será mejor que nos llevemos unas mantas y unos cojines —dijo Julián, al salir del garaje—. Y tendremos que ponernos unos jerseys que abriguen de verdad. No creo que haga demasiado calor en el faro.

—Hay un hornillo de gasolina —dijo *Manitas*—. Creo que lo utilizaban para el fanal cuando el faro funcionaba. Lo podemos utilizar como estufa si hace frío.

—¿Qué clase de provisiones dejasteis allí? —preguntó Dick—.

Tendremos que encargar algo en la tienda, y llevar también alguna bebida, gaseosa o algo por el estilo.

—Me parece que dejamos un buen montón de latas de conserva —contestó *Manitas*, tratando de recordar—. Las dejamos por si a mi padre se le ocurría volver alguna vez para trabajar tranquilo.

—¡Vaya! Es una lástima que no se le ocurriese invitar allí a tío Quintín —comentó Julián—. Así, todos contentos.

Fueron todos a la tienda, y Ana encargó todo cuanto se le ocurrió, aparte las conservas.

—Azúcar…, mantequilla…, huevos… Ayúdame, *Jorge*. ¿Qué más podríamos encargar?

—No olvidéis que podremos ir a comprar al pueblo de las Rocas del Diablo —le recordó *Manitas*—. Aunque no será muy apetecible cuando sople el viento. El paso por las rocas se hace muy peligroso entonces. A lo mejor tenemos que pasarnos uno o dos días sin salir del faro. Incluso en barca resultaría demasiado arriesgado.

—Suena muy emocionante —dijo *Jorge*, imaginándose a sí misma sitiada por una feroz tormenta y esperando que viniesen a rescatarla—. Compra algunos bizcochos, Ana, y barras de chocolate. ¡Ah! Y mucha gaseosa. También una botella de limonada y…

—¡Oye! No vayas tan de prisa —la cortó Julián—. ¿Sabes quién tiene que pagar todo eso? Pues yo. Así que tratad de no arruinarme. Aquí tienes una libra. Es todo lo que puedo gastar de momento. Dick pagará la próxima vez que necesitemos algo.

—Bueno, yo también tengo mucho dinero —intervino *Manitas*, sacando de su bolsillo una abultada cartera.

—No me extraña ni pizca que lo tengas —dijo *Jorge*—. Me imagino que tu padre te da dinero cada vez que se lo pides. Es tan despistado que ni siquiera se enteraría si se lo pidieses tres veces en un mismo día.

—Pues el tuyo parece bastante despistado también —saltó *Manitas*—. Esta mañana se puso café en la tostada en vez de mantequilla. Yo lo vi. Y se lo comió tan tranquilo, sin darse cuenta de que era café.

—Bueno, ya está bien —le interrumpió Julián—. No hemos venido aquí a comentar las cosas de vuestros padres. *Manitas*, ¿qué te parece que compremos para la comida de *Travieso? Jorge* ya ha

comprado bizcochos para *Tim* y nos llevaremos además una buena provisión de huesos.

—La comida de *Travieso* se la compraré yo mismo, gracias —dijo *Manitas*, disgustado por la observación de Julián.

Compró una bolsa de pasas, otra de cacahuetes, unas manzanas y algunas naranjas. *Travieso* no se perdía detalle de la compra.

—¡Las manos fuera! —gritó *Jorge* a *Travieso*, al ver que éste había deslizado una de sus manitas hacia la caja que contenía los bizcochos de *Tim*. El monito se subió al hombro de *Manitas* y se cubrió la cara con las manos, como si se sintiese avergonzado.

—Con que compres un poco más de fruta será suficiente —dijo Julián—. Que lo manden al garaje y lo metan todo en el coche. Así lo encontraremos ya todo preparado mañana.

—¡Mañana! —exclamó *Jorge*—. No sé si tendré paciencia para esperar tanto tiempo.

Capítulo VII

EN MARCHA

Aquella noche no hacían más que hablar y hablar sobre lo que iba a suceder al día siguiente: el coche que vendría a buscarlos, el paseo por la costa hasta llegar a las Rocas del Diablo. Explorarían el faro, contemplarían el horizonte, observarían las olas estrellándose contra las rocas…

—Lo que estoy segura de que me va a encantar son las noches — dijo *Jorge*—. Solos por completo en lo más alto de ese faro. Sin nada a nuestro alrededor más que el viento y las olas. Acurrucamos entre nuestras mantas y despertarnos de cuando en cuando para oír el agradable sonido de las olas y el viento

—No te olvides de las gaviotas —la interrumpió *Manitas*—. Se pasan todo el tiempo chillando. ¡Cuánto me gustaría tener alas como ellas, abrirlas, flotar en el viento y planear…!

—Flotar en el viento, sí, eso es exactamente lo que hacen —dijo Ana—. Pero me gustaría que sus gritos no fueran tan tristes.

A la señora Kirrin no le hacía demasiada gracia la excursión de los niños. El parte meteorológico era pesimista y no podía por menos de imaginárselos helados de frío, apretujados los unos contra los otros en el faro Pero tan pronto empezó a expresar sus dudas en voz alta, preguntándose si debía dejarlos ir, los niños elevaron sus voces en coro de indignación

—¡Pero si ya hemos alquilado el coche!

—¡Y hemos comprado montones de comida! Y Juana nos ha preparado una gran lata con toda clase de pastas. Incluso ha hecho una tarta especial para nosotros.

—Mamá, ¿cómo puedes estar pensando en decirnos ahora que

no cuando ya nos habías dicho que sí?

—De acuerdo, de acuerdo —suspiró la señora Kirrin—. No impediré que os marchéis. Pero ponedme una postal de cuando en cuando. ¿Me lo prometéis? Suponiendo que haya donde echarlas, claro está…

—Sí, hay una pequeña estafeta en el pueblo —replicó *Manitas*—. Le enviaremos una postal todos los días y así sabrá que nos encontramos bien.

—Está bien, pero tened en cuenta que si algún día falta la postal empezaré a preocuparme. Así que hacedme el favor de cumplir vuestra palabra. No os olvidéis de llevaros los impermeables, ni las botas de goma, y tampoco…

—¡Mamá! No vayas a decirnos que nos llevemos también los paraguas —la interrumpió *Jorge*—. Los arrastrarla el viento. *Manitas* dice que allí sopla siempre con mucha fuerza

—No te preocupes —dijo Julián—. Cuando haga mal tiempo nos quedaremos dentro del faro, jugando a las cartas mientras la tormenta aúlla a nuestro alrededor. Nos instalaremos en nuestras mantas, con una botella de gaseosa al lado, bizcochos, chocolate…

—¡Guau! —saltó *Tim* al oír aquellas palabras que tanto le gustaban.

—¡Vaya! Ya estás pensando en hartarte de bizcochos de chocolate, ¿eh, *Tim*? —preguntó Dick, acariciándole la cabeza—. Pero haz el favor de no interrumpirnos mientras hablamos. No es de buena educación.

—¡Guau! —respondió *Tim*, como pidiendo excusas y lamiendo la nariz de Dick.

—Creo que lo mejor será que os vayáis pronto a la cama —propuso la señora Kirrin—. Aún os quedan algunas cosas por empaquetar y el coche vendrá a buscaros a las nueve y media.

—Bajaremos a desayunar a las ocho en punto —dijo Julián—. Apuesto a que el profesor no se levantará hasta las once, sin acordarse para nada del desayuno. *Manitas*, ¿llega alguna vez tu padre a tiempo de comerse el desayuno caliente? A mí me parece que nunca se acuerda de la hora de comer, y si se acuerda es cuando han pasado ya varias horas y entonces ya no sabe si está desayunando, comiendo o cenando.

—¡Bah! Cuando veo que no se acuerda de la comida, pues me la como yo toda —contestó *Manitas*, un poco enfadado—. *Travieso* se encarga de ayudarme. ¡Si vieseis cuánto le gusta el jamón!

—La verdad es que ya no me sorprende nada de lo que pueda hacer *Travieso* —rió Julián—. Lo que me pregunto es cómo vamos a poder soportar sus travesuras mientras tengamos que estar encerrados en el faro y no podamos mandarlo al jardín cuando nos harte. Tía Fanny, ¿sabes que esta mañana me cogió el lápiz y se puso a escribir garabatos en la pared de la sala? Menos mal que no comprendo el lenguaje de los monos. No creo que lo que estaba escribiendo fuese nada bonito

—No digas esas cosas de *Travieso* —protestó *Manitas*, molesto—. *Travieso* es un mono muy bien educado. Si vieses alguno de los que yo conozco…

—Muchas gracias, no tengo ninguna gana de verlos —dijo Julián.

Manitas estaba enfadado. Cogió a *Travieso* y salió de la habitación.

Al poco rato, se oyó en la entrada el ruido de un coche, un coche que necesitaba una buena reparación a juzgar por el sonido de su motor.

—Rrrrr, puf, puf, puf, rrrr, puf, puf, puf, rrr, paf…

La señora Kirrin corrió hacia allí.

—Te he dicho mil veces que no juegues a los coches en la entrada. Ven aquí antes de que te oiga tu padre. ¡Válgame Dios! ¡Qué tranquila va a quedar esta casa cuando os vayáis tú y tus coches!

—Ahora era un tractor —explicó *Manitas*, muy serio—. Siempre que la gente se porta mal conmigo o con *Travieso* siento la necesidad de convertirme en un coche.

—A ver si dejas ya de decir tonterías —le amonestó *Jorge*.

—Bueno, pues entonces me voy a la cama —repuso *Manitas*, ofendido.

—Es una buena idea —asintió la señora Kirrin—. Mañana tienes que madrugar. Buenas noches, *Manitas*. Buenas noches, *Travieso*.

Y *Manitas* se sintió amablemente empujado hacia la puerta. Subió las escaleras protestando en voz baja, con *Travieso* sentado en

su hombro. Pero pronto dejó de murmurar. Estaba pensando en el día siguiente.

Irían al faro, a su faro. *Jorge* y los otros se quedarían asombrados cuando lo viesen. Se metió en la cama, y *Travieso* se acurrucó junto a él. Al poco rato, los dos se habían quedado dormidos.

A la mañana siguiente, *Jorge* fue la primera en despertarse. Se sentó en la cama con el temor de que las predicciones meteorológicas hubiesen resultado acertadas y estuviese lloviendo.

Pero no, por una vez se habían equivocado. Lucía un sol espléndido y no se oía el rumor de las olas. Lo cual quería decir que el viento no era lo bastante fuerte como para levantar grandes olas.

Despertó a Ana.

—¡Hoy es el día del faro! Levántate, son ya las siete y media.

Todos llegaron puntualmente para sentarse a la mesa. Todos a excepción del profesor Hayling, claro. Como de costumbre, no apareció hasta que todos habían acabado. Llegó por la puerta del jardín.

—¡Ah! ¿Se ha levantado usted ya? Pensé que todavía estaría durmiendo —dijo la señora Kirrin.

—No. *Manitas* me despertó muy temprano —se quejó el profesor —. O quizá fuese el mono… Realmente no lo sé. A estas horas, los dos me parecen exactamente iguales.

El señor Kirrin también había bajado, pero no se presentó a desayunar. Se había metido directamente en su despacho, como siempre

—*Jorge*, vete a buscar a tu padre —ordenó la señora Kirrin—. Su desayuno pronto estará incomestible.

Jorge fue hasta la puerta del despacho y llamó:

—¡Papá! ¿Es que no quieres tu desayuno?

—¡Pero si ya me lo he tomado! —le contestó una voz sorprendida—. Un par de huevos duros. Estupendos, por cierto.

—¡Papá! Ése fue el desayuno de ayer —replicó *Jorge*, impaciente —. Hoy hay jamón y huevos fritos. Ya te has olvidado otra vez. Anda, ven. Nos vamos al faro dentro de un rato.

—¿Al faro? ¿A qué faro? —preguntó el señor Kirrin, atónito.

Pero no obtuvo respuesta.

Jorge estaba ya de vuelta en el comedor, sin saber si echarse a reír o fruncir el ceño. Desde luego, su padre era tan desmemoriado que algún día iba a olvidar hasta el lugar en que vivía.

Después del desayuno hubo una gran animación. Mantas, abrigos, pijamas, jerseys, latas de pastas horneadas por Juana, bocadillos para comer por el camino, libros, juegos…

Como dijo *Jorge*, cualquiera pensaría que se iban para un mes.

—O el coche llega con retraso o mi reloj adelanta —dijo Dick, impaciente.

—¡Ahí viene! —exclamó Ana, muy contenta—. ¡Ah, tía Fanny, cuánto me gustaría que pudieses venir con nosotros! Nos vamos a divertir tanto… ¿Dónde está *Travieso*? ¡Ah, aquí está! ¿Y *Tim*? *Tim*, vamos a vivir en un faro. No sabes lo que es eso, ¿verdad?

El coche llegó hasta la puerta del jardín de «Villa Kirrin» y el chófer hizo sonar la bocina.

Sobresaltado, el señor Kirrin se volvió inmediatamente hacia el pobre *Manitas*.

—Otra vez tú, con tus tontas ideas de ser un coche y tocar la bocina, ¿eh? ¡Confiesa!

—No, señor, no he sido yo, palabra de honor —protesto *Manitas*, indignado. Y al mismo tiempo se apartó por si acaso de lo que podía convertirse en una fuerte bofetada—. ¿No se da cuenta? Ha sido ese coche.

—Pues le voy a preguntar a ese conductor qué significa eso de venir aquí para tocar la bocina y asustarnos a todos —exclamó el señor Kirrin—. A ver ¿para que ha venido?

—¡Papá! Es el coche que va a llevarnos al faro —dijo *Jorge*, sin saber si enfadarse o tomarlo a broma.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no me lo habíais dicho antes? Bueno, adiós. Divertíos mucho y no olvidéis secaros bien después de bañaros.

Los chiquillos se amontonaron en el coche. El chófer fue colocando el equipaje en el portamaletas.

Cuando vio que *Tim y Travieso* entraban también en el coche, exclamó:

—¿Os parece que tendréis suficiente sitio? Esto parece el arca de

Noé.

Con un fuerte bramido del motor, que *Manitas* se apresuró a imitar entusiasmado, el coche dio la vuelta y emprendió el camino hacia el faro.

—¡Nos vamos! —gritó *Jorge*, feliz—. Y nos vamos solos, sin mayores. Es lo que más me gusta de todo. A ti también, ¿verdad, *Tim*?

—¡Guau! —asintió *Tim*, apoyando su cabeza sobre los pies de *Jorge*. Estaba completamente de acuerdo. ¡Qué fantástico era pasar las vacaciones con *Jorge*! A *Tim* le importaba poco adonde pudieran ir. Iría aunque fuese al fin del mundo, con tal de acompañar a *Jorge*.

Capítulo VIII

¡AHÍ ESTÁ EL FARO!

Una vez en la carretera, *Manitas* entabló conversación con el chófer, preguntándole cosas sobre todos los tipos habidos y por haber de automóviles. Los demás escuchaban muy entretenidos.

—No me gustan demasiado los coches modernos —decía *Manitas* —. Están llenos de accesorios.

—Pues algunos de esos nuevos accesorios me parecen estupendos —dijo el conductor, divertido con aquel niño tan curioso. Apretó un botón situado junto a él. Al instante el cristal de la ventanilla de *Manitas* empezó a bajar lentamente, emitiendo un extraño sonido.

—Oye, no abras esa ventanilla —pidió Ana—. Por lo que más quieras, haz el favor de cerrarla.

Manitas la cerró y empezó de nuevo a charlar de coches. Una vez más, el conductor apretó el botón y en el acto la ventanilla de *Manitas* descendió suavemente. Entraba un aire espantoso.

—¡*Manitas*! Haz el favor de no jugar con la ventanilla —ordenó Julián.

—¡Pero si yo no la he tocado! —contestó *Manitas*, mirando asustado a aquella ventanilla tan juguetona que, de repente, se cerró sola con gran lentitud.

Manitas empezaba a sentirse intranquilo. Vigilaba atentamente la ventanilla, esperando que volviese a abrirse de un momento a otro. Los demás, dándose cuenta de que el conductor podía abrirla y cerrarla automáticamente desde su asiento, se daban codazos unos a otros, riendo.

—Con esto conseguiremos que *Manitas* se quede callado un rato

—murmuró Julián.

Tenía razón. Durante todo el resto del viaje, de la boca de *Manitas* no salió ni una sola palabra sobre coches, ni antiguos ni modernos.

El paseo era delicioso. La carretera estaba trazada siguiendo el contorno del mar y las vistas eran magníficas.

—A tu perro parece gustarle el paisaje —comentó el chófer—. Se ha pasado todo el rato sacando la cabeza por la ventanilla.

—¡Vaya! Pues yo pensaba que lo hacía porque le gustaba el aire fresco —repuso *Jorge*—. Dime, *Tim*, ¿sacas la cabeza porque te gustan las vistas?

—¡Guau! —contestó *Tim*, e introdujo su cabeza de nuevo en el coche para lamer a *Jorge*.

También *Travieso* recibió un cariñoso lengüetazo de *Tim*. Al pobre mono no parecía gustarle nada el movimiento del coche. Se mantenía sentado con una cara muy seria. Estaba a punto de marearse.

Además, se sentía extrañado de que no fuese su dueño, como siempre, el que hacía aquel ruido.

Se detuvieron para comer un poco y tomaron sus bocadillos sentados en unas rocas. El chófer se había traído su propia comida.

Tan pronto como *Travieso* descubrió que los bocadillos del hombre tenían mucho tomate, se sentó en sus rodillas para compartirlos con él.

—Llegaremos dentro de una hora más o menos —dijo el chófer—. ¿En qué parte de las Rocas del Diablo vais a alojaros? En el garaje no me lo dijeron.

—En el faro —contestó Julián—. ¿Lo conoce usted?

—Sí, lo conozco, pero la gente no se queda a dormir en el faro —respondió el chófer, pensando que Julián trataba de tomarle el pelo—. ¿A qué hotel vais? ¿O vais a casa de unos amigos?

—No, de verdad que vamos al faro —dijo *Manitas*—. Es mío, ¿sabe? Es propiedad particular mía.

—Bueno, pues hay que decir que tienes un sitio con una vista magnífica —dijo el chófer—. Yo nací en las Rocas del Diablo. Mi abuelo sigue viviendo en la casa en que nací. Por cierto que me contaba unas historias fantásticas sobre el faro. Al parecer, los

piratas solían asaltarlo de noche. Ataban al torrero y apagaban la luz para que los barcos chocasen contra las rocas.

—¡Qué horrible! —exclamó Dick—. ¿Y lo conseguían?

—Claro que sí. Se partían en mil pedazos. Quedaban completamente destrozados. Luego los piratas esperaban a que bajase la marea y recogían su botín. Deberíais visitar a mi abuelo y pedirle que os contase todas esas historias. Quizás hasta consigáis que os enseñe la Cueva de los Piratas.

—Ya hemos oído hablar de ella —dijo *Jorge*—. ¿De veras existe? ¿Podremos verla? ¿Es verdad que todavía viven piratas en ella?

—No, por supuesto que no. Todos los piratas murieron hace muchos años. La construcción del nuevo faro marcó el fin de sus días. Es potentísimo. Sus rayos se pueden ver incluso en medio de la más espantosa de las tormentas. Los del faro al que vais no son demasiado brillantes, aunque hay que reconocer que también salvaron un buen número de barcos.

—¿Cuál es el nombre de su abuelo? —preguntó *Jorge*, proponiéndose ir en su busca tan pronto como llegasen—. ¿Dónde vive?

—No tenéis más que preguntar por Jeremías Boogle —contestó el conductor, arrimándose a la cuneta para evitar unas vacas que pasaban por la carretera—. Lo encontraréis sentado en alguna parte del muelle, fumando una gran pipa y gruñendo a cualquiera que se acerque a importunarlo. Pero le gustan los niños, o sea que no os asustéis de sus gruñidos. Os contará unas historias estupendas, ya lo creo que sí. ¡Vaya, más vacas!

—¿Por qué no toca la bocina? —dijo *Manitas*.

—No. Ningún buen conductor toca la bocina a las vacas. Se asustan tanto que se vuelven locas y empiezan a saltar como si fuesen caballos salvajes. ¿Veis aquella colina detrás de esa curva que hace la costa? Pues ahí empiezan las Rocas del Diablo. Pronto llegaremos.

—¿Por qué les llaman así? —preguntó *Jorge*.

—Bueno, es que esas rocas son tan traicioneras que se dice que sólo pudo ponerlas ahí algún demonio maligno. Algunas están a flor de agua, de modo que, si cogen la quilla de un bote, la rasgan como si fuese papel. Otras se levantan tan afiladas como los dientes de un

tiburón y hacen pedazos cualquier embarcación que sea empujada contra ellas por la fuerza de las olas. Sí, verdaderamente tienen por qué llamarse las Rocas del Diablo

—¿Cuándo veremos el faro? —preguntó *Manitas*—. No puede estar ya muy lejos.

—Espera que lleguemos a lo alto de esa colina —contestó el chófer—. Y dile a tu mono que saque sus manos de los bolsillos de mi chaqueta. Ya no me quedan más tomates.

—¡Estáte quieto, *Travieso*! —ordenó *Manitas*, tan enfadado que el mono escondió su carita entre las patas, gimoteando.

—¡Bah! Es un cuentista —comentó *Jorge*—. No se le escapa ni una lágrima. ¡Mirad! ¿Es ése el faro?

—Sí. Ése es —dijo el chófer—. Ahora podéis verlo bien. Para ser tan viejo se conserva estupendamente. En aquellos tiempos se construía bien, no como ahora. Está hecho todo de piedra, ¿sabéis? Lo levantaron muy alto porque, como las rocas son constantemente barridas por las olas, las salpicaduras del agua impedirían que se viese la luz.

—¿Dónde vivía el torrero? —preguntó Dick.

—Hay una habitación debajo de la del fanal —contestó el chófer —. Mi abuelo me llevó una vez a visitarla. Nunca había visto una tormenta tan impresionantemente cerca.

—Mi padre vivió allí todo un verano —dijo *Manitas*—. Yo estuve con él casi todo el tiempo. ¡Fue fenomenal!

—¿Y para qué quería tu padre vivir en un faro? —preguntó el chófer con curiosidad—. ¿Es que tenía que esconderse?

—Desde luego que no —protestó *Manitas*—. Es un científico, y necesitaba un sitio tranquilo, sin teléfonos que sonasen ni visitas que le molestasen.

—¿Y pretendes hacerme creer que podía estar tranquilo y en paz teniéndote a ti allí? —bromeó el chófer—. ¡Vaya! ¡Vaya!

—Pues la verdad es que tampoco es un sitio tan tranquilo como parece —dijo *Manitas*—. Las olas hacen mucho ruido, y el viento también. Pero mi padre ni siquiera se daba cuenta. Sólo le molestan los teléfonos que suenan, la gente que habla o que llama a la puerta. Le ponen furioso. Por eso le encantó el faro.

—Bueno, espero que os divirtáis mucho aquí —dijo el chófer—.

La verdad es que yo no encuentro nada especialmente divertido en estar oyendo el sonido de las olas y el chillido de las gaviotas.

Al descender por el otro lado de la colina, el faro desapareció momentáneamente de su vista.

—Pronto llegaremos —dijo *Manitas*—. *Travieso*, ¿te gustará estar otra vez en el faro? ¿Te acuerdas a qué velocidad subías y bajabas por la escalera de caracol?

El automóvil se detuvo junto a la orilla del mar. El faro se veía ahora perfectamente, aunque alejado de la playa. Un pequeño bote cabeceaba atado a un pequeño embarcadero de piedra, y *Manitas* lo señaló con júbilo.

—Éste es el bote que usábamos para ir hasta el faro cuando la marea estaba alta.

—¿Es tuyo? —preguntó *Jorge*, un poquito envidiosa.

—Bueno, al parecer nos lo vendieron junto con el faro. De modo que me imagino que sí. De cualquier forma, lo usaremos cuando no se pueda pasar sobre las rocas.

—Espero que no os quedéis sitiados por ninguna tormenta —les deseó el chófer—. Cuando hay tormenta, el mar está demasiado agitado para que podáis cruzar entre el faro y la playa.

—Yo sé manejar perfectamente el bote —se enorgulleció *Manitas* —. He tenido uno desde pequeño.

—De acuerdo, de acuerdo —sonrió el chófer—. Bueno, ¿vais a ir directamente a la isla en el bote? ¿Queréis que os ayude a colocar las cosas?

—Gracias —aceptó Julián. Y entre los dos colocaron todo el equipaje en el bote.

Un hombre ya anciano se hallaba sentado junto al mismo. Cuando llegaron junto a él, se llevó la mano derecha a la gorra.

—Llegó un mensaje desde «Villa Kirrin» diciéndome que les tuviese preparado el bote —dijo—. ¿Quién de ustedes es el señorito Hayling?

—Yo —contestó *Manitas*—. Y éste es mi bote y ése mi faro. ¡Venga, todo al faro! Vamos, de prisa. No puedo estarme aquí parado ni un segundo más.

Capítulo IX

DENTRO DEL FARO

Los cinco montaron en el bote y *Tim* subió tranquilamente detrás de *Jorge*.

En cambio, *Travieso* gritó horrorizado cuando *Manitas* lo metió en aquel casco de madera que se balanceaba de aquel modo y se agarró con todas sus fuerzas al cuello de su amo.

—No tengas miedo, *Travieso* —lo tranquilizó *Manitas*—. ¿Es que ya no te acuerdas del bote? Ya sé, ya sé que nunca te gustó pasear en él.

Había dos pares de remos. Julián tomo uno y *Jorge* se disponía a situarse ante el otro cuando Dick se le adelantó y lo cogió con firmeza, sonriendo a *Jorge*:

—Lo siento —le dijo—. La distancia es bastante grande y tendremos que remar a través de olas bastante grandes también. Recuerda que soy un poquito más fuerte que tú, *Jorge*.

—Puedo remar tan bien como tú —protestó *Jorge*. Pero en aquel momento el bote saltó sobre una ola, cabeceando con fuerza, y *Jorge* apenas pudo llegar a tiempo para evitar que una de las maletas cayese al mar

—¡Fantástico! —exclamó Julián—. ¡La has sujetado justo a tiempo! ¡Vaya oleaje!

—¿Vais a pasar por en medio de esas rocas? —preguntó Ana, observando fijamente el agua—. Ahora están cubiertas por el agua. Tened cuidado de que no rocen la quilla.

—Éstas son las rocas por las que podremos caminar cuando baje la marea —dijo *Manitas*—. Se forman unas bolsas estupendas entre las rocas cuando el agua baja. Yo solía bañarme en ellas. Los rayos

del sol las calientan tanto que parecen piscinas de agua caliente.

—Me contentaría con que el agua estuviese lo suficientemente caliente como para tomar un baño —repuso Ana—. ¡Caramba! Mirad qué rocas tan espantosas hay ahí, justo debajo del bote.

—Sí. Apuesto a que han hecho naufragar a más de un barco hace años —asintió Julián—. No me extraña que les llamen las Rocas del Diablo.

—Ahora dejadme remar a mí un rato —dijo *Jorge*, cogiendo uno de los remos de Dick.

—¡Ni hablar! —contestó éste—. Preocúpate de no perder de vista el equipaje.

—¿Es muy viejo el faro? —preguntó Ana, mientras se iban acercando cada vez más y más—. Parece muy antiguo…

—Sí, lo es —explicó *Manitas*—. La verdad es que resulta bastante feo. Dicen que lo construyó un hombre muy rico. Su hija se ahogó cuando el barco en que viajaba se despedazó contra estas rocas, y entonces él mandó construir el faro, en parte en recuerdo de su hija, y en parte para advertir a otros barcos que estuviesen en peligro de naufragar.

Ana se quedó mirando el faro. Parecía sólidamente construido y muy alto. Su base se asentaba firmemente sobre las rocas. Dick pensó que sus cimientos tenían que estar muy profundos. De otra manera no serían capaces de sostener el faro cuando soplasen las fuertes galernas del invierno. Justo debajo de las ventanas por las que en otros tiempos pasaba la luz del faro había una pequeña terraza.

«¡Qué vista tan maravillosa debía de abarcarse desde allí!», pensó Ana.

Se aproximaron aún más al faro. Unos escalones de piedra llevaban hasta una puerta, resguardada de las olas

—¿No estará cerrada la puerta por casualidad? —dijo súbitamente Julián—. No tendría ninguna gracia haber hecho todo este camino para encontrarnos con que no podemos entrar.

—Claro que estará cerrada —contestó *Manitas*—. ¿A que a nadie se le ha ocurrido traer la llave?

—¡Vaya, no seas estúpido! —se indignó Julián—. ¿Quieres decir que después de darnos el paseo no podremos entrar?

—Bueno, no te preocupes —dijo *Manitas*, sonriendo al ver la cara desilusionada de Julián—. Sólo estaba tomándote el pelo. ¡Aquí está la llave! Es mi faro ¿no? Pues como es mío, papá me dio la llave y la llevo siempre conmigo. ¡Es mi tesoro!

Era una llave larguísima y, al verla, *Jorge* se asombró de que cupiese en el bolsillo de *Manitas*. Éste se la mostró una vez más, muy orgulloso.

—Voy a abrir la puerta de mi faro con mi llave —dijo—. Apuesto a que a ti también te gustaría tener un faro, *Jorge*.

—¡Ya lo creo que me gustaría! —suspiró *Jorge*, contemplando el faro, ya muy cerca de ellos.

—Id con cuidado ahora —recomendó *Manitas*—. Esperad a que venga una ola un poco grande y remad sobre ella. Tened cuidado de no chocar con esa roca que sobresale ahí. Detrás, el agua estará en calma y podremos llegar sin peligro hasta los escalones. Al llegar busca un poste de piedra que hay ahí, *Jorge*, y ata la cuerda. Desde aquí yo no puedo hacerlo.

Todo fue más fácil de lo que esperaban los Cinco. El bote entró en un brazo de agua completamente en calma, y los muchachos remaron con fuerza hasta llegar a los escalones. *Jorge* ató la cuerda en torno al poste de piedra y todos desembarcaron. Sólo faltaba subir unas rocas y estarían ya en los escalones. Uno por uno, los niños y *Tim* subieron y se quedaron mirando asombrados el faro. Ahora que se hallaban en su base parecía mucho más alto.

—Abriré la puerta —dijo *Manitas*, lleno de orgullo, y empezó a subir las escaleras—. Mirad con qué piedras tan enormes está construido mi faro. No es extraño que haya aguantado en pie tantos años.

Introdujo la enorme llave en la cerradura de la puerta de madera y procuró hacerla girar. Estuvo intentándolo durante un minuto y luego se dirigió a los otros, con cara preocupada.

—No puedo abrir la puerta —dijo—. ¿Qué hacemos ahora?

—Déjame probar a mí —contestó Julián—. Seguramente estará encallada.

Julián tomó la llave y la hizo girar con fuerza. La puerta se abrió inmediatamente. Todos suspiraron aliviados y se apresuraron a entrar y ponerse a resguardo del viento y de las salpicaduras de las

olas.

—Bueno, ya estamos dentro —dijo Julián—. ¡Qué oscuro está esto! Menos mal que me he traído la linterna.

La encendió, pero lo único que alcanzaron a ver fue una escalera metálica que subía y subía, girando sobre sí misma, hasta la cima del faro.

—La escalera llega hasta arriba de todo, hasta la habitación del fanal —explicó *Manitas*—. Pasa por delante de varias habitaciones. Os lo enseñaré. Cogeos bien a la barandilla. A lo mejor os mareáis de tanto subir dando vueltas.

Y *Manitas*, muy satisfecho, enseñó a los demás el camino. Pronto llegaron a una pequeña y oscura habitación.

—Ésta es una de las habitaciones que se usaban para guardar cosas —dijo *Manitas*, recorriéndola con el haz de su linterna—. Mirad: como os dije, ahí están las latas de conservas que dejó mi padre. Vayamos ahora al cuarto del aceite. Tampoco es muy grande.

—¿Qué es eso del cuarto del aceite? —preguntó Ana

—Pues es la habitación en la que se guardaba el aceite de parafina que se usaba para la lámpara del faro. En aquellos tiempos no había electricidad y el fanal funcionaba con aceite. Aquí está el cuarto.

El cuarto del aceite tenía un techo muy bajo, carecía de ventanas y estaba lleno de bidones de aceite. Olía bastante mal, y Ana se tapó la nariz con los dedos.

—No me gusta nada esta habitación —dijo—. Huele muy mal. Sigamos subiendo.

A la siguiente habitación le correspondía una de las pocas ventanas con que contaba el faro. La brillante luz del sol entraba por ella a raudales y le daba un aspecto mucho más acogedor

—Aquí es donde dormíamos mi padre y yo —explicó *Manitas*—. ¡Vaya! Nos dejamos olvidado este colchón. ¡Qué suerte! Podremos usarlo.

Continuaron subiendo por la escalera de caracol hasta llegar a una nueva habitación. Ésta tenía el techo más alto que las demás y una estupenda ventana, aunque no demasiado grande, a través de la cual penetraba la luz del día. En ella había una mesa, tres sillas y un baúl. También pudieron ver un viejo escritorio y una pequeña

cocina de petróleo que serviría para calentar el agua o cocinar la comida.

—Ahí está mi vieja sartén —dijo *Manitas*—. Nos vendrá estupendamente. También la cacerola y la olla. Y creo recordar que dejamos cucharas, cuchillos y tenedores, aunque me temo que no serán suficientes para todos. Hay algo de vajilla, aunque muy poca. Yo rompí un montón de cosas cuando las mojaba un poco con un trapo húmedo para limpiarlas. El agua es preciosa en un faro.

—¿Dónde está el depósito de agua? —preguntó *Jorge*—. Necesitaremos alguna para beber y cocinar.

—Mi padre construyó uno —contestó *Manitas* orgullosamente—. Es algo muy ingenioso. El agua de lluvia se recoge en el tejado, luego pasa por un tubo a través de la ventana y llena un pequeño depósito que hay encima del fregadero. Me he olvidado de enseñároslo. Tiene incluso un grifo. Mi padre es muy listo, ¿sabéis?, y para él una cosa como ésta es tan sencilla como el ABC. Lo construyó para no tener que ir a buscar agua todos los días. ¡Qué bien lo pasamos!

—Bueno, pues me parece que esta vez aún te lo pasarás mejor —dijo Dick—. Porque ahora estás mejor acompañado. Estoy seguro de que entonces te sentías un poco solo.

—Es verdad. Pero tenía conmigo a *Travieso* —repuso *Manitas*.

Cuando el monito oyó pronunciar su nombre, saltó a los brazos del niño y se acurrucó en ellos, encantado.

—¿Y cuál es la siguiente habitación de este maravilloso faro? —preguntó Julián.

—Sólo queda una más, la habitación del fanal —explicó *Manitas*—. Os la enseñaré. Antes era la habitación más importante del faro, pero ahora no se usa. Está completamente olvidada y abandonada. Venid a verla.

¡Qué orgulloso se mostraba *Manitas* de su faro!

Capítulo X

LOS CINCO SE INSTALAN

Una vez más reemprendieron la subida por la escalera de caracol. *Tim* avanzaba despacito, porque le costaba mucho subir aquellas escaleras. *Travieso*, en cambio, salió disparado hacia arriba, como si fuese él el amo de la casa y deseara mostrarles el camino.

La habitación del fanal era muy alta y estaba completamente rodeada de ventanas El sol entraba a raudales, haciéndolo resplandecer todo El panorama era maravilloso.

Ana gritó maravillada. El faro era tan alto que los niños podían abarcar con la vista kilómetros y kilómetros de un mar azulado. Dieron la vuelta a la habitación, mirando en todas direcciones.

—¡Eh! —gritó Dick—. Ahí hay una puerta. ¿Es por ahí por dónde se entra a ese balcón o terraza o lo que sea que rodea esta habitación?

—Sí. La terraza rodea todo el faro —explicó *Manitas*—. Tendríais que ver cómo se llena de gaviotas cuando hace muy mal tiempo y no encuentran donde posarse. ¡Vienen a docenas! Pero no se puede salir a ella más que cuando hace buen tiempo, porque un golpe de viento podría arrastraros al agua. ¡No tenéis idea de lo que es aquí una tormenta! Una noche, cuando estábamos mi padre y yo aquí, sentí incluso como si se balancease el faro.

—¡Es el sitio más emocionante en que he estado en mi vida! —exclamó Ana, con los ojos brillantes—. *Manitas*, creo que eres el niño más afortunado de la tierra.

—¿De veras? —dijo *Manitas*, encantado—. Espero que os guste estar aquí. A *Travieso* le encanta, ¿verdad, *Travieso*?

Travieso, sentado encima del fanal, chillaba muy excitado y se

dirigía a *Tim* como si le estuviese explicando cómo era el faro. *Tim* lo escuchaba atentamente, con las orejas tiesas y la cabeza inclinada.

—Parece como si entendiese perfectamente el lenguaje de los monos —comentó *Jorge*—. *Manitas*, este fanal no se enciende ya nunca, ¿verdad?

—No, nunca —contestó *Manitas*—. Ya os he dicho que hay un faro mucho más moderno un poco más arriba de la costa. Tiene un fanal de una potencia tremenda. Ya veremos sus rayos cuando se haga de noche.

—¿Por qué la gente no construirá con más frecuencia sus casas en faros? —preguntó *Jorge* mientras contemplaba el horizonte.

—¿Alguien tiene hambre? —preguntó *Manitas*, frotándose el estómago—. Yo me siento completamente vacío.

—¡Anda! ¡Si no hemos sacado las cosas del bote! —añadió de pronto—. Vamos, entrémoslas en el faro y comamos. ¿Qué hora es? ¡Pero si son más de las cuatro! ¡No me extraña sentir tanta hambre! Vamos, *Travieso*, a trabajar. Tú también puedes cargar con algo.

Todos bajaron corriendo las escaleras, habitación tras habitación, hasta llegar a la puerta.

—Supongo que la habrán construido bien sólida y resistente —dijo Julián—. Si no, las olas que la golpean cuando hay temporal la derribarían.

Abrió la puerta y un golpe de viento estuvo a punto de tirarlo al suelo. Poco a poco fueron saliendo todos y se aproximaron hasta la tranquila franja de agua en la que se balanceaba el bote.

—Hola, botecito —le saludó *Manitas*—. ¿Pensabas que yo no íbamos a venir? ¿Has guardado bien todas nuestras cosas? ¡Buen chico!

—¡Pero qué tonto eres! —dijo Dick, sonriendo—. Vamos, Julián. Nosotros llevaremos lo que pese más. Las chicas y *Manitas* pueden llevar el resto. ¡En, *Travieso*! ¿Qué es lo que estás haciendo?

Travieso había cogido uno o dos paquetes y salía disparado con ellos.

—No os preocupéis. Sólo está ayudándonos —dijo *Manitas*—. Muchas veces me acompaña cuando voy de compras y me lleva los paquetes. Dejadle que nos ayude, le gusta mucho.

Desde luego, el mono resultaba muy útil. Sin dejar de parlotear, iba y venía transportando cosas. *Tim* lo miraba meneando el rabo, como deseoso de usar sus patas con tanta facilidad como *Travieso* hacía con sus manos. *Jorge* lo acarició cariñosamente.

—No te pongas triste, *Tim*. Toma esta cesta —le dijo. *Tim* asió la cesta por el asa con su enorme bocaza y subió alegremente las escaleras del faro. No era capaz de coger cosas pequeñas con tanta facilidad como *Travieso*, pero por lo menos sabía cargar las cestas.

—Podemos dejar tranquilamente el bote donde está —dijo *Manitas*—. Aquí está resguardado, a menos que el mar se encrespe. Si se levantan muchas olas, lo subiremos por las escaleras.

—¿Por qué no comemos antes de deshacer el equipaje? —propuso Ana—. Estoy terriblemente hambrienta. ¿Qué preparamos para comer? Yo no pienso conformarme con una simple merienda.

—Esto es lo peor de vivir en un faro —dijo *Manitas*—. Tienes hambre durante todo el día. Cuando yo estaba aquí, comía cinco o seis veces al día.

—Pues ése es un problema que no me preocupa en absoluto —sonrió Dick—. Hagamos una merienda-cena. Una mezcla de merienda y cena. ¿Qué os parece? ¡Una merienda-cena!

En seguida *Manitas* encendió la cocinilla de petróleo y puso agua a hervir. Como en los días anteriores había llovido mucho, el sistema del profesor Hayling funcionaba de maravilla y el tanque del fregadero estaba completamente lleno. Cuando *Manitas* abrió el grifo salió un chorro de agua pura y cristalina

—¡Es fantástico! —exclamó Ana—. Siento como si estuviese viviendo un sueño.

Colocaron los huevos en la cacerola y pronto quedaron listos,

—¡Tres minutos y medio exactamente! —dijo Ana sacándolos del agua—. ¡Dos huevos para cada uno! A esta velocidad tendremos que ir a la compra diariamente. *Jorge*, prepara pan con mantequilla. El pan está en aquella bolsa, pero no tengo ni idea de dónde hemos guardado la mantequilla. Lo único que sé es que la compramos.

—¿Qué os parece si nos comemos alguna pasta de las de Juana? —propuso Dick, abriendo la tapa de una enorme lata—. ¡Caramba! Hay docenas y docenas. ¡Y buñuelos de cereza! ¡Y también barquillos de almendra, la especialidad de Juana! ¡Vaya comida!

—¿Qué tomamos para beber? —preguntó Julián—. ¿Gaseosa? ¿Limonada? ¿O nos preparamos un poco de té?

Todos votaron por la gaseosa. La primera comida en el faro resultó estupenda. Las gaviotas chillaban afuera, el viento soplaba a ráfagas y se oía el rumor de las olas. ¡Era fantástico! ¡Y pensar que iban a pasar allí días y días, ellos solos!

Cuando acabaron la comida, Ana y *Jorge* fregaron los platos en el pequeño fregadero.

—No, no los freguéis —dijo *Manitas*—. Basta con que les paséis un trapo mojado. Así.

—¡De ninguna manera! —protestó Ana—. ¡Eres como todos los chicos! Será mejor que me dejes hacer esto a mí. Me gusta este trabajo, ¿comprendes?

—¡Claro! Como a todas las chicas —dijo *Manitas*, con una mueca.

—No es verdad —intervino en seguida *Jorge*—. A mí no me gusta ni pizca hacerlo y soy una chica… aunque la verdad es que me gustaría no serlo…

—No te preocupes. Pareces un chico y a menudo te portas con tan mala educación como cualquier chico —dijo *Manitas*, pensando consolarla con eso.

—¡Oye! ¡Que soy mucho más educada que tú! —exclamó *Jorge*, cogiendo una de sus rabietas y yéndose a mirar por las ventanas.

Pero nadie era capaz de mantener por mucho tiempo una rabieta ante una vista tan fantástica: kilómetros y kilómetros de mar salpicado aquí y allá por blanca espuma. *Jorge* suspiró de placer. Pronto se olvidó de su enfado con *Manitas* y se volvió hacia él, sonriendo.

—Si fuese mío este paisaje, me sentiría la persona más rica del mundo —afirmó—. Eres muy afortunado, *Manitas*.

—¿Tú crees? —contestó éste, contentísimo—. Bueno, si quieres puedes quedarte con la mitad. Yo no lo necesito todo.

Julián rió y palmeó amistosamente la espalda de *Manitas*.

—Lo compartiremos todos mientras estemos aquí —dijo—. Vamos, deshagamos nuestro equipaje y arreglémoslo todo. Las chicas pueden quedarse aquí arriba y nosotros dormiremos en la habitación de abajo. ¿De acuerdo, *Manitas*?

—De acuerdo —asintió *Manitas*—, siempre que no os importe que *Travieso* duerma con nosotros. De todos modos, me imagino que *Tim* dormirá con las niñas.

—Guau —ladró *Tim*. Desde luego, si no era con *Jorge*, no iba a dormir en ningún sitio.

Se divirtieron mucho deshaciendo el equipaje y distribuyendo las cosas.

—Esto arriba, esto abajo… Las mantas hay que repartirlas —decía Julián—. La baraja la dejaremos aquí, y los libros y el papel de cartas. ¡Huy! Tenemos que acordarnos de enviarle una postal cada día a tía Fanny. Se lo prometimos.

—Bueno —contestó *Jorge*—. Ya sabrá que hemos llegado estupendamente porque el chófer se lo habrá dicho. Pero mañana tendremos que ir al pueblo para comprar un buen montón de postales. Le mandaremos una cada día. Sé que mamá se preocuparía si no lo hiciésemos.

—¡Bah! Las madres siempre se están preocupando —dijo Dick—. Es un fastidio, aunque por otra parte es una de sus mejores cualidades. Bueno, ¿qué os parece si jugásemos un poco a las cartas?

Y se pusieron a jugar alegremente, riendo y bromeando. ¡Lo estaban pasando estupendamente!

Capítulo XI

JEREMÍAS BOOGLE

Cuando empezó a oscurecer, *Manitas* se levantó de la mesa y fue a coger una antigua lamparilla de aceite. La agitó.

—¡Estupendo! —exclamó—. Todavía tiene aceite. La encenderé y así veremos mucho mejor.

—¡Qué lástima que no podamos encender el fanal del faro! —se lamentó *Jorge*—. Debía de ser el momento cumbre de la jornada del torrero cuando encendía la lámpara para mantener alejados a los barcos. Me pregunto quién sería el primero al que se le ocurrió construir un faro. Supongo que sería alguien que tenía marineros en su familia y los perdió al chocar su barco contra las rocas.

—Uno de los primeros faros del mundo fue construido hace muchos años en una isla llamada Faros, situada en la desembocadura del Nilo, cerca de Alejandría —explicó Julián.

—¿De qué estaba hecho? ¿De piedra como éste? —preguntó *Manitas*.

—No. Era todo de mármol blanco —continuó Julián—. Me acordé de él mientras subíamos por las escaleras de caracol, porque el de Faros tenía una, pero mucho, muchísimo más grande que la nuestra.

—¿Tenía un fanal como éste? —volvió a preguntar *Manitas*.

—No sé si tenía o no fanal —dijo Julián—. Se dice que todas las noches encendían una fogata tan enorme en lo más alto del faro que sus llamas se veían desde cientos de kilómetros de distancia.

—¡Caramba! Entonces debía de ser altísimo —dijo Dick.

—Bueno, pues se supone que alcanzaba unos doscientos metros de altura.

—¡Córcholis! No sé cómo el viento no lo echaba abajo —dijo Dick—. Tenemos que ir a visitarlo algún día, si es que todavía sigue en pie.

—¡Tonto! Hace ya muchos años que desapareció —repuso Julián —. Después de todo, había sido construido hace unos dos mil doscientos años. Creo que hubo un terremoto y el magnífico faro se derrumbó destrozado en mil pedazos.

Todos quedaron silenciosos, contemplando las paredes del faro. ¡Un terremoto! ¡Qué catástrofe incluso para un faro pequeñito!

—Anima esa cara. Ana —rió Julián—. No creo que nos visite ningún terremoto esta noche. El faro de la isla de Faros era una de las Siete Maravillas del Mundo. Y no me preguntéis ahora cuales eran las otras seis porque tengo demasiado sueño para intentar recordarlo.

—También a mí me gustaría encender el fanal de este faro —dijo Ana—. Así apagado, después de haber brillado tantos años, es como si estuviese ciego. ¿Podría encenderse el fanal, *Manitas*, o es que está estropeado?

—Ana, si piensas que vamos a tratar de encender esa lámpara sólo porque a ti te dé pena estás muy equivocada —dijo Dick con firmeza—. Además, después de tantos años sin usar, seguro que no funciona.

—No veo por qué no había de funcionar —objetó *Manitas*—. Nadie se ha entretenido en estropearla.

—Bueno, ¿atendéis al juego o no? —se cansó Julián—. Hasta ahora os he ganado prácticamente todas las partidas. Y como alguno de vosotros no gane una muy pronto voy a pensar que estoy jugando con cerebros de mosquito.

Al oír esto, todos cogieron sus cartas y atendieron al juego, tratando de ganar a Julián.

—Seguiremos jugando hasta que te hayamos derrotado por completo —aseguró Dick.

Pero fue imposible. Nadie era capaz de ganar a Julián aquella noche. La suerte estuvo todo el rato de su lado. Acababan ya la quinta partida cuando Ana bostezó sonoramente.

—¡Perdón! —se disculpó—. No vayáis a pensar que me estoy aburriendo. Me han entrado ganas de bostezar tan de repente que

no he tenido tiempo de evitarlo.

—La verdad es que a mí también me están entrando unas ganas tremendas de bostezar —afirmó Dick—. ¿Qué os parece si nos tomamos un bocado y nos vamos en seguida a la cama? Después de la merienda-cena que hemos hecho no me quedan demasiadas ganas de comer otra vez. Aunque, a pesar de todo, un par de bizcochos de chocolate me vendrían estupendamente.

—¡Guau! —ladró *Tim*, contentísimo al oír la palabra bizcocho. También *Travieso* empezó a parlotear y tiró de la manga de *Manitas*.

—Os traeré los bizcochos —dijo Ana, levantándose. Pronto estuvo de vuelta con una bandeja. En ella traía limonada, grandes porciones de la tarta que les había preparado Juana y un bizcocho para cada uno, incluidos *Travieso* y *Tim*.

Comieron alegremente. Se sentían felices, aunque un poco cansados.

—Y ahora, a la cama —dijo Julián—. Niñas, ¿queréis que os ayudemos con el colchón y las mantas?

—No, gracias. No hace falta —contestó Ana—. Si queréis lavaros y limpiaros los dientes en el fregadero, podéis hacerlo ahora.

Antes de un cuarto de hora todos estaban acurrucados entre sus respectivas mantas. Los tres muchachos se envolvieron en ellas en la habitación de abajo, con *Travieso* apretujado contra *Manitas*. Por su parte, las dos niñas y *Tim* dormían en el colchón, en la habitación de arriba, tapadas por una manta. *Tim* estaba echado al lado de *Jorge* y de cuando en cuando le lamía cariñosamente la oreja.

—*Tim*, precioso —murmuró *Jorge*, ya medio dormida—. Te quiero muchísimo, ¿sabes? Pero haz el favor de guardarte la lengua para ti sólito.

Pronto tanto los niños como los animales quedaron profundamente dormidos. En el exterior, el mar se animaba con el sonido de las olas estrellándose contra las rocas, y el viento gritaba al igual que las gaviotas. Pero en el interior del faro todo era paz y quietud.

Fue muy divertido levantarse a la mañana siguiente y oír el chillido de las gaviotas, tomar el desayuno de huevos acompañados

con pan y mantequilla y manzanas y hacer planes para el día.

—Yo voto porque vayamos al pueblo a comprar algunos huevos, pan tierno y una o dos botellas de leche —propuso Ana.

—Y al mismo tiempo podríamos tratar de encontrar al abuelo del chófer para preguntarle unas cuantas cosas sobre el faro y los piratas —asintió Dick.

—Sí, quizá se decida a enseñarnos la Cueva de los Piratas —dijo Julián—. Me gustaría horrores verla. Acabad rápidamente lo que tengáis que hacer, niñas La marea está baja y podremos ir andando por las rocas hasta el embarcadero

—Bueno, pero tendremos que darnos prisa y regresar antes de que vuelva a subir —advirtió *Manitas*—. Si dejamos el bote amarrado junto al faro, luego, cuando suba la marea, no podremos volver.

—De acuerdo —dijo Julián—. Andad de prisa, niñas.

Las chicas se apresuraron a terminar sus faenas y la pandilla emprendió el camino hacia el embarcadero. Las rocas sobre las que caminaban eran muy afiladas. También ellas hubiesen hundido un barco en pocos segundos.

Pronto los niños llegaron al embarcadero de piedra.

—¿Os acordáis de cómo se llamaba el abuelo? —preguntó Dick.

—Jeremías Boogle —respondió Ana—. Fuma una pipa muy larga y gruñe a todo el que se le acerca.

—Bueno, será fácil de encontrar —dijo Julián—. Venid. Probablemente estará en algún lugar del muelle.

—¡Allí está! —exclamó *Jorge*, señalando a un viejo con una larga pipa en la boca—. Ése es Jeremías. Estoy segura.

Sí, allí estaba sentado, con sus largas piernas estiradas. Era un hombre anciano y fumaba una enorme pipa. Usaba barba, se cubría con una gorra de marino la cabeza y sus cejas eran tan espesas que apenas se le veían los ojos.

Los Cinco se acercaron a él, con *Tim* trotando detrás y *Travieso* encaramado en el hombro de *Manitas*. El viejo señaló inmediatamente al mono.

—¡Vaya, vaya, un mono! —dijo—. Yo he traído tantos al volver de mis viajes…

Hizo chasquear los dedos y emitió un curioso sonido con la

garganta. *Travieso* se quedó inmóvil, escuchándolo. De pronto saltó del hombro de *Manitas* y fue a instalarse en el del viejo, apoyando cariñosamente su carita contra la barba del marinero.

—¡*Travieso*! —exclamó *Manitas*, sorprendidísimo—. Mira eso, *Jorge*. Nunca se va con extraños.

—Bueno, a lo mejor es que conocí a su bisabuelo —rió el viejo lobo de mar, mientras rascaba el cuello de *Travieso*—. Todos los monos me quieren muchísimo y yo los quiero también a ellos.

—¿Es… es usted Jeremías Boogle? —preguntó Julián.

—Sí. Jeremías Boogle, ése soy yo —contestó el viejo llevándose la mano derecha a la gorra—. ¿Y cómo sabes mi nombre?

—Bueno, Jackson, el chófer, nos dijo que era su nieto. ¿Sabe? Estamos pasando unos días en el faro y Jackson nos dijo que usted podría contarnos muchas cosas sobre él, sobre su historia y los piratas que vivían aquí antes de que se construyese el nuevo faro.

—¡Ya lo creo que puedo contaros montones de historias! —respondió Jeremías soltando una bocanada de humo que hizo toser al pobre *Travieso*—. Muchas más que las que pudiese contaros el tonto de mi nieto. No sabe nada, nada de nada. Sólo entiende de coches. ¿Y a quién le interesan esos ruidosos, malolientes y horribles cacharros? ¡Bah! Ese Jorge Jackson no es más que un mentecato.

—No es cierto. Es el mecánico más listo de toda la región —protestó *Jorge*—. No hay nada que no sepa sobre coches.

—¡Coches! Ya lo he dicho, cacharros ruidosos, malolientes y horribles —gruñó Jeremías.

—No hemos venido aquí a hablar de coches —lo calmó Julián—. Por favor, cuéntenos cosas de los viejos tiempos, de cuando vivían los piratas.

—¡Ah, los viejos tiempos! —suspiró el viejo—. Bueno, pues yo conocía a algunos de los piratas. Estaba Bill *Oreja Cortada*…

Y el viejo Jeremías empezó a relatar una historia que los Cinco y *Manitas* escucharon maravillados.

Capítulo XII

LA HISTORIA DE JEREMÍAS

—Cuando yo era un muchacho, un muchacho no mayor que ése —comenzó el viejo, señalando a *Manitas*—, todavía no había aquí ningún faro, pero esas malditas rocas sí que existían. Muchas, muchas veces sus afilados bordes destrozaban a los barcos que habían sido empujados hacia ellas por la corriente. ¿Sabéis cómo se llaman esas rocas?

—Sí —repuso *Manitas*—. Se llaman las Rocas del Diablo.

—Pues bien, en esa colina de ahí vivía un viejo malvado y cruel. Y con él vivía su hijo, tan canalla como él, y un sobrino suyo. Los tres piratas les llamaban, y os diré de dónde les vino ese apodo.

—¿Los conocía usted? —preguntó Dick.

—Ya lo creo. Como os decía, eran crueles y malvados. Todos les tenían miedo y se apartaban de ellos. El viejo se llamaba *Oreja Cortada*. Se decía que se la había arrancado un mono de un mordisco. La verdad es que no puedo condenar a aquel mono, como tampoco condenaría al vuestro si le arrancase la oreja a alguien que yo me sé. Pero no quiero mencionar nombres, podría oírme…

Y el viejo echó una rápida ojeada por encima de su hombro, como temeroso de que el hombre al que se refería apareciese a sus espaldas.

—Bueno —continuó—, estaba *Oreja Corlada*, ese hombre cruel, y *Narizotas*, su hijo, y Bart, su sobrino, a cuál más pérfido y egoísta. Sólo una cosa les interesaba: el dinero. ¡Y qué método más horrible emplearon para conseguirlo!

El viejo interrumpió su relato y escupió al suelo en señal de desprecio.

—¡Qué repugnante! Os contaré también lo que les sucedió al final. Será una lección para vosotros y para todos. Continúo. ¿Veis esa colina que se alza un poco más allá, ésa en la que ondea una bandera?

—Sí —dijeron todos.

—Bueno, pues a partir de ese punto los barcos saben que no pueden navegar muy cerca de la costa. Si lo hacen, son empujados hacia tierra por las rompientes y se ven arrojados contra las Rocas del Diablo. Y eso sería el fin para ellos. Ningún barco ha conseguido nunca escapar de los aguzados dientes de esas malditas rocas una vez que es arrastrado por las rompientes. Bueno, pues antiguamente, para detener a los barcos que se acercaban demasiado a la costa, se usaba una bandera durante el día y una lámpara durante la noche. Al verlas, los marineros sabían que les estaban gritando: ¡CUIDADO! ¡ALEJAOS! ¡PELIGRO!

»Desde luego —prosiguió el viejo—, todos los marineros conocían esas señales y más de uno las bendecía al verlas, sabiendo que le apartaban de las Rocas del Diablo. Pero aquello no le hacía ninguna gracia a *Oreja Cortada*. Prefería que los barcos naufragasen porque así, cuando bajaba la marea, recogía todos cuantos despojos podía. ¿Creéis que salvó nunca a un solo superviviente? Jamás. Mucha gente decía que él era el mismísimo diablo de las rocas.

—¡Qué hombre tan malvado! —exclamó Ana. horrorizada.

—Tienes toda la razón, niña —asintió el viejo lobo de mar—. Pero los naufragios no se producían tan a menudo como él y sus crueles compinches hubiesen deseado. Entonces se pusieron a pensar y elaboraron el plan más diabólico que hombre alguno pudiera imaginar.

—¿En qué consistía? —preguntó *Manitas*, con los ojos casi saliéndosele de las órbitas.

—Bueno, pues, durante una noche de tormenta, *Oreja Cortada* apagó la lámpara de la colina, y él y *Narizotas* la llevaron a esa otra colina que sobresale un poco más. Y vosotros sabéis ya lo que hay detrás de esa colina, ¿verdad?

—Rocas, rocas afiladas y crueles, las Rocas del Diablo —exclamó *Manitas*.

—¿Quiere usted decir que Bill *Oreja Cortada* y los otros

encendían deliberadamente la lámpara en las noches de tormenta para guiar a los barcos hacia las rocas? —se asombró Julián.

—Exactamente. Eso es lo que quiero decir —afirmó Jeremías Boogle—. Y lo que es más, una noche de tormenta descubrí a Bill *Oreja Cortada* acompañado de *Narizotas*. ¿Y sabéis lo que llevaba? ¡La lámpara! La llevaban apagada, desde luego, pero yo los enfoqué con mi linterna y la vi perfectamente. ¡En menudo lío me metí! Cuando me vieron le ordenaron a Bart que me empujase al acantilado. Así no hablaría. Pero yo me escapé y fui corriendo a denunciarlos. ¡Ya lo creo que lo hice! Y Bill *Oreja Cortada* fue a parar a la prisión. Sin embargo, a él no le importó. ¿Por qué le iba a importar? Era rico. ¡RICO!

—¿Cómo rico? —preguntó Dick.

—Pues sí, hijo mío, sí. Los barcos que navegaban junto a esta costa en aquellos días venían de países muy lejanos y muchos de ellos traían verdaderos tesoros. Y Bill *Oreja Cortada* había robado tanto oro, plata, perlas y otras cosas de valor que sabía que no tendría necesidad de volver a trabajar cuando al fin saliese de la cárcel. Sería un hombre muy rico, y ya no necesitaría volver a hundir más barcos.

—Pero, ¿por qué no le quitaron todo lo que había robado? —preguntó Julián.

—Lo escondió —respondió el viejo—. Sí, lo escondió muy bien. Ni su hijo ni su sobrino supieron nunca dónde lo había hecho. Estaban seguros de que lo había escondido en una de las cuevas de los acantilados, pero por mucho que buscaron jamás lograron encontrarlo. También ellos fueron a prisión, pero salieron mucho antes que Bill *Oreja Cortada*. Y aunque buscaron y buscaron, no encontraron nada.

—¿Lo recogió Bill cuando salió de la prisión? —preguntó Dick, pensando que aquélla era una historia mucho más emocionante que todas las que había leído en los libros. ¡Y, además, era cierta!

—No. No lo consiguió —dijo Jeremías, soltando una bocanada de humo—. Me alegro de poder decirlo. Aquel malvado murió en la prisión.

—Entonces, ¿qué pasó con el tesoro de los barcos hundidos? —preguntó *Jorge*—. ¿Quién lo encontró?

—Nadie —respondió el viejo—. Nadie llegó a encontrarlo jamás. Sigue en el mismo lugar en el que lo dejó aquel bribón. Se llevó su secreto a la tumba. Bart lo buscó durante mucho tiempo, y *Narizotas* también. Yo los veía en las cuevas, día tras día, y noche tras noche, con una lámpara. Pero nunca encontraron nada, ni siquiera un simple collar de perlas. Ahora los dos han muerto ya, pero en las Rocas del Diablo viven aún parientes suyos, pobres como ratas, a los que vendría muy bien una pequeña parte de aquel tesoro.

—¿Y nadie tiene ni idea de dónde está escondido el tesoro de los barcos naufragados? —preguntó Julián—. ¿Qué me dice usted de la cueva de la que nos han hablado, la Cueva de los Piratas?

—Sí, en efecto, la Cueva de los Piratas —se burló el viejo, golpeando su pipa contra una roca—. Más de quinientas personas la han recorrido palmo a palmo, buscando en todos los rincones y agujeros, esperando hallar lo que Bart y *Narizotas* no consiguieron. No me importa decíroslo. Yo mismo he estado allí buscando, pero no he visto ni una sola moneda de oro. Os llevaré allí algún día, si queréis. Pero no os hagáis ilusiones de encontrar nada. Creo que Bill *Oreja Cortada* no escondió allí su tesoro. Sólo dijo que lo había hecho para engañar a *Narizotas* y a Bart.

—Nos encantaría ir a visitar la cueva —dijo Dick, y *Jorge* asintió con la cabeza—. Desde luego, no para buscar el tesoro, porque es evidente que no está allí. A lo mejor alguien lo encontró y se lo llevó en secreto.

—Es posible —asintió Jeremías—. De acuerdo, ya me diréis cuando estéis dispuestos a ir. Yo estoy sentado aquí mismo casi todos los días. Y si alguna vez tenéis un poco de tabaco con el que no sepáis qué hacer, acordaos del viejo Jeremías.

—Iremos a comprarle un poco ahora mismo —ofreció Julián, riéndose—. ¿Qué clase de tabaco fuma usted?

—Basta con que le digáis a Tom, el estanquero, que es para el viejo Jeremías Boogle. Él ya os dará el que a mí me gusta —dijo el hombre—. ¡Ah! Y no andéis solos por las cuevas. Podríais perderos. Son verdaderos labe… labe…

—Laberintos —apuntó Julián—. De acuerdo, andaremos con cuidado.

Los Cinco se pusieron en marcha. *Tim* se mostraba muy

contento. No había entendido una palabra de la historia del marino y se preguntaba por qué *Jorge* no lo había llevado de paseo como todos los días después de desayunar.

—Perdona, *Tim* —se disculpó *Jorge*—. El viejo nos ha contado una historia tan interesante que me olvidé por completo de que te estabas muriendo de ganas de dar un paseo. Vamos ahora.

—Iremos primero al estanco —dijo Julián—. El viejo se merece una ración extra de tabaco por su historia. Dios sabrá si es o no cierta, pero hay que reconocer que la contó muy bien

—¡Claro que era cierta! —protestó *Jorge*—. ¿Por qué iba a mentirnos?

—Bueno, quizá para conseguir una ración extra de tabaco —sonrió Julián—. No le culpo por eso. Era una bonita historia, pero, por favor, *Jorge*, no pienses que hay un tesoro escondido por aquí. No te servirá de nada.

—Pues yo lo creo —insistió *Jorge*—. Pienso que estaba diciéndonos la verdad, con tabaco o sin tabaco. ¿No lo crees tú también, *Manitas*?

—Sí, desde luego —contestó éste—. Esperad a que veáis las cuevas. Podría haber miles y miles de tesoros en ellas y nadie las encontraría jamás. Yo rebusqué un poquito la otra vez, pero esas cuevas dan mucho miedo. Una vez tosí y el eco repitió mi tos cientos de veces. Me asusté tanto que salí corriendo y me caí al agua.

Todos se echaron a reír.

—Bueno, hagamos nuestras compras —dijo Dick—. Luego podríamos dar un largo paseo.

—La verdad es que no me apetece cargar con los huevos, el pan y la leche durante kilómetros y kilómetros —protestó *Jorge*—. Yo voto por pasear primero y luego volver, tomarnos un helado, hacer nuestras compras y regresar al faro.

—De acuerdo —dijo Julián—. ¡Vamos, *Tim*! ¡VAMOS A PASEAR! ¡A PASEAR! ¡Ah! Esa simple palabra te hace menear el rabo ¿eh? Mira, *Travieso*, ¿no te gustaría poder menear el rabo así?

Capítulo XIII

UNA VISITA INESPERADA

—Bueno, ¿a dónde vamos? —preguntó *Jorge*, mientras paseaban por el pueblo—. Mirad, ése es el estanco de Tom. Ya que estamos aquí, compremos el tabaco para el viejo.

Julián entró en la tienda y se acercó al mostrador. Un hombrecillo salió de un rincón oscuro.

—Quiero tabaco. Es para Jeremías Boogle —pidió Julián—. Me dijo que usted ya sabía el que le gustaba.

—Ya lo creo que sí —contestó Tom, buscando en uno de los estantes—. El tabaco que se ha fumado el viejo Jeremías desde que yo lo conozco bastaría para alimentar una hoguera durante varios años. Aquí tiene usted, joven. Son tres chelines, por favor.

—Conoce unas historias muy interesantes —comentó Julián, depositando el dinero sobre el mostrador.

—Seguro que os ha contado la historia de Bart, *Narizotas* y todo lo demás —dijo Tom, riéndose—. Es un tipo la mar de extraño el viejo Jeremías. No ha olvidado nada, aunque sean cosas ocurridas hace más de ochenta años. Tampoco perdona nunca. Hay dos hombres en este pueblo a los que odia. Cuando se cruza con ellos siempre escupe en el suelo. Sí, es un tipo extraño.

—¿Y qué han hecho esos dos hombres para merecer que los desprecie tanto y escupa al verlos? —preguntó Dick, sorprendido.

—Bueno, son parientes más o menos lejanos de su viejo enemigo, Bill *Oreja Cortada* —respondió Tom—. Me imagino que os hablaría también de él, ¿no?

—Sí, desde luego —asintió Julián—. Pero todo eso de los naufragios sucedió hace muchísimos años. No puedo creer que

Jeremías continúe odiando a los descendientes de *Oreja Cortada*.

—Pues si que los odia —repuso Tom—. Estos dos hombres a los que escupe se ganan la vida enseñando a los turistas las cuevas de los acantilados, especialmente la de los piratas. Me imagino que el viejo Jeremías todavía sigue pensando en el tesoro de Bill y tiene miedo de que ellos lo encuentren. ¡Encontrarlo! Ya hace más de setenta años que sucedió aquello. El faro fue construido por aquella época, cuando todo el asunto de los piratas. ¿Quién sería capaz de localizar el tesoro ahora?

—Claro que es posible —intervino *Jorge*—. Depende de donde lo escondiesen. Si lo dejaron en un sitio seco, resguardado del agua y de la humedad, estará en perfecto estado. Además, el oro y la plata no se oxidan. Cualquiera que sea el sitio donde lo hayan escondido, sigue estando allí.

—Eso es lo que opinan todos los forasteros —dijo Tom—. Y también piensan así Jacobo y Elías, los dos hombres que enseñan las cuevas. Pero creo que sólo lo dicen para impresionar un poco a los visitantes, lo mismo que el viejo Jeremías. Bueno, podéis creer lo que queráis, pero yo os aseguro que no encontraréis ningún tesoro. El mar se lo llevó hace muchos años… No os preocupéis, ya le daré a Jeremías el tabaco cuando lo vea. ¡Buenos días!

—¡Vaya! —dijo Dick cuando salieron del estanco—. Todo esto resulta la mar de interesante. Creo que seguramente tiene razón Tom. El tesoro no ha sido encontrado porque el mar se lo llevó.

—Pues yo sigo creyendo que todavía está escondido —terqueó *Jorge*—. Y *Manitas* también.

—Sí, y me imagino que también *Tim* creerá que el tesoro existe —se burló Dick—. Al fin y al cabo, también él tiene una mentalidad muy infantil.

Inmediatamente *Jorge* le propinó un fuerte puñetazo en la espalda. Dick se echó a reír.

—De acuerdo, de acuerdo. Te daremos una oportunidad para que localices el tesoro, ¿verdad, Julián? Visitaremos la Cueva de los Piratas tan pronto como podamos. Ahora, ¿por qué no vamos hasta los acantilados y tratamos de encontrar el lugar donde colocaban la lámpara para advertir a los barcos del peligro de las Rocas del Diablo?

Fue un paseo estupendo a lo largo del acantilado. Entre la hierba asomaban flores de todas clases. La brisa soplaba con fuerza y *Travieso* se agarraba a la oreja de *Manitas*, por miedo a que el viento lo arrancase de su hombro. *Tim* saltaba y corría entre las flores, agitando alegremente su rabo y olfateándolo todo.

Finalmente llegaron hasta el poste de la bandera que se alzaba en la parte más alta del acantilado. La roja bandera se agitaba por la brisa. En el poste había clavado un letrero. *Jorge* lo leyó:

—«Esta bandera advierte a los barcos la presencia de las Rocas del Diablo. Por la noche es el gran faro de High Cliffs, más arriba, el que los avisa. Hace muchos años, en este lugar se encendía una lámpara para alejar a los barcos, y más tarde se construyó un pequeño faro en las Rocas del Diablo. Aún sigue allí, aunque está fuera de uso».

—En eso se equivoca —dijo *Manitas*, señalando la última frase —. Porque nosotros lo estamos usando. Cambiaré la frase.

Y *Manitas* sacó un lápiz de su bolsillo para tachar las últimas palabras.

—¡No seas burro! —le detuvo Julián—. No se puede escribir nada en los carteles públicos. No me digas que eres uno de esos estúpidos que se entretienen emborronándolos.

—Está bien —se conformó *Manitas*, guardándose el lápiz—. Sólo pensaba que sería mejor corregirlo. No soy ningún estúpido de esos que tú dices.

—Oye, *Manitas* —dijo Julián—, ¿tú crees que se pueden ver desde aquí las Rocas del Diablo?

—No. El acantilado está orientado hacia la izquierda y las Rocas del Diablo están a la derecha, allí, detrás de aquella colina. A partir de aquí los barcos ya no pueden seguir la línea de la costa. Tienen que meterse mar adentro para alejarse de las rocas. Cuando los piratas retiraban la lámpara de aquí y la colocaban mucho más atrás, en el camino por el que hemos venido, los barcos viraban demasiado tarde, cuando estaban ya encima de las rocas.

—Creo que empiezo a odiar a Bill *Oreja Cortada* tanto como el viejo Jeremías —dijo *Jorge*, imaginándose los hermosos barcos que se harían pedazos contra las rocas sólo porque un hombre codiciaba el oro que llevaban.

—Bueno, será mejor que volvamos —resolvió Julián, consultando su reloj—. Aún nos quedan por hacer algunas compras, y además parece como si quisiera llover.

Tenía razón. No habían hecho más que llegar al pueblo cuando empezó a llover a cántaros. Entraron corriendo en un bar que se llamaba «Café Matinal» y pidieron un café con leche y unos bollos. Éstos eran tan buenos que encargaron algunos más para llevárselos. De pronto Ana se acordó de las postales.

—Tenemos que comprar algunas y enviar una a casa —dijo—. Lo mejor será que vayamos a buscarlas ahora mismo y escribamos aquí.

Dick salió del bar y regresó al poco rato con un montón de bonitas postales en colores.

—En algunas de ellas se ve el faro —explicó—. Mandaremos una de ellas ahora. Escoge una para tu padre, *Manitas*.

—¿Para qué? —dijo éste—. No se tomará ni la molestia de leerla.

—Bueno, pues manda una a tu madre —propuso Ana.

—No tengo. Murió cuando yo nací. Por eso mi padre y vamos siempre juntos a todas partes.

—Lo siento, lo siento muchísimo —se lamentó Ana. Todos se sintieron muy apenados por el pobre *Manitas*.

No era extraño que tuviese tan malos modales. Sin una madre que le enseñe cómo debía comportarse ¡Pobre *Manitas*! A Ana le dieron ganas de comprarle todos los bollos del café

—Toma otro bollo, *Manitas* —ofreció—. O un helado. Te invito. *Travieso* también puede pedir otro si quiere.

—Podemos tomar todos otro bollo, y un helado además —dijo Julián—. *Tim* y *Travieso* también. Luego haremos nuestras compras y volveremos a casa, al faro.

Escribieron las postales, una para los padres de *Jorge*, otra para Juana y, al fin, le pusieron otra al profesor Hayling.

—Ahora sabrán que estamos perfectamente —dijo Ana, lamiendo los sellos.

La lluvia había cesado y marcharon a comprar lo que necesitaban, pan tierno, mantequilla, huevos, dos botellas de leche, fruta y unas cuantas cosas más. Luego se dirigieron al embarcadero.

—La marea subirá pronto —advirtió Julián—. ¡Vamos! Tenemos el tiempo justo para llegar al faro pasando por las rocas. ¡Cuidado, *Manitas*, que no se le caigan los huevos!

Corrieron sobre las rocas, rodeando las balsas de agua y el resbaladizo musgo que cubría la piedra en algunos lugares. A medida que se iban acercando, el faro parecía cada vez más alto.

—Es pequeño comparado con el nuevo —comentó *Manitas*—. Tendríais que verlo. Su fanal giratorio es magnífico y tiene una luz tan fuerte que los barcos la ven desde muchos kilómetros de distancia.

—Pues a mí nuestro pequeño faro me parece suficiente —dijo Dick, subiendo los escalones que llevaban hasta la puerta de madera —. ¡Vaya! ¡Mirad! Dos botellas de leche en el ultimo escalón. No me digáis que ha venido el lechero.

—Solía venir todos los días cuando mi padre y yo estábamos aquí —dijo *Manitas*—. Sólo cuando la marea estaba baja, claro, porque no tiene bote. Me imagino que se habrá enterado de que estábamos aquí y habrá venido para ver si queríamos leche. No nos encontró y dejó las botellas.

—Muy simpático de su parte —opinó Dick—. Saca la llave, *Manitas*, y abre la puerta.

—No recuerdo haberla cerrado esta mañana cuando nos marchamos —dijo *Manitas*, buscando desesperadamente en sus bolsillos—. Debí de dejarla puesta en la cerradura, al otro lado. A ver, dejadme pensar. Ayer noche, cuando subimos, cerré la puerta con llave. Por tanto esta mañana he tenido que abrirla.

—Eso es, pero después de abrirla te echaste a correr detrás de *Jorge* —le recordó Julián—. Nosotros salimos detrás. Ana fue la última. ¿Cerraste tú la puerta, Ana?

—No, no pensé en ello —respondió Ana—. Di un portazo y salí corriendo detrás de vosotros. Así que la llave debe de estar aún al otro lado de la puerta.

—Bueno, creo que si la empujamos se abrirá —dijo Julián con una mueca—. Y al otro lado encontraremos la llave esperándonos. Intentémoslo.

Empujó con fuerza, porque la puerta era muy pesada. Al fin se abrió. Luego buscó a tientas la llave que debería estar puesta en la

cerradura. ¡No estaba! Julián se quedó mirando a los otros atónito.

—¡Alguien ha estado aquí! —exclamó—. Seguramente encontró la puerta abierta y cogió la llave. A lo mejor se ha llevado un montón de cosas. Lo mejor será que lo comprobemos. ¡Vamos!

—Esperad, hay algo en la puerta —dijo Dick, inclinándose a recoger una carta—. Parece que el cartero también ha estado en el faro. Aquí hay una carta. Viene desde Kirrin. O sea que por lo menos dos personas han entrado aquí desde que hemos salido. Aunque no creo que ninguna de las dos se haya llevado la llave, ni ninguna otra cosa.

—Bueno, pronto lo sabremos —dijo Julián, frunciendo el ceño.

Rápidamente empezó a subir la escalera de caracol.

Capítulo XIV

EL VIEJO PLANO

Julián y Dick registraron todas las habitaciones del faro, corriendo arriba y abajo por la escalera de caracol. ¡Qué tontos habían sido! Tenían que haberse asegurado de que *Manitas* cerraba la puerta

¡Sí! ¡Les habían robado una serie de cosas!

—¡Mi manta! —exclamó *Jorge*—. ¡Ha desaparecido!

—¡Y también mi monedero! —añadió Ana—. Lo dejé encima de esta mesa y ahora no está aquí…

—Yo tampoco encuentro mi despertador —gruñía Julián—. ¿Para qué lo habré traído? Me las hubiese arreglado muy bien con el reloj.

Y algunas otras cosas habían asimismo desaparecido.

—Tiene que ser un hombre horrible —decía Ana casi llorando—. Aprovecharse para entrar cuando nosotros no estábamos y robarnos. No comprendo quién pudo hacerlo. Lo lógico es que le hubiesen visto desde el muelle.

—Tienes razón —asintió Julián—. Pero probablemente el ladrón aprovecharía para entrar aquí el rato que estuvo lloviendo. Entonces no había nadie en los muelles. Creo que debemos decírselo a la policía. Lo mejor es que comamos primero y luego cogeré el bote y me acercaré al pueblo. La marea estará alta y no podré pasar por las rocas. ¡Maldito ladrón! ¡Y yo que pensaba esta tarde quedarme tranquilamente a leer!

Después de comer, Julián cogió el bote y se acercó hasta el pueblo. Se dirigió directamente a la comisaría de policía, donde un agente de aire taciturno escuchó su historia, mientras iba anotando

cuidadosamente en su libreta de notas lo que escuchaba.

—¿Tienes alguna idea de quién pudo ser el ladrón? —preguntó el policía al terminar el relato—. ¿Sabes si estuvo alguien en el faro mientras vosotros os hallabais fuera?

—Bueno, al parecer nos visitaron dos hombres —contestó Julián —. El lechero, porque encontramos dos botellas de leche en la puerta, y el cartero, pues también había una carta. No sé si habrá estado alguien más.

—Por lo que yo sé de ellos, tanto Guillermo, el lechero, como el cartero son dos hombres absolutamente honrados —dijo el policía, rascándose la barbilla con el lápiz—. Sin duda entró un tercer visitante, alguien que no dejó ni leche ni cartas. Investigaré para averiguar si alguien estaba en aquel momento en el muelle y vio a algún hombre acercarse a las Rocas del Diablo. ¿Tú sospechas de alguien?

—No, no conocemos a nadie aquí, a no ser Tom, el estanquero, y Jeremías Boogle —respondió Julián.

—A ésos creo que podemos descartarlos —sonrió el policía—. Bueno, haré lo que esté en mi mano y ya os comunicare lo que descubra. Buenas tardes. ¡Ah! A propósito. Puesto que no podéis cerrar la puerta del faro y hay ladrones por los alrededores, yo en vuestro lugar no dejaría el faro solo —añadió el agente

—Sí. Ya había pensado en eso —dijo Julián—. Mientras estemos en el faro podremos tener atrancada la puerta, pero no sé qué vamos a hacer cuando salgamos.

—Sí, la cuestión es algo difícil de resolver. Pero dicen que va a hacer mal tiempo, así que de todos modos tendréis que quedaros de momento en el faro. Espero que estéis cómodos allí, aunque a mí me parece un sitio bastante raro para vivir, ¿no?

—Pues no. Estamos muy cómodos —repuso Julián—. Venga algún día a visitarnos.

—Gracias, iré —aceptó el policía, acompañando a Julián hasta la puerta.

El policía tenía razón al predecir mal tiempo. Durante toda la tarde no cesó de llover, y los muchachos tuvieron que matar el tiempo jugando a las cartas. Julián y Dick habían encontrado un tronco grande con el que atrancar la puerta y todos se sentían

mucho más tranquilos. Ahora nadie podía entrar en el faro sin armar un gran estrépito.

—Me siento entumecida —dijo *Jorge* al cabo de cierto tiempo—. Me parece que voy a estirar las piernas subiendo y bajando unas cuantas veces la escalera.

—Hazlo —contestó Julián—. Nadie te lo va a impedir.

—¿Hasta dónde llega el faro, *Manitas*? —preguntó *Jorge*—. Siempre subimos corriendo el primer tramo de las escaleras y nunca nos hemos parado a pensar en los cimientos excavados en la roca. ¿Son muy hondos?

—Ya lo creo —respondió *Manitas*, apartando la vista del libro que estaba leyendo—. Mi padre me contó que al construir el faro, taladraron la roca muchos metros, haciendo una especie de pozo, y que debajo de las rocas descubrieron toda una clase de extraños túneles y agujeros. A veces el taladro salía disparado hacia abajo al tropezar de pronto con un agujero.

—¿De veras? —dijo Dick, muy interesado—. No había pensado en lo que es preciso hacer para que un faro aguante los embates de las olas y las galernas. Está claro que debe necesitar unos cimientos muy hondos.

—Mi padre encontró en alguna parte un viejo plano —añadió *Manitas*—. Al parecer, alguien lo dibujó cuando construyeron el faro.

—¿Te refieres a unos planos como los que hace un arquitecto cuando se va a construir una casa? —preguntó Ana.

—Sí, algo así —respondió *Manitas*—. No lo recuerdo muy bien. Sé que se veían las habitaciones del faro, conectadas por la escalera de caracol, con la habitación del fanal arriba. Abajo estaban dibujados los cimientos.

—¿Y se puede bajar a los cimientos? —preguntó Dick—. ¿Hay escaleras para bajar allí, o algo por el estilo?

—Pues no lo sé. Nunca he estado allí. Ni siquiera se me ha ocurrido —repuso *Manitas*.

—¿Y no sabes dónde está ese viejo plano, el que trazó el arquitecto del faro para que lo siguiese el constructor? —preguntó Julián—. ¿Dónde lo puso tu padre?

—Bueno… me parece que lo tiró… ¡No! Espera un momento.

Debe de estar en el cuarto del fanal. Recuerdo que lo llevó allí, porque tenía un dibujo en el que explicaba el funcionamiento de la lámpara.

—De acuerdo. Vayamos a ver si aún continúa allí —dijo Julián —. Ven conmigo, *Manitas*. Menos mal que has dejado ya de imitar a los coches. Sin duda estás creciendo.

Los dos muchachos subieron por la escalera de caracol hasta la parte superior del faro. Una vez más, Julián quedó maravillado ante el extraordinario paisaje. Había cesado de llover, y el mar, agitado por el fuerte viento, no era más que un rumor de aguas enfurecidas.

Manitas rebuscó en un espacio oscuro situado bajo el mismo fanal. Por fin extrajo un rollo de papel blanco y lo agitó enseñándoselo a Julián.

—Éste es el plano. Ya sabía yo que estaría aquí.

Julián y *Manitas* bajaron con el plano hasta donde estaban los demás y lo extendieron sobre la mesa. Representaba el faro y estaba dibujado con gran claridad.

—¿Por qué será que los arquitectos dibujan tan estupendamente? —se preguntó *Jorge*—. ¿Son arquitectos porque dibujan tan bien, o dibujan tan bien porque son arquitectos?

—Creo que mitad y mitad —respondió Julián, inclinándose sobre el plano—. Mirad, ahí están los cimientos. ¡Caramba! Se adentran muchísimo en las rocas.

—Los edificios tan altos como este faro siempre tienen unos cimientos muy profundos —sentenció Dick—. El curso pasado en la escuela estudiamos cómo…

—No nos hables de la escuela, por favor —protestó Ana—. Afortunadamente está muy lejos. *Manitas*, ¿por fin se puede bajar hasta los cimientos?

—Ya os he dicho que no lo sé —contestó éste—. Además tiene que ser un lugar muy desagradable, oscuro, maloliente, estrecho…

—¿Y por qué no vamos a verlo? —decidió *Jorge*, levantándose—. Estoy tan aburrida en estos momentos que si no hago algo me voy a quedar dormida para cien años.

—¡No seas tonta! —le dijo Dick—. Pero la verdad es que has tenido una idea muy buena. Así, mientras tú duermas, nos sentiremos la mar de tranquilos. ¡Caramba, *Jorge*, deja de darme

puñetazos!

—¡Venga, vamos! —insistió *Jorge*—. Vayamos corriendo a ver qué hay en los cimientos.

Ana no tenía el menor interés en visitar los cimientos, pero, antes de que pudiese protestar, los otros se echaron a correr escaleras abajo y no tuvo más remedio que seguirlos. Pronto estuvieron junto a la entrada del faro.

Manitas les mostró una trampilla en el suelo.

—Si la abrimos, encontraremos directamente debajo el pozo de los cimientos —dijo.

Entre todos levantaron la pesada trampa de madera y miraron hacia abajo. No se veía nada. Todo era oscuridad.

—¿Dónde está mi linterna? —dijo Julián—. Voy a buscarla.

Al cabo de un momento, su linterna iluminaba el redondo agujero. El haz de luz les descubrió la existencia de unas agarraderas metálicas empotradas en la pared, en uno de los lados del pozo. Julián bajó un poco por ellas y examinó las paredes.

—Son de cemento —gritó—. Deben de ser muy espesas. Voy a seguir bajando.

Fue descendiendo, descendiendo, maravillándose ante las enormes paredes de cemento del pozo. Iba preguntándose por qué no lo habrían rellenado. ¿Quizá porque un pozo de cemento hueco aguantaba mejor que uno lleno? No lo sabía.

Llegó casi hasta el final, pero no se aventuró a recorrer los últimos escalones. Un ruido peculiar, una especie de gorgoteo, sonaba a sus pies. ¿Qué sería aquello? Enfocó su linterna para averiguarlo y quedó sorprendido. Al final del pozo había agua. Agua que iba y venía produciendo un extraño sonido. ¿De dónde salía?

«Sin duda hay un túnel o algo por el estilo que permite penetrar el agua del mar —pensó—. Ahora la marea está alta y el agua entra. Me pregunto si se quedará seco cuando baje la marea. Y si es así, ¿adónde conduce este túnel? ¿O acaso se hundirá en el mar? Iré a decírselo a los otros y echaremos una nueva ojeada al plano».

Volvió a subir, contento de abandonar aquella apestosa oscuridad. Los otros le esperaban, llenos de curiosidad.

—¡Ahí viene! —gritó *Jorge*—. ¿Has visto algo interesante,

Julián?

—Creo que si —respondió éste, saliendo del agujero—. ¿Tenéis ahí el plano? Quiero echarle un vistazo.

—Será mejor que vayamos arriba —opinó Dick—. Podremos verlo mejor allí. ¿Qué había abajo, Julián?

—Esperad a que estemos arriba —contestó Julián.

Una vez allí, cogió el plano que le tendía *Manitas* y se sentó para examinarlo. Hizo correr su dedo sobre el dibujo del pozo hasta llegar al final y lo detuvo al llegar a una señal en forma de círculo.

—¿Veis esto? —dijo—. Es un agujero situado al final del pozo. Por allí entra el agua del mar. Ahora la marea está alta y el agua llena el pozo, aunque no tiene demasiada profundidad. Seguro que cuando baje la marea no quedará ni una sola gota. Me gustaría saber adónde va a dar el túnel. ¿A las rocas? ¿O las atraviesa para salir mucho más lejos?

—¡Un túnel submarino! —exclamó *Jorge*, con los ojos brillantes —. ¿Por qué no lo exploramos cuando baje la marea?

—Bueno, pero tendremos que tomar precauciones para no ahogarnos cuando suba el agua —asintió Julián, enrollando el plano —. Me imagino que dejaron el agujero para que la constante presión del agua, cuando la marea estuviese alta, no minase los cimientos. Más vale que el pozo se llene de agua que no que las constantes mareas lo vayan desmoronando.

—Bien… —empezó a decir Ana. Pero se detuvo de pronto, asustadísima. Una potente voz acababa de sonar en las escaleras, haciendo que todos se sobresaltasen.

—¿HAY ALGUIEN EN CASA? ¡EH! ¿HAY ALGUIEN EN CASA?

Capítulo XV

JACOBO, EN APUROS

—¿Quién gritará de ese modo? —preguntó Ana, temblando de miedo—. No puede ser el ladrón, ¿verdad?

—Desde luego que no —la tranquilizó Julián. Y se asomó a la puerta para gritar—: ¿Quién es? ¿Qué desea?

—La policía —le respondió la potente voz.

—¡Ah! Suba usted —invitó Julián, aliviado. En seguida se oyeron unas fuertes pisadas que resonaban en la escalera, acompañadas de fuertes resoplidos. Luego apareció la gorra de un policía, seguida a continuación por los hombros uniformados y después por el resto del cuerpo. Pronto el policía estuvo ante ellos, jadeando por el esfuerzo de subir las escaleras. Era el mismo al que había conocido Julián.

—¿Cómo logró entrar? —preguntó *Jorge*—. Atrancamos la puerta desde dentro.

—Bueno, pues yo me las arreglé para desatrancarla desde fuera —respondió sonriendo el policía, secándose la sudorosa frente—. Parece que no estáis demasiado protegidos. Tendréis que haceros con otra llave.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí? —siguió preguntando Julián —. La marea está alta. No ha podido venir caminando sobre las rocas.

—No. He venido en el bote de Toni Hardy —contestó el policía —. A propósito, mi nombre es Astuto. Soy el agente Astuto.

—Un nombre muy apropiado para un policía —comentó Julián, sonriendo a su vez—. ¿Han atrapado ya al ladrón que nos robó la llave y otras cosas?

—No, pero ya sé quién es —aseguró Astuto—. No pude localizar a nadie que estuviese en el muelle a la hora en que vosotros visitabais el pueblo, pero tuve la suerte de encontrar una señora cuya casa da al muelle y me dijo que había visto a alguien caminando por las rocas. Al parecer se dirigía hacia el faro.

—¿Y quién era? ¿El lechero? ¿El cartero? —preguntó Dick.

—De ningún modo. Ya le he dicho a tu amigo que son buenas personas los dos —respondió el policía muy sorprendido—. Era un hombre… en fin, bastante buena pieza.

—¿Pero quién? —preguntó Julián, temiendo que pudiese tratarse del viejo Jeremías. Aunque no, no podía ser. Parecía un buen hombre.

—Bueno, no creo que lo conozcas —contestó el policía—. Pertenece a una familia que no goza de muy buena fama. Se llama Jacobo, Jacobo Loomer. Procede de una familia de piratas…

—¡Piratas! —exclamó Dick—. El viejo Jeremías nos contó muchas cosas sobre los piratas. Uno se llamaba *Narizotas*, otro Bart, y su jefe era Bill *Oreja Cortada*.

—¡Ah, sí! Vivió hace muchos años, cuando el viejo Jeremías era aún un muchacho. Jacobo, el hombre que dicen haber visto caminando sobre las rocas que conducen a vuestro faro, debe de ser tataranieto o algo por el estilo. Es la viva imagen de *Oreja Cortada*, según Jeremías. Sí, parece haber una mala vena en esa familia.

—Bueno, usted dice que fue Jacobo el hombre que vino ni faro. ¿Y cómo es que no lo ha detenido? —dijo Julián—. Así nos devolvería la llave y todo lo que se llevó.

—Quizá si venís conmigo e identificáis alguna de las cosas podré hacer algo —repuso el policía—. Aunque lo más probable es que las haya escondido. O a lo mejor se las ha dado a alguien. Está un poco loco y le da por regalar cosas. Creo que le hubiese gustado ser pirata.

—Iré con usted —dijo Julián—. ¿Necesita a los demás para algo?

—No, bastará contigo —respondió el policía.

Julián y el policía bajaron las escaleras. Al poco rato, los demás oyeron el ruido de la puerta al cerrarse. Se quedaron mirándose unos a los otros.

—¡Vaya! ¡Quién iba a pensar que un tataranieto del horrible Bill *Oreja Cortada* seguiría viviendo en el mismo lugar que el viejo pirata! —dijo Dick—. Y también él es un bribón. La historia se repite.

—Mañana sin falta, si podemos, tenemos que ir a visitar la Cueva de los Piratas —propuso *Jorge*—. Jeremías Boogle prometió que nos la enseñaría.

—Mientras que no haya un viejo pirata en la cueva, un pirata más viejo todavía que Jeremías, con barba hasta los pies, una especie de monstruo con voz gorgoteante y ojos de pez… —fantaseó Ana.

—¡Caramba, Ana! —exclamó *Jorge*, atónita—. Si continúas diciendo cosas así, me dará miedo entrar en la cueva.

—Me pregunto qué es lo que estará haciendo ahora Julián —dijo *Manitas*—. ¡*Travieso*! ¡Estáte quieto de una vez!

Julián se hallaba en la casa de Jacobo examinando las cosas que éste les había robado: la manta, el despertador y el monedero de Ana, este último vacío.

—¿Qué has hecho con la llave? —preguntó el policía a Jacobo —. Vamos, sabemos que te llevaste la llave del faro. Devuélvela.

—Yo no la he cogido —protestó Jacobo, taciturno.

—Tendré que llevarte a comisaría, Jacobo —le amenazó el policía—. Allí te registraremos. Será mejor que me des la llave ahora mismo.

—Regístreme todo cuanto quiera —dijo Jacobo—. No encontrará ninguna llave. Ya le he dicho que yo no ha he cogido. ¿Para qué querría yo una llave?

—Por la misma razón que quieres otras llaves —repuso el policía —. Para entrar en las casas y desvalijarlas. De acuerdo, Jacobo. Si no le devuelves a este muchacho la llave, haré que te registren en la comisaría. Ven conmigo.

Sin embargo, por mucho que registraron las ropas de Jacobo, no apareció llave alguna. Por último, el policía se encogió de hombros y levantó las cejas mirando a Julián.

—Si quieres hacerme caso, lo mejor que puedes hacer es

cambiar la cerradura. Seguramente Jacobo habrá ocultado la llave en alguna parte y volverá a entrar en el faro tan pronto como os vea salir de él.

—¡Bah! Usted y sus llaves —replicó el hombre de mala manera —. Ya le he dicho que yo no la he cogido. Allí no había ninguna llave…

—Ven conmigo, Jacobo —ordenó el policía—. Haré que registren su casa. Tiene que haberla escondido en alguna parte. Es muy escurridizo este bribón.

Julián regresó al faro preocupado. En un pueblecito como aquél tardarían días en colocarle una cerradura nueva. Hasta entonces, se verían obligados a permanecer prisioneros en el Faro.

—Tendremos que cambiar la cerradura y la llave —dijo Julián a sus compañeros—. Después de todo, sólo nos han prestado el faro y somos responsables de todo lo que contiene. Menos mal que sólo se llevaron cosas nuestras y no cogieron nada del profesor Hayling.

—Se está haciendo tarde y aún no hemos tomado el té —dijo de pronto Ana, poniéndose en pie de un salto—. Voy a prepararlo. ¿A alguien le apetecen unos bollos con mantequilla y jamón?

Naturalmente, a todos les apetecían, y Ana preparó una gran fuente. Mientras tomaban el té y comían los bollos hablaron de todo lo sucedido durante el día.

—Voto porque vayamos mañana a ver a Jeremías y le preguntemos si ha oído hablar del robo, a ver si tiene algo interesante que decirnos —dijo *Jorge*.

—De paso podríamos pedirle que nos enseñe la Cueva de los Piratas —propuso Julián—. A propósito. ¿Cómo se llamaban esos dos hombres que se dedicaban a enseñar las cuevas a los forasteros? Estoy casi seguro de que uno de ellos se llamaba Jacobo.

—Tienes razón. Y el otro se llamaba Elías —respondió Dick—. Bueno, esperemos que Jacobo se quede entre rejas. Así no vendrá a molestarnos cuando vayamos a ver las cuevas. La verdad es que como lo hayan dejado allí, no nos mirará con muy buena cara.

—Bueno, también nosotros somos capaces de ponerle mala cara —replicó *Jorge*, haciendo una horrible mueca que no gustó nada a *Tim*—. No te preocupes, *Tim*, esa mala cara no iba por ti.

—Iremos a ver las cuevas mañana, cuando la marea esté baja —

dijo Julián—. Y yo trataré de encontrar un cerrajero que nos ponga una nueva cerradura lo más pronto posible.

—¿Y por qué no salimos un rato ahora? —preguntó Dick—. Hay que tomar un poco el aire. ¿Venís, chicas?

—No, yo quiero acabar el libro que estoy leyendo —dijo Ana. *Jorge* fue de la misma opinión. Por su parte, *Manitas* estaba jugando con *Travieso* y tampoco tenía ganas de salir.

—Bueno, estaréis seguros aquí, con *Tim* y *Travieso* para cuidaros —dijo Julián, mientras bajaba ya las escaleras.

El cerrajero prometió ir a arreglar la cerradura al día siguiente o al otro.

—No puedo dejar sola la tienda —se disculpó—. No tengo a nadie para cuidarla. Me temo que necesitaré un día o dos para el trabajo.

—¡Qué fastidio! —se lamentó Julián—. Ya nos ha visitado un ladrón y no nos gustaría dejar el faro solo.

Los dos muchachos volvieron a buen paso hacia el faro y cerraron la puerta como pudieron. *Tim* les dio una alegre bienvenida y *Travieso* saltó de la silla donde estaba instalado al hombro de Dick.

—No tendremos cerradura hasta dentro de un día o dos —anunció Dick sentándose y acariciando al mono—. Me hubiese gustado ir mañana a ver las cuevas, especialmente la de los piratas, pero no podemos dejar el faro abandonado.

—Guau —ladró *Tim* inmediatamente.

—Dice que por qué no le dejamos a él guardando el faro y nosotros nos vamos tranquilamente —tradujo *Jorge* con toda solemnidad.

—Guau —asintió *Tim*.

Todos se echaron a reír. Dick le dio unos cariñosos golpecitos en el lomo y le acarició la cabeza.

—De acuerdo, *Tim*. Tú guardarás el faro. Y como recompensa te daremos un enorme hueso

—Hecho —asintió Julián—. Dejaremos a *Tim* para que guarde el faro y nos iremos a visitar las cuevas. Me temo que uno de los hermanos que se dedican a enseñarlas a los turistas no estará presente mañana.

—Me imagino que su hermano…, ¿cuál es su nombre?, ah, sí, Elías… no pondrá muy buena cara al vernos —comentó Ana—. Tendremos que vigilar para que no nos llaga caer en algún agujero lleno de agua.

—Ya lo creo que vigilaremos —dijo Julián sonriendo—. Nunca se sabe. Iremos prevenidos.

Capítulo XVI

EN LAS CUEVAS

A la mañana siguiente, *Jorge* se despertó de repente al sentir que *Tim* la empujaba suavemente con el hocico.

—¿Qué es lo que pasa, *Tim*? —preguntó *Jorge*.

Tim emitió un breve ladrido y corrió hacia donde comenzaba la escalera de caracol.

—Bueno, vete abajo y cuéntales a los chicos lo que quieres —protestó *Jorge*, medio dormida todavía.

Obediente, *Tim* corrió escaleras abajo y penetró en la habitación donde dormían los muchachos. Empujó a Julián con el morro, pero el chico estaba tan dormido que ni siquiera se enteró.

Entonces *Tim* se subió encima de él y Julián se despertó sobresaltado.

—¡Ah! ¿Eres tú, *Tim*? ¿Qué diablos quieres? ¿Les ocurre algo a las niñas? —preguntó.

—¡Guau! —respondió *Tim*, y se dirigió hacia las escaleras.

«¡Vaya! Debe de haber oído a alguien —se dijo Julián—. Pues si es Jacobo o Elías… No, Jacobo no puede ser…, le diré lo que pienso de la gente que se dedica a robar a los demás».

Julián desatrancó la puerta del faro y la abrió. En el escalón había dos botellas de leche.

«¡Vaya con *Tim*! ¡Mira que despertarme sólo porque ha venido el lechero! ¡Qué lechero tan simpático! Habrá tenido que venir en bote. El mar está alto, aunque quizá le haya dado tiempo a venir andando sobre las rocas».

Durante el desayuno, los muchachos no hicieron más que hablar de su próxima visita a las cuevas. Tomaron tocino ahumado fresco,

comprado el día anterior, huevos, tostadas con mantequilla y mermelada. Ana preparó un poco de café y todos lo saborearon complacidos. *Travieso* metió una de sus manos traseras en el bote de mermelada y luego dejó la habitación perdida con sus huellas,

—Ahora tendremos que pasar un trapo húmedo por todas partes —protestó Ana, enfadada—. Lo ha dejado todo perdido: la mesa, las sillas, el suelo… Eres muy malo, *Travieso*. ¡Con la poca gracia que me hace a mí embadurnarme!

Travieso se sintió tan triste al ver a los niños enfadados con él que se arrojó al cuello de *Manitas*, pidiendo disculpas y dejándolo todo pringado de mermelada.

—¡Quita esas patas llenas de mermelada de mi cuello! —ordenó *Manitas*, indignado.

—Nosotras fregaremos los cacharros en el fregadero. Mientras tanto vosotros podéis ir arreglando las habitaciones —dijo Ana—. Luego nos iremos. Hace un día estupendo.

—¡Hum! Parece como si amenazase tormenta —dudó Dick—. ¿Tú qué crees, *Tim*?

Tim asintió. Agitó alegremente el rabo y ladró. Ana recogió los platos y los llevó al fregadero. Una hora después, estaban listos para salir.

—Antes de irnos escribamos una postal a tía Fanny —propuso Ana—. Pero será mejor que no digamos nada sobre el robo. Se asustaría y nos mandaría que volviésemos a «Villa Kirrin». Y entonces, ¿qué dirían tío Quintín y el profesor Hayling?

—Apuesto a que se lo estarán pasando estupendamente discutiendo todo el día, haciendo números y estudiando documentos —comentó Julián—. Seguro que tía Fanny tiene que llamarlos veinte veces cada día para que se acuerden de comer.

Ana escribió la postal y puso el sello.

—Bueno, ya estoy lista —dijo cuando lo hubo hecho. *Tim* corrió alegremente hacia las escaleras, contento de que por fin todos pareciesen dispuestos a salir. ¡Le gustaban tanto los paseos!

—*Tim*, guapo —lo retuvo *Jorge*—. Tienes que quedarte a vigilar el faro. No tenemos llave, ¿sabes?, y no podemos cerrar desde fuera. Por favor, quédate y vigila. Ya sabes lo que quiero decir, ¿verdad? ¡Vigila!

Tim detuvo el alegre movimiento de su rabo y gimió. No le gustaba nada que lo dejasen en casa, y menos cuando se iban a pasear. Tendió una pata hacia *Jorge*, como diciendo «Déjame ir con vosotros».

—Alerta, *Tim* —continuó *Jorge*—. El faro queda a tu cargo. No dejes entrar a nadie. Lo mejor será que te quedes junto a la puerta.

Tim siguió lentamente a *Jorge* y a los demás, con expresión muy triste.

—Échate aquí —le ordenó *Jorge*, dándole un cariñoso golpecito en el lomo—. Más tarde uno de nosotros se quedará a guardar el faro y te llevaremos a pasear. Pero ahora queremos ir todos juntos. ¡Vigila!

Tim se echó con la cabeza apoyada entre las patas y se quedó mirando a *Jorge* con sus ojos castaños.

—No te preocupes, *Tim*, en seguida volvemos —lo consoló ésta.

Cerraron la puerta y bajaron los escalones hasta las rocas.

La marea estaba lo bastante baja como para permitirles pasar por las rocas.

—Tendremos que volver antes de que suba la marea —dijo Julián—, porque si no, no nos quedará más remedio que esperar en la playa hasta que vuelva a bajar. El bote queda junto al faro.

Siguieron paseando por las rocas hasta llegar al embarcadero. Allí estaba el viejo Jeremías Boogle, fumando su pipa y mirando solemnemente hacia el mar.

—Buenos días, Jeremías —saludó amablemente Dick—. Espero que le haya gustado el tabaco que le compramos

—¡Ah, hola! —correspondió Jeremías, soltando una gran bocanada de humo—. Hola, monito. Otra vez sobre mi hombro, ¿eh? Anda, cuéntame, ¿qué tal van las cosas por Monilandia?

Los niños soltaron la carcajada, mientras *Travieso* comenzaba a parlotear muy pegadito a la oreja del viejo marino.

—Tenemos la intención de ir a ver las cuevas —anunció Julián —. Sobre todo la de los Piratas.

—No permitáis que os guíe Elías —contestó el anciano de inmediato—. A Jacobo no lo encontraréis… Sí, sí… Ya me enteré de lo que le ha pasado. Le está muy bien. Si se hubiese metido las manos en los bolsillos no le habría sucedido nada. En cuanto a

Elías, es tan malo como él. Sería capaz hasta de robaros los botones de los abrigos sin que os enteraseis siquiera. ¿Qué os parece si soy yo quien os enseña las cuevas? Las conozco perfectamente, y os puedo mostrar cosas que esas dos ratas ni siquiera saben que existen.

—Desde luego que nos gustaría mucho más que sea usted quien nos las enseñe —aceptó Julián—. Además, Elías estará enfadado con nosotros porque denunciamos a la policía que su hermano nos había robado. Si nos guía usted le regalaremos más tabaco.

—Pues vamos allá —dijo Jeremías—. Por aquí.

Y todos emprendieron la marcha. *Travieso*, el mono, se instaló en el hombro del viejo y allí se mantuvo durante todo el camino a través de las calles del pueblo. Jeremías estaba encantado al ver cómo todo el mundo le señalaba al pasar y se reía.

El viejo marino les condujo a los pies de un altísimo acantilado. Cruzaron después una playa llena de piedras, hasta llegar a un enorme agujero abierto en la roca.

—Ésta es la entrada —dijo Jeremías, señalando el agujero—. ¿Trajisteis vuestras linternas?

—Sí, llevamos una cada uno —contestó Julián, tanteando su bolsillo—. ¿Hay que pagar algo por visitar las cuevas?

—No. La gente suele darle una propina a Elías o a Jacobo cuando se las enseña —repuso el viejo—. Pero yo os las puedo enseñar mejor que ellos. No desperdiciéis vuestro dinero dándoselo a esos canallas.

El agujero del acantilado llevaba hasta la primera de las cuevas, que era muy grande. De las paredes colgaban algunos faroles, pero daban una luz escasa.

—Cuidado donde ponéis los pies —advirtió Jeremías—. El suelo está muy resbaladizo. Venid por aquí.

En la cueva hacía frío y humedad. Los niños tenían que andar con cuidado, evitando las algas depositadas en el suelo por el mar. Luego, tras un recodo, la cueva tomaba una dirección completamente distinta, bajando sin cesar.

—¡Eh! Parece que vamos en dirección al mar, ¿no es cierto? —preguntó Julián, sorprendido—. ¿Es que pasan por debajo del mar? Yo creía que se hundían en el acantilado.

—Tienes razón —explicó Jeremías—. Ésta es una costa muy rocosa y el camino que seguimos lleva hasta un túnel situado bajo las rocas y luego a unas cavernas muy profundas. Mirad el techo de roca. Si escucháis atentamente oiréis el sonido del mar.

Aquello les daba una sensación extraña y alarmante. Ana miró hacia el techo y enfocó hacia el mismo su linterna, esperando ver de un momento a otro un enorme chorro de agua salada precipitándose sobre ellos. Pero no, no había más que un poco de humedad.

—¿Falta mucho para llegar a la Cueva de los Piratas? —preguntó *Jorge*—. *Travieso*, deja ya de gritar. No hay ningún motivo para asustarse.

Pero a *Travieso* no le gustaba en absoluto aquella cueva oscura, fría y extraña. Parloteaba excitado y de cuando en criando exhalaba fuertes chillidos de miedo.

—¡No hagas eso! —ordenó Ana—. Me das unos sustos tremendos cada vez que lo haces. Escuchad cómo resuenan los chillidos del mono en las paredes del túnel.

Travieso se asustó aún más al oír aquellos cientos de gritos iguales a los suyos y se echó a llorar como un niño, asiéndose al cuello de *Manitas* como si jamás fuera a soltarlo.

—Seguramente pensará que este sitio está lleno de monos que chillan —dijo Ana, preocupada por el monito—. Es sólo el eco, *Travieso*, no te preocupes.

—Pronto se acostumbrará —dijo *Manitas*, apretando aún más al monito contra su cuerpo.

—Pues esperad a oír el eco cuando lleguemos al próximo tramo de túnel —intervino Jeremías.

Y sin añadir una palabra más, avanzó unos pasos y de pronto soltó un potente grito. El eco lo devolvió diez veces más fuerte y el túnel entero se llenó de cientos de gritos retumbando uno sobre otro. Todos pegaron un bote del susto y, con el sobresalto, *Travieso* cayó del hombro de *Manitas*. Una vez en el suelo salió disparado a toda velocidad, con la cola muy tiesa y gimiendo asustado. Corrió por el túnel y desapareció tras un recodo.

—¡*Travieso*! ¡Ven aquí! —gritó *Manitas*—. ¡Te vas a perder!

Y el eco repitió:

«¡A perder! ¡A perder! ¡A perdeeer!».

—No te preocupes por el mono —le tranquilizó Jeremías—. Yo también he tenido monos hace años. Algunas veces se me escapaban, pero siempre volvían.

—Pues yo no pienso salir de aquí hasta que *Travieso* vuelva —resolvió *Manitas*.

Al fin llegaron hasta una gran cueva. También se hallaba iluminada por faroles, pero asimismo muy pobremente. Pe repente los niños oyeron murmullo de voces. Se preguntaron a quiénes podían pertenecer.

Eran tres visitantes que, como ellos, visitaban la cueva. Acompañándolos iba un hombre de pelo negro, ojos negros muy hundidos y una boca despectiva. Era tan parecido a Jacobo que Julián adivinó en seguida que se trataba de Elías, su hermano.

Tan pronto como Elías vio al viejo marino se puso furioso.

—¡Márchate inmediatamente de aquí! Éste es mi trabajo, no el tuyo. ¡Lárgate! Yo me encargo de enseñarles la cueva a esos jovenzuelos.

Y tras estas palabras se entabló una verdadera lucha verbal, en voz tan alta que los muchachos creyeron quedarse sordos, pues el eco repetía una y otra vez cada palabra con mucha más fuerza. Los tres visitantes escaparon corriendo, temiendo una pelea. Ana se sentía muy asustada y se agarró a Julián.

Elías se acercó más al viejo, gritando con la mano alzada:

—Te he dicho más de cien veces que no entres en las cuevas. Yo y mi hermano Jacobo somos los que nos ocupamos de enseñarlas. ¡Que te largues te he dicho!

—No le hagáis caso —despreció Jeremías, dándole la espalda—. No es más que un bocazas, lo mismo que su hermano.

—¡Cuidado! —gritó Julián al ver que Elías se lanzaba sobre Jeremías con el puño levantado para golpearle—. ¡Cuidado!

Capítulo XVII

Travieso vuelve

Al ver Jeremías que el hombre avanzaba furiosamente hacia él, se hizo rápidamente a un lado. Elías iba demasiado lanzado para poder detenerse, de modo que resbaló sobre un montón de algas y cayó cuan largo era.

—¡Vaya! —exclamó Jeremías, encantado—. Lo has hecho muy bien, Elías. Anda, prueba otra vez.

—Será mejor que no lo intente —amenazó Julián, con su voz más enérgica—. Si se atreve, lo denunciaré a la policía y así se reunirá la pareja en sólo dos días. Ayer Jacobo y hoy Elías.

Elías se levantó gruñendo. Miró con odio a Jeremías, que le devolvió la mirada sonriente.

—¿Qué, Elías? ¿Quieres atacarme otra vez? —dijo—. Debe de ser divertidísimo eso de pegarle a un viejo.

Pero Elías estaba demasiado asustado por la amenaza de denunciarle a la policía. Se frotó el hombro que se había golpeado contra una roca y permaneció inmóvil, pensando lo que le convenía hacer.

—Vamos —dijo Jeremías a los niños—. Os llevaré a la Cueva de los Piratas. Elías puede venir con nosotros si quiere, siempre que se porte bien. Aunque quizá prefiera marchar corriendo a su casa para que le curen ese hombro.

Aquello fue demasiado para Elías. Se decidió a seguirles, haciendo observaciones groseras durante todo el rato, gritándoles y molestándolos, aunque a distancia. Ojalá hubiese estado allí *Tim*. Habría resuelto el problema en unos segundos.

—No le hagáis caso —recomendó Julián—. Siga guiándonos,

Jeremías. ¡Qué oscuro está este túnel! Menos mal que hemos traído buenas linternas.

El túnel desembocaba en una espléndida cueva. El techo era insospechadamente alto, y en las paredes se veía una serie de estantes de piedra. Estaban ocupados por viejos y sucios cofres, uno o dos cestos y algunos sacos.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Dick, enfocándolo con su linterna.

—Justamente lo que parece —contestó Jeremías—. Arcones comunes y corrientes y sacos. Los pusieron aquí Elías y Jacobo para impresionar a la gente, asegurando que los piratas los cogieron de los barcos que hicieron naufragar. ¡Ja, ja, ja! Desde luego, el que sea capaz de tragarse un cuento semejante bien merece que lo engañen. Toda esta porquería ha salido del jardín de Elías. Yo lo había visto montones de veces. ¡Ja, ja, ja!

La risa del viejo resonó multiplicada por el eco, y Elías gruñó casi como un perro.

—No tengo la menor intención de engañar a estos niños con tus cajones y tus sacos —le dijo Jeremías—. Porque yo sé dónde están los verdaderos, los de los piratas. Ya lo creo que lo sé.

—Bueno. Estén donde estén, no serán mejores que los que hay aquí —exclamó Elías cada vez más enfadado—. Estás mintiendo, Jeremías. Tú no sabes nada de nada.

—Llévenos más lejos, por favor —suplicó Dick—. Tiene que haber más cuevas. Esto es la mar de emocionante. ¿De veras es aquí donde los piratas escondían las cosas de los barcos que hacían naufragar? ¿O se trata sólo de una leyenda?

—No, no, ésta es su cueva, eso es cierto, aunque un poco retocada por Elías —contestó Jeremías—. Pero yo conozco cuevas que llegan mucho más lejos y Elías no. Es demasiado cobarde para adentrarse más bajo el mar, ¿verdad, Elías?

Elías dijo algo que sonaba bastante feo. Julián se aproximó a Jeremías.

—Llévenos más allá, si no es demasiado peligroso —le pidió.

—Bueno, de todas maneras yo tengo que seguir adelante —dijo *Manitas*—, *Travieso* no ha vuelto. A lo mejor se ha perdido, así que tengo que encontrarlo.

—De acuerdo —dijo Julián, viendo que *Manitas* estaba completamente decidido a continuar—. Iremos contigo. Jeremías, haga el favor de guiarnos. No será muy peligroso, ¿verdad? Me refiero a que no correremos el riesgo de encontramos de pronto con que el mar inunda las cuevas.

—No, la marea tardará aún en subir —respondió Jeremías—. Nos queda bastante tiempo. Cuando la marea sube inunda este pasadizo, pero se detiene en la Cueva de los Piratas. Es demasiado alta para que llegue el agua a ella. A partir de ahora el túnel baja con bastante rapidez. Y llega hasta vuestro faro. ¿No lo habéis visto? Acaba justo en los cimientos.

—¡Ah, ya! —exclamó Julián, recordándolo—. Yo bajé la otra noche y el agua llenaba el fondo del pozo de cimentación. ¿De modo que el mar, al mismo tiempo que inunda los cimientos del faro cuando la marea está alta, llena también estas cuevas?

—Exactamente, así es —asintió Jeremías—. Se puede llegar desde aquí hasta los cimientos por debajo de las rocas. Pero nadie se ha atrevido nunca. La marea sube muy de prisa y, si te atrapa en medio, eres hombre muerto.

—Vayamos un poco más allá —apremió Dick—. Vamos, Jeremías.

El viejo marino los guió por el túnel. Resultaba extraño y a la vez inquietante oír el sonido constante del agua sobre sus cabezas. Las linternas iluminaban húmedas paredes, llenas de relieves y de huecos.

—Éste sería un sitio estupendo para esconder un tesoro —comentó Julián, señalando un oscuro agujero en el techo del túnel—. Aunque creo que nadie se molestaría en buscar un escondite en un lugar como éste, que está lleno de ellos. ¡Caramba, qué frío hace!

—Claro, los rayos del sol nunca han penetrado hasta aquí —dijo Dick—. ¡Qué barbaridad! ¡Qué fuerte se oye ahora el mar!

—¡Ojalá encontrásemos pronto a *Travieso*! —dijo Ana a *Jorge*—. Mira al pobre *Manitas*. Está llorando. Lo disimula, pero la última vez que le enfoqué con mi linterna vi cómo le caían las lágrimas.

Se detuvieron para examinar una extraña masa gelatinosa, que parecía una gigantesca anémona. Elías los alcanzó y tropezó con Dick. Éste se volvió enfadado.

—¡Lárguese! O síganos si quiere, pero no se acerque tanto. No nos hace ninguna gracia su compañía.

Elías no le hizo el menor caso y continuó marchando lo más cerca posible de ellos. Dick se dio cuenta de que el hombre estaba mortalmente asustado. De pronto, al doblar otro recodo del túnel, *Manitas* dejó escapar un fuerte grito que el eco repitió mil veces:

—¡*TRAVIESO*! ¡MIRAD! ¡AQUÍ! ¡AQUÍ ESTÁ! ¡*TRAVIESO*!

Sí, allí estaba el monito, acurrucado bajo un saliente de la roca, temblando de miedo. Ni siquiera corrió al encuentro de su amo. *Manitas* tuvo que cogerlo en brazos.

—*Travieso*, pobrecito *Travieso*, ¿estabas muy asustado? —le mimó el niño—. Sí, estás todo tembloroso. No deberías haber salido corriendo. Podrías haberte perdido para siempre.

Travieso apretaba algo en una de sus manitas. Parloteó al oído de *Manitas* y le rodeó el cuello con sus brazos. Al hacerlo, abrió las manos y aquello cayó y rodó por el suelo.

—¿Qué has dejado caer, *Travieso*? —preguntó Dick, enfocando su linterna hacia el suelo.

Algo brillaba allí, algo redondo y amarillo. Todos se mirándolo.

—¡Una moneda de oro! —exclamó Julián, inclinándose a recogerla—. ¡Tan brillante como cuando fue acuñada! *Travieso*, ¿de dónde la has sacado? Mira, Dick; mira, *Jorge*, es oro de verdad.

Todos estaban locos de alegría. El mismo pensamiento les iluminaba: *Travieso* había descubierto el tesoro. ¡El tesoro! Aquella moneda era muy, muy antigua. ¿En dónde la habría encontrado *Travieso*?

—¡Tenemos que seguir avanzando para ver si lo encontramos! —gritó Dick—. ¡Jeremías, debe ser el tesoro! *Travieso* nos llevará hasta él.

Pero *Travieso* se negaba a guiarlos. No tenía ningunas ganas de volverse a perder. Estaba muy a gusto en el hombro de *Manitas*, sintiéndose a salvo. No le había gustado en absoluto verse solo en medio de aquella terrible oscuridad.

Tampoco Jeremías quería seguir adelante.

—No, hoy no —dijo meneando la cabeza—. La marea llenará pronto por los túneles, y lo hará mucho más de prisa de lo que nosotros podemos correr. Es mejor que regresemos ya pura que no

nos atrape. Muchos visitantes han tenido que correr con todas sus fuerzas para salvar su vida cuando la marea empezó a subir de repente.

Los sensibles oídos de *Jorge* le advirtieron de que sonaba un débil gorgoteo. ¡La marea estaba subiendo!

—¡Vamos! —urgió—. Será mejor que hagamos lo que dice Jeremías. El mar está entrando ya en el túnel y el agua pronto lo inundará todo, también los pasadizos del acantilado. Quedaremos atrapados en el medio y tendremos que esperar a que vuelva a bajar la marea.

—Bueno, no hay necesidad de alarmarse —la tranquilizó el viejo Jeremías—. Todavía disponemos de algún tiempo. ¡Eh! ¿Dónde se habrá metido Elías?

—¡Vaya! Debe de habernos oído hablar de la moneda que ha encontrado *Travieso* —opinó *Jorge*—. Ya no me acordaba de él. Ahora ya sabe que *Travieso* ha encontrado una moneda de oro y que el tesoro está por aquí cerca. Empezará a buscarlo tan pronto como pueda. ¿Por qué no nos callaríamos?

—No me acordé de que andaba detrás de nosotros —se disculpó Julián—. Bueno, supongo que a estas alturas todo el pueblo sabrá que un mono ha encontrado el tesoro y vendrán hordas de buscadores para encontrarlo. Tiene que estar en algún sitio muy seco para que la moneda se haya conservado tan estupendamente… Bien. Démonos prisa. Es mejor que volvamos lo antes posible. Mirad, el viejo Jeremías está demasiado excitado. Seguro que está planeando venir lo antes posible para buscar el tesoro.

—Pues yo voto porque lo intentemos nosotros también mañana —se entusiasmó Dick—. ¡Vaya con *Travieso*! Eres mejor que ningún detective.

A paso rápido regresaron otra vez de los túneles charlando animadamente y haciendo planes. ¡Qué emocionante!

Capítulo XVIII

OTRA VEZ EN EL FARO

El viejo Jeremías se sentía tan entusiasmado como los niños. Pero no decía nada. Le molestaba mucho el pensar que Elías se encontraba presente cuando descubrieron la moneda. No se fiaba en absoluto de él. Ni de Jacobo tampoco. Se dedicarían a buscar el tesoro sin descanso hasta conseguir localizarlo. ¡Cómo les gustaría saber dónde estaba! Mientras recorrían los oscuros túneles pensaba sin cesar en ello, y no pronunció palabra hasta que se vieron de nuevo a la luz del brillante día.

—Tome, Jeremías, para que se compre un poquito más de tabaco —dijo Julián, poniéndole tres chelines en la mano—. Y no piense demasiado en ese tesoro. No creo que haya más que esa moneda que *Travieso* encontró por casualidad en el túnel.

—Gracias —respondió el viejo—. Pero no penséis que quiero el tesoro para mí. Es que me daría mucho coraje que fueran Jacobo y Elías los que lo encontrasen. Ahora no dejarán de buscarlo día y noche.

Les satisfizo el poder salir de nuevo al aire ubre. El sol se había puesto y soplaba el viento. Además, había comenzado a llover.

—Necesitamos correr bastante si queremos llegar al faro caminando por las rocas —dijo Julián con preocupación.

Afortunadamente el viento soplaba en contra de la marea y tuvieron el tiempo justo para llegar hasta los escalones de piedra.

—Ahí está nuestro bote —exclamó *Manitas*—. ¡Cómo ladra *Tim*! Nos ha oído llegar.

Sí. El pobre *Tim* había permanecido todo el tiempo echado en la entrada, con las orejas muy tiesas, vigilando atento. Pero nadie se

había presentado en el faro en toda la mañana y los únicos sonidos que llegaron hasta sus oídos fueron el rumor del mar, el silbido del viento y el chillido de alguna gaviota.

—¡Ya estamos de vuelta, *Tim*! —gritó *Jorge*, abriendo la puerta.

Tim saltó alegremente sobre ella, con tanto ímpetu que estuvo a punto de hacerla caer.

En seguida *Travieso* trepó al lomo del perro, parloteando sin cesar.

—Le está contando cómo encontró la moneda de oro —se rió *Manitas*—. ¡*Tim*, cómo me gustaría que hubieses venido con nosotros! Fue fantástico.

—¡Parece como si hubiésemos estado fuera años enteros! —dijo *Jorge*—. Y sin embargo no es demasiado tarde. A menos que el reloj se me atrase. ¿Sabéis? Tengo hambre. Vayamos a comer algo. Mientras tanto podemos comentar todo lo que ha pasado y decidir lo que vamos a hacer respecto a la búsqueda del tesoro.

Así, entre bizcochos, bocadillos y tazas de café hablaron y hablaron sin parar.

—Tenemos que regresar a las cuevas lo antes posible —dijo *Jorge*—. Estoy completamente segura de que Jacobo y Elías se presentarán a buscar el tesoro tan pronto como baje la marea.

—Bueno, por hoy es imposible hacer nada —replicó Dick—. En primer lugar porque ya ha subido la marea y en segundo porque hay una tormenta espantosa. Escuchad el viento.

Tim se mantenía sentado lo más cerca posible de *Jorge*. No le había gustado ni pizca que se hubiesen marchado dejándolo abandonado. La niña estaba sentada a su lado, rodeándole con un brazo y dándole de cuando en cuando un trozo de su bizcocho. *Manitas* hacía lo mismo con *Travieso*.

Durante mucho tiempo los niños no dejaron de hablar. ¿Dónde habría encontrado *Travieso* aquella moneda? ¿La habría arrastrado el mar hasta el túnel? ¿Se trataba sólo de una de las muchas que formaban el tesoro? ¿O se habría caído de algún cofre destrozado por el mar? Charlaron y charlaron, con los ojos brillantes, fijos en la moneda de oro que estaba sobre la mesa.

—Me imagino que si conseguimos dar con él lo considerarán como un hallazgo —dijo Dick—. Quiero decir que, como es tan

antiguo, debe pertenecer al gobierno y no a nadie en particular.

—Espero que nos dejen conservar por lo menos algunas monedas —dijo *Jorge*—. Ojalá pudiésemos ir ahora mismo a registrar el túnel. No tengo paciencia para esperar tanto.

—Guau —asintió *Tim*. Estaba totalmente de acuerdo, aunque no tenía ni la menor idea de lo que se trataba.

—¡Escuchad cómo rugen las olas al chocar contra las rocas entre el faro y el muelle! —exclamó Julián—. El viento sopla con tanta fuerza como si fuera una galerna.

—El parte meteorológico dijo que haría mal tiempo durante algunos días —comentó Dick con tristeza—. ¡Vaya! Nos resultará muy difícil ir a tierra en el bote. Y dudo que con el oleaje que hay podamos pasar por las rocas, aunque esté la marea, baja.

—¡Huy, no seas gafe! —protestó Ana.

—¿Os gustaría que nos quedásemos prisioneros en el faro? —preguntó Dick.

—No importaría. Hay mucha comida —contestó Ana.

—No, no hay demasiada. Acuérdate de que somos cinco. Y además hay que contar con *Tim* y *Travieso*.

—Cállate ya. Dick —ordenó Julián—. Estás asustando a Ana y a *Manitas*. La tormenta pasará pronto, y mañana podremos ir a hacer nuestras compras tranquilamente.

Pero la tormenta iba arreciando y el cielo se oscureció tanto que Ana se vio obligada a encender las lámparas. La lluvia caía con furia contra el faro, y el viento silbaba de un modo estremecedor, haciendo gruñir a *Tim*.

Ana se acercó a mirar por la ventana. Quedó aterrada a ver las enormes olas que se estrellaban contra las rocas de faro. Una de ellas rompió violentamente, y su espuma salió lanzada con tanta fuerza que resonó contra los cristales de la ventana.

Ana se aparto de ella alarmada.

—¿Sabéis lo que acaba de golpear los cristales? —dijo—. Era la espuma de una ola.

—¡Caramba! —exclamó Julián, acercándose a la ventana.

¡Qué espectáculo tan maravilloso! Ahora el mar era de color gris

en lugar de azul, y enormes olas se estrellaban contra la playa y las rocas, levantando montañas de espuma. En mar abierto, las olas eran asimismo gigantescas, coronadas por blancos penachos de espuma que levantaba la fuerza del viento. No había más vida que unas cuantas gaviotas, gritando excitadas y dejándose llevar por el viento, abiertas sus blancas alas.

—Desde luego, hoy no me importaría nada ser una gaviota —dijo Dick—. Debe de ser una sensación estupenda cabalgar en una tormenta. No me extraña que chillen de alegría.

«¡Iiuuuu, iiuuuu, iiuuuu!», gritaban las gaviotas, como gatos maullando de hambre.

—Lo siento por los barcos que se hayan hecho a la mar —dijo Julián—. Imaginaos los veleros de la antigüedad navegando cerca de esta costa con un viento como éste. Es casi un verdadero huracán.

—Y pensad en el malvado Bill *Oreja Cortada* frotándose las manos cuando ve un barco acercarse más y más a estas rocas —añadió *Jorge*—. Y cogiendo la lámpara de su sitio para trasladarla hasta aquí y asegurarse de que se estrellará contra ellas…

—No digas esas cosas —se enfadó Ana—. No me hacen ninguna gracia.

—¿Por qué no jugamos un poco? —propuso Julián—. ¿Dónde están las cartas? Acerca esa lámpara un poco más a la mesa. Dick. Está oscureciendo mucho. Y ahora dejemos de hablar de piratas. Pensad en algo más alegre, en una merienda-cena, por ejemplo, o en el tesoro, o…

—¿Sabes? Creo que nos será bastante fácil encontrar el tesoro —dijo Dick, acercando la lámpara a la mesa—. *Travieso* es muy listo y seguro que recordará el sitio donde encontró la moneda. Nos llevará directamente allí.

—A lo mejor no hay más que esa moneda. Puede que se le haya caído al hombre que escondió el tesoro —dudó Ana.

—Es posible —respondió Dick—. Pero el tesoro no puede estar muy lejos de donde la encontró *Travieso*.

—Bueno, si nos decidimos a buscarlo tendrá que ser inundo la marea esté muy baja —dijo Julián—. La verdad es que no me haría ninguna gracia empezar a explorar esos túneles y esas cuevas

sabiendo que de un momento a otro la marea puede subir e inundarlo todo.

Por un momento Dick permaneció callado, cavilando en algo.

—Julián —dijo por fin—. ¿Te acuerdas en qué dirección anduvimos esta mañana después de entrar en el túnel? Fuimos todo el rato hacia la izquierda, ¿no?

—Sí —replicó *Manitas* inmediatamente—. Yo llevaba mi pequeña brújula, aquí, en la correa del reloj, y todo el rato marchamos hacia el Oeste.

—Es decir, hacia el faro —dijo Julián, y dibujó un pequeño plano—. Mirad, éste es el faro y ésta la entrada del acantilado, donde estuvimos primero. Éste es el camino que recorrimos. Se curva de nuevo hacia el mar, por debajo de la playa, luego sigue por aquí… Esto es la primera cueva, más túnel, la Cueva de los Piratas… El camino siempre va hacia la izquierda…

—Un poco más y hubiésemos ido a parar justo debajo del faro —exclamó Dick, sorprendido.

—Eso es —asintió Julián—. Quizás hace muchos años, cuando aún no existía el faro y los barcos se estrellaban contra las rocas sobre las que está construido, hubiese un túnel que empezaba en las rocas y que empalmaba con el que hemos visto esta mañana. Así los piratas podían llevarse fácilmente todo lo que encontraban de valor sin que nadie los viese.

—¡Caramba! ¿Quieres decir que esperaban a que el barco se estrellase, pasaban luego por las rocas como hacemos nosotros, cogían lo que podían encontrar y desaparecían por el túnel para esconderlo?

—¡Y salían tranquilamente por el otro lado! —terminó Ana.

Jorge se quedó mirando a Julián, con los ojos brillantes.

—Puede que haya una entrada en las rocas —dijo—. Debe de estar en uno de los extremos, porque el mar entra por ahí. Julián, ¿por qué no la buscamos mañana? Creo que tienes razón. Tiene que haber un agujero en las rocas que se comunique con el túnel que conocemos.

Después de la emoción de este descubrimiento, nadie quiso jugar a las cartas. Estaban demasiado excitados. Una y otra vez estudiaron el plano de Julián, agradeciendo a la brújula de *Manitas*

que les hubiese demostrado que el túnel llevaba hasta las rocas del faro.

—¿Crees que nadie se acordará ya del agujero? —preguntó Dick —. Nadie nos ha dicho ni una sola palabra de ello, ni siquiera Jeremías. A lo mejor está obstruido.

Julián frunció el ceño, pensativo.

—Sí, quizás esté obstruido —contestó por último—. Es extraño que Jeremías no nos haya dicho nada acerca de eso. De todos modos, mañana haremos una investigación a fondo

—Si lo encontramos nos meteremos por él y buscaremos el tesoro —dijo *Manitas*, excitado—. ¡Qué sorpresa se llevarán Elías y Jacobo si nosotros lo encontramos primero!

Capítulo XIX

UNA GRAN DESILUSIÓN

La tormenta cesó durante la noche y el día siguiente amaneció algo más despejado. El cielo se presentaba aún amenazador y la lluvia caía de cuando en cuando. Sin embargo, los niños abandonaron el faro y se dirigieron hacia las rocas.

—¿Qué hacemos primero? ¿Vamos de compras o buscamos el hoyo? —preguntó Julián.

—Busquemos primero el agujero —respondió prestamente Dick —. El viento sopla todavía muy fuerte y la tormenta puede empezar de nuevo. No podríamos regresar pasando por las rocas si el mar se pone agitado.

Se separaron unos de otros y comenzaron a buscar por entre las rocas sobre las que estaba construido el faro. La marea estaba baja y las rocas emergían considerablemente sobre el agua.

El faro se levantaba en la parte más alta y resultaba impresionante mientras los buscadores registraban palmo a palmo las rocas en busca de la entrada que podía conducir hasta el túnel.

—¡Aquí hay un agujero! —gritó Ana de pronto.

Todos se acercaron corriendo, incluso *Tim*, llenos de curiosidad.

—Sí, muy bien podría ser éste —dijo Julián examinándolo—. Es lo suficientemente grande como para permitir el paso de un hombre. Bajaré a ver.

El muchacho descendió agarrándose con cuidado a las piedras que sobresalían. Los otros lo observaban intrigados. *Tim* ladró. No le gustaba ver que Julián desaparecía de aquel modo.

Pero antes de quedar completamente oculto, Julián gritó:

—Me temo que no hemos acertado. Ya he llegado hasta el fondo.

Estoy de pie, y aunque he registrado todo esto, no encuentro ninguna abertura.

¡Qué desilusión! Dick se inclinó para ayudar a Julián a trepar de nuevo.

—¡Caramba! Y yo que confiaba en que fuese la entrada del túnel —dijo—. Agárrate a mi mano, Julián.

—Gracias. Está un poco difícil la subida.

Por fin consiguió sacar medio cuerpo fuera y luego las piernas, y quedó tumbado al lado del agujero, respirando con alivio.

—¡Vaya! No me hubiera hecho ninguna gracia quedarme aprisionado ahí, sobre todo ahora que va a subir la marea.

—Ya está lloviendo otra vez —anunció Ana—. ¿Qué? ¿Vamos de compras o esperamos a que despeje?

—Será mejor que esperemos un poco —dijo *Jorge*—. Estoy mojada y siento frío. Vámonos al faro y preparemos un poco de café. ¡Qué desilusión! Bueno, no os preocupéis, siempre podremos entrar en el túnel por donde lo hicimos ayer y empezar a buscar. Quizá *Travieso* quiera enseñarnos el sitio donde encontró la moneda.

Entraron en el faro y una vez más Julián atrancó la puerta.

—Ojalá viniese pronto el cerrajero —dijo—. Si vamos a las cuevas tendremos que dejar otra vez al pobre *Tim* de guardia. ¡Es una vergüenza!

—¡Guau! —asintió *Tim* muy convencido.

Subieron las escaleras y Ana preparó el café. Estaban tomándolo cuando súbitamente *Tim* rompió a ladrar con furia. Los niños recibieron un buen susto, tanto que Ana derramó su café.

—*Tim*, ¿qué sucede? —preguntó *Jorge*, alarmada. *Tim* apoyaba el morro contra la puerta de la habitación, con las orejas tiesas y gruñendo con fiereza.

—¿Qué diablos es lo que pasa, *Tim*? —dijo Julián, abriendo la puerta—. No puede haber nadie abajo. Dejé la puerta atrancada.

Tan pronto como Julián abrió la puerta, *Tim* salió disparado y comenzó a bajar rápidamente las escaleras. Tanta prisa llevaba que cayó rodando por ellas. *Jorge* gritó, asustada:

—¡*Tim*! ¿Te has hecho daño?

Pero *Tim* se levantó inmediatamente y corrió hacia la puerta de

entrada, gruñendo tan fieramente que Ana se asustó. Julián bajó a su vez corriendo las escaleras. La puerta seguía atrancada.

—*Tim*, quizá no sea más que el lechero que ha venido a traer la leche —trató de calmarlo mientras desatrancaba la puerta.

Cuando hubo retirado el obstáculo, asió el tirador para abrirla. ¡La puerta no se movió! Julián tiró con todas sus fuerzas. Todo fue inútil. La puerta no se abría. Todos los demás habían bajado ya.

—Déjame probar a mí —propuso Dick—. Debe de estar encallada.

Tampoco él pudo abrirla. Julián miró a los demás con expresión grave.

—Me temo, es decir, estoy seguro, que alguien nos ha encerrado —dijo al fin.

Hubo un largo silencio. Luego *Jorge* gritó enfurecida:

—¿Encerrarnos? ¿Cómo se atreven? ¿Quién habrá sido?

—Bueno, creo que es fácil adivinarlo. Tuvo que ser la misma persona que nos robó la llave el otro día —respondió Julián.

—¡Elías o Jacobo! —gritó Dick—. Da igual. Uno de los dos. ¿Cómo se habrá atrevido? ¿Qué vamos a hacer ahora? No podemos salir. ¿Por qué habrán hecho una cosa tan estúpida?

—Supongo que porque imaginan que empezaremos a buscar en seguida el tesoro y tienen miedo de que lo encontremos —dijo gravemente Julián—. Nosotros estamos seguros de que *Travieso* puede recordar dónde encontró la moneda de oro y llevarnos hasta allí. Y ellos piensan lo mismo. Encerrándonos se aseguran de que tendrán tiempo suficiente de encontrar el tesoro antes de que nosotros lo hagamos.

—¡Son unos malvados! ¡Unos malvados! —exclamó *Jorge*, furiosa, tirando con todas sus fuerzas de la puerta, tratando de abrirla—. ¡Estamos prisioneros!

—Deja en paz el tirador, *Jorge* —le recomendó Julián—. No te va a servir de nada. Será mejor que vayamos arriba y hablemos sobre todo esto. Tenemos que encontrar algún modo de salir del apuro.

Silenciosamente subieron las escaleras y llegaron a la habitación. Sí, estaban prisioneros.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Dick—. Estamos en un grave

aprieto, Julián.

—Sí, tienes razón —contestó Julián muy preocupado—. No podemos salir del faro, eso es una verdad como un templo, y, por otro lado, tampoco hay modo de pedir ayuda. No hay teléfono. Aunque gritásemos nadie oiría nuestros gritos. El bote es como si no lo tuviésemos. Y nadie se dará cuenta de que estamos prisioneros. Nos han visto entrar y salir del faro varias veces, así que, si de repente dejan de vernos, pensarán que hemos vuelto a casa y que el faro está de nuevo deshabitado.

—Nos moriremos de hambre —gimió Ana, asustada.

—No lo creo. Ya se nos ocurrirá algo —dijo Dick, al ver que Ana tenía realmente mucho miedo—. Esto es un verdadero rompecabezas. No podemos salir de aquí ni nadie puede entrar. El que haya cerrado la puerta se habrá llevado la llave consigo.

Hablaron y hablaron hasta que finalmente se sintieron hambrientos. Así, pues, comieron, aunque evitaron abusar con el fin de que las provisiones no se les acabasen demasiado pronto.

—Todavía tengo hambre —se quejó *Jorge*.

—Ya os lo había dicho —dijo *Manitas*—. No sé por qué, pero cuando vives en el faro tienes siempre hambre.

—Trataremos de llamar la atención del lechero mañana —resolvió de pronto Julián—. A ver, escribiremos una nota y la empujaremos por debajo de la puerta, de modo que la vea cuando venga mañana por la mañana. Podríamos poner: «¡Socorro! ¡Estamos encerrados dentro!».

—Se la llevaría el viento —objetó *Jorge*.

—Podríamos sujetarla bien desde dentro —aventuró Ana—. Dejar la mitad dentro, pegada, y la otra mitad fuera.

—Bueno, yo creo que vale la pena intentarlo —dijo Dick. Inmediatamente se puso a escribir en una hoja de papel.

Luego corrió hasta la puerta, hizo pasar la mitad del papel por debajo y sujetó el resto al marco.

—Ya está. Aunque no creo que el lechero venga con este tiempo —dijo a los demás cuando regresó—. No podrá pasar por las rocas; estarán impracticables. En fin, esperemos que todo vaya bien.

En efecto, no podían hacer otra cosa que esperar. La noche llegó pronto, pues el cielo se había cubierto nuevamente de negros

nubarrones y soplaba un fuerte viento. Incluso las gaviotas dejaron de volar.

Los muchachos se dedicaron a jugar a las cartas, tratando valientemente de contarse chistes unos a otros y de reír. Pero en el fondo todos se sentían muy preocupados. Pensaban que la tormenta podía continuar por mucho tiempo, que era posible que nadie advirtiese que estaban encerrados en el faro, que a lo mejor el lechero no venía a traer leche, que se les acabaría la comida y…

—¡Ánimo! No es para tanto —exclamó de pronto Julián, viendo las caras pensativas de todos—. Las hemos pasado peores.

—Pues yo creo que nunca nos las hayamos visto tan negras —replicó Ana—. No veo cómo vamos a salir de aquí…

Hubo un largo silencio. *Tim* soltó un profundo suspiro. También él estaba preocupado. Sólo el mono parecía tranquilo, y saltaba y brincaba por la habitación, repitiendo sus gracias. Pero nadie se reía. Ni siquiera le veían. *Travieso* se sintió muy triste y se acurrucó en el hombro de *Manitas*.

—Tengo una idea que quizá dé resultado —dijo por último Julián—. Hace rato que le estoy dando vueltas en la cabeza y todavía no estoy seguro de si es o no factible. De todas maneras podemos probarlo mañana si nadie viene en nuestra ayuda.

—¿Y qué es? —preguntaron todos al mismo tiempo. *Tim* irguió las orejas y agitó alegremente el rabo, como si también él hubiese comprendido.

—Veréis. ¿Os acordáis de cuando bajé al pozo de los cimientos? —exclamó Julián—. ¿Cuando vi agua en el fondo? Bueno, pues suponed que el pozo haya sido hecho aprovechando un agujero natural en la roca, que los constructores del faro pensasen en poner allí los cimientos puesto que ya tenían el agujero disponible. Imaginad que lo recubrieron luego con una gruesa capa de cemento con objeto de que el faro se asentase sólidamente y pudiese resistir los golpes de las olas y el viento.

Aquélla era una idea estupenda, tanto que tardaron un poco en asimilarla. Luego Dick dio un fuerte golpe en la mesa y saltó alegremente:

—¡Julián! ¡Es un gran descubrimiento! Claro, los cimientos están construidos sobre el agujero de la roca, sobre el mismo agujero que

hemos estado buscando esta mañana, el agujero que comunica con los túneles que visitamos ayer. No es extraño que no lo encontrásemos. Los constructores del faro lo cubrieron.

Hubo otro largo silencio. Todos pensaban en lo que aquello representaba. Julián los miró uno a uno.

—¿Habéis comprendido? —dijo—. Si éste es el agujero que estábamos buscando, uno de nosotros puede bajar por la escala hasta el fondo y ver si realmente llega hasta el túnel en el que estuvimos ayer.

—Y caminando por él y luego por el otro túnel podríamos llegar a la entrada del acantilado —completó *Jorge*—. ¡Julián! ¡Qué idea tan fantástica! Podemos escapar por ahí. ¡Qué sorpresa se van a llevar Elías y Jacobo! ¡Lo conseguiremos!

Capítulo XX

OTRA VEZ EN EL TÚNEL

Era fantástico pensar que la escala de hierro que flanqueaba el pozo de cemento podía llevarles hasta el túnel que les había enseñado Jeremías el día anterior. Julián había visto agua en el fondo del pozo cuando la marea estaba alta. Tal vez si lo intentaban cuando estuviese baja no habría peligro de quedar atrapados.

La tormenta rugía a intervalos. Tan pronto se calmaba, como el viento soplaba con tanta fuerza que parecía que el furo fuese a derrumbarse. Aquella noche llovió torrencialmente y a primeras horas de la madrugada, mientras la marea estaba alta, enormes olas rompían contra las rocas y su espuma alcanzaba casi hasta lo alto del faro. Julián se despertó y miró por la ventana.

—Espero que no ande ningún barco por ahí fuera —dijo. De pronto exclamó—: ¿Qué ha sido eso? ¡He visto brillar algo en el cielo!

—Es la luz del nuevo faro —contestó Dick—. La vi la olía noche. Debe de tener un fanal muy potente para que se ven el reflejo en una noche como ésta.

Durante algún tiempo continuaron contemplando el cielo. Luego Julián bostezó.

—Será mejor que tratemos de dormir un poco —dijo—. Pensábamos que íbamos a pasar unas tranquilas vacaciones y ¡ZAS!… Ya estamos metidos en un lío.

—Bueno, espero que todo acabe bien —contestó Dick, acurrucándose en sus mantas una vez más—. La verdad es que en estos momentos me siento muy lejos de la civilización. Buenas noches, Julián.

Por la mañana la tormenta seguía y el viento era terrorífico. Julián corrió hacia la puerta para ver si el lechero había descubierto su nota.

No. El papel seguía en el mismo lugar en que lo habían dejado y se agitaba a efectos del viento. Probablemente el lechero no se había atrevido a cruzar el mar con aquel tiempo, ni por las rocas ni en el bote.

Dick se había asomado a la ventana para comprobar si el bote se encontraba a salvo, pero para su sorpresa descubrió que había desaparecido. *Manitas* se puso muy triste.

—¿Adónde habrá ido a parar mi bote? ¿Lo habrá robado alguien?

—Es posible. Pero también puede ser que la fuerza de la tormenta haya roto la amarra y el bote se haya hecho pedazos contra las rocas —dijo Julián—. De todos modos no está. ¡Pobre *Manitas*! ¡Qué lástima!

Manitas estaba desconsolado y, aunque *Travieso* hizo toda clase de cabriolas y gracias para tratar de alegrarlo, *Manitas* no quería reír. Estaba muy, muy triste.

Tomaron un frugal desayuno. Todos estaban muy silenciosos. Ana retiró la mesa y fregó los cacharros. Luego Julián los reunió a todos.

—Bueno, ahora debemos decidir si hemos de bajar al pozo y comprobar si realmente conduce hasta el túnel —dijo—. Yo mismo lo haré.

—¡Ni hablar! —protestó Dick—. ¿Por qué no he de bajar yo? O, mejor, podríamos bajar los dos juntos. Así, en el caso de que le pasase algo a uno de nosotros nos ayudaríamos el uno al otro.

—No es mala idea —aprobó Julián—. Pero si hacemos eso, no quedará nadie para cuidar a *Manitas* y a las chicas.

—¡Guau! —protestó *Tim*, muy ofendido.

Julián se echó a reír y lo acarició cariñosamente.

—De acuerdo, *Tim*. Sólo quería saber si te creías capaz de guardarlos bien. Bueno, Dick y yo bajaremos al pozo. Cuanto más pronto, mejor. Hay que aprovechar la marea baja. ¿Bajamos ahora, Dick?

Solemnemente descendieron todos la escalera de caracol hasta la

puerta del faro, donde se hallaba la trampa que cerraba la entrada a los cimientos. Julián la abrió y observó la oscuridad del agujero. Encendió la linterna y la enfocó hacia abajo, pero no alcanzó a vislumbrar el fondo.

—Bien, adelante —dijo. Y comenzó a bajar, buscando cuidadosamente con los pies las agarraderas de hierro—. Levantad esos ánimos, chicos. Llegaremos por los túneles hasta la entrada del acantilado. Desde allí, iremos a buscar ayuda y regresaremos en un vuelo.

—Julián, por favor, tened cuidado —suplicó Ana, con un hilo de voz—. Por favor, tened mucho cuidado.

Julián desapareció, sosteniendo la linterna entre los dientes. Detrás de él bajó Dick. Las niñas alumbraron el pozo con sus linternas, pero pronto los muchachos se perdieron de vista. Sólo se oían sus voces de vez en cuando, multiplicadas por el eco.

—Ya he llegado al fondo —gritó por fin Julián—. Es roca. Ahora no hay ni una gota de agua. El camino está muy claro. He encontrado una especie de túnel. Vamos a seguirlo. ¡Ánimo todos! ¡Hasta pronto!

La voz calló, y las muchachas y *Manitas* ya no oyeron nada más. *Tim* gimió. No le gustaban nada aquellas extrañas idas y venidas.

En cambio, Julián y Dick se sentían muy satisfechos. No había sido nada difícil encontrar el túnel. Ahora caminaban por él. Era muy estrecho y el techo en algunos puntos bajaba tanto que debían marchar agachados. Olía a salitre y a humedad, pero parecía estar bien ventilado. Incluso a veces sentían una ligera brisa.

—Saltaré de contento cuando nos veamos en un túnel conocido —dijo Julián—. Debemos de estar ya muy cerca de donde llegamos el otro día. ¡Eh! ¿Qué es esto? ¡Mira, Dick!

Dick miró hacia donde alumbraba la linterna de Julián y dejó escapar un leve grito:

—¡Una moneda! Debemos de estar cerca de donde *Travieso* encontró la suya. Mira, otra. Y otra. ¿De dónde habrán salido?

Los muchachos buscaron con sus linternas por todas partes y vieron por fin de dónde salían todas aquellas monedas. Sobre sus cabezas había un negro agujero, excavado en la roca. Cuando apuntaron con sus linternas hacia allí, una moneda de oro cayó

sobre las demás.

—¡Aquí es donde *Travieso* encontró la moneda! —gritó Dick—. Julián, parece que ahí arriba hay un cofre roto y deja escapar las monedas de cuando en cuando.

—¿Quién hubiese pensado en semejante escondite? —dijo Julián, maravillado, sin dejar de enfocar el agujero con su linterna —. Desde aquí sólo se ve el agujero. Del cofre, ni rastro. El que lo escondió debió de haberlo metido muy adentro. Sin duda fue alguien que conocía muy bien este escondite.

—Déjame apoyarme en tus manos. Me izaré y trataré de averiguar lo que hay —urgió Dick—. Date prisa, estoy impaciente.

Julián le sostuvo los pies con sus manos unidas, y Dick se alzó hasta el agujero. Tanteó con una mano a un lado. Nada. Tanteó hacia el otro lado y su mano tropezó con algo duro y frío. ¿Una barra de hierro? Metió un poco más la mano y tocó algo más blando. Quizá se tratase de madera podrida. Posiblemente eran los restos de un cofre, sostenidos sólo por su armazón metálica. Lo removió un poco y Julián soltó una exclamación:

—¡Eh! Me estás duchando con monedas. ¡Caramba! No había visto tantas monedas juntas en toda mi vida.

—Julián, creo que ahí hay más de un cofre —dijo Dick, saltando al suelo y mirando las monedas desparramadas sobre la roca—. Debe de haber una verdadera fortuna. ¡Esto sí que es descubrir un tesoro! Será mejor que no toquemos nada. Nadie sabe que el tesoro está ahí. Lo mejor será que recojamos todas estas monedas por si aparece ese bandido de Elías.

Los dos muchachos llenaron sus bolsillos de monedas y siguieron adelante. Pronto reconocieron uno de los túneles que habían visitado con el viejo Jeremías.

—Todo va estupendamente —dijo Dick—. Pronto estaremos al aire libre y podremos avisar al cerrajero para que abra la puerta del faro.

—¡Chist! —dijo Julián de repente—. Me parece haber oído algo.

Los dos muchachos se detuvieron y prestaron atención por un momento. Nada. Siguieron adelante, pensando que Julián estaba equivocado.

Pero no lo estaba. Al dar la vuelta al recodo que daba a la cueva,

alguien se arrojó contra ellos. Los dos cayeron al suelo, pero Dick tuvo tiempo de vislumbrar a Elías, acompañado de alguien más, quizá Jacobo.

Al caer Dick, unas cuantas monedas de oro saltaron de su bolsillo. Elías dio un grito y se lanzó inmediatamente sobre ellas. Julián trató de aprovechar aquel momento para escaparse, pero el otro hombre lo agarró y le dio un fuerte empujón, tirándolo de nuevo al suelo.

—¿Dónde habéis encontrado estas monedas? —gritó Elías—. ¡Decídmelo u os pesará!

El eco repitió en seguida…

—Pesará… pesará… pesará…

—¡Corre, Dick! —gritó de pronto Julián—. ¡Es nuestra única posibilidad!

El muchacho dio un fuerte empujón a Elías, que tropezó con el otro hombre. Sí, era Jacobo. Julián y Dick salieron disparados y corrieron todo lo de prisa que podían, tratando de regresar al faro.

—¡Venid aquí! —gritó Elías, corriendo tras ellos.

—¡Corre! —exclamó Dick—. Si podemos llegar hasta el pozo, estaremos a salvo.

Pero desgraciadamente equivocaron el camino. Pronto se encontraron en una cueva que no habían visto el día anterior. Elías y Jacobo aparecieron corriendo. Por fortuna, pasaron a su lado sin verlos.

—Será mejor que nos quedemos aquí un rato —dijo Julián—. Esperemos a que se alejen un poco más.

Durante unos minutos permanecieron inmóviles y en silencio. Por fin se aventuraron a salir de su escondite y trataron de encontrar el camino de regreso hacia el faro.

—Si nos extraviamos por aquí dentro no tenemos salvación —dijo Julián—. Una vez que suba la marea, ya no habrá nada que hacer. Nos ahogaremos sin remedio. Tenemos que llegar de algún modo al acantilado o al pozo. Agárrate a mí, Dick. Lo importante es no separarnos, pase lo que pase.

Y empezaron a dar vueltas y vueltas. Realmente ni siquiera sabían hacia dónde iban. Parecían caminar por cuevas y túneles sin fin. Aquello era un enorme laberinto de roca. De pronto oyeron

voces.

—Son Elías y Jacobo —murmuró Julián—. Vienen hacia aquí. Escondámonos aquí, pronto. ¡Y ni una palabra!

Se apresuraron a ocultarse y pronto llegaron claramente a sus oídos las voces de los bandidos.

—Esos malditos críos tienen que volver por aquí —decía Elías—. Los esperaremos. No hagas ruido.

—Tendremos que jugarnos el todo por el todo. ¡Ojalá tengamos suerte! —susurró Julián—. Vamos. Pronto nos atrapará la marea si no corremos.

Los dos se echaron a correr súbitamente, pasando justo al lado de Jacobo y Elías. Éstos, sorprendidos, tardaron en reaccionar. Con toda la velocidad que les permitían sus piernas avanzaron por el túnel que tenían frente a ellos, sosteniendo firmemente las linternas a pesar de los golpes que se daban contra las rocas en piernas y brazos. Detrás de ellos, oían los pasos de Elías y Jacobo, siguiéndoles muy de cerca.

—Esto parece una pesadilla —exclamó Dick—. ¡Julián! ¡Mira! El agua está entrando ya por el túnel. ¡La marea sube!

—Sigamos —apremió Julián—. Presiento que el pasadizo no se encuentra ya muy lejos. Este túnel y esta cueva me resultan conocidos. Vamos, Dick, no hay un minuto que perder. Tenemos que encontrar el faro.

—¡Mira! ¡Ahí está el pozo! —gritó Dick al cabo de un momento —. Disponemos del tiempo justo para subir. El agua me llega hasta los tobillos.

Alcanzaron el pozo y tuvieron que ponerse a cuatro patas para pasar bajo los arcos que permitían que el agua entrase en los cimientos. Luego empezaron a trepar por las agarraderas de hierro, aunque se detuvieron antes un instante con objeto de escuchar si todavía les seguían Elías y Jacobo. En seguida oyeron unos gritos:

—¡ELÍAS! ¡VUELVE! La marea está subiendo.

Y a continuación pudieron escuchar la voz de Elías.

—Ya voy. Esos malditos críos han seguido adelante. Pero se van a arrepentir. Se ahogarán antes de llegar muy lejos.

Dick sonrió al oír aquello.

—¡Vamos, Julián! ¡Arriba! Ahí arriba se ve luz. Las chicas deben

de haber dejado la trampa abierta.

Pronto los dos muchachos aparecieron por la trampilla. *Tim* los recibió con grandes saltos de alegría, ladrando como loco y lamiéndoles el cuello. Las niñas, lo mismo que *Manitas*, estaban demasiado nerviosas para poder decir una palabra.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron al fin—. Contad. ¿Habéis conseguido salir del túnel para pedir ayuda? ¿Andaban por ahí esos hombres? ¿Qué ha pasado?

—Muchas cosas —respondió Julián—. Desgraciadamente no hemos logrado burlar a Jacobo y Elías, que nos estaban esperando ahí abajo. Tendremos que seguir encerrados en el faro. Pero…

—¿Pero qué? —se impacientó *Jorge*, sacudiendo el brazo de Julián—. Julián, pareces muy contento. Dinos de una vez, ¿qué es lo que ha pasado?

—¡Pues que hemos encontrado el tesoro! —contestó Julián con aire de triunfo—. Venid. Arriba os lo contaremos todo.

Y precedió a los demás por las escaleras hasta llegar a la habitación. *Manitas* y las niñas le seguían impacientes por enterarse de lo ocurrido. Los muchachos comenzaron a contar lo que les había sucedido, y *Manitas, Jorge* y Ana les escuchan atentamente, asombrados ante todas las peripecias pasadas por los chicos.

—Debe de haber sido la mar de emocionante. ¡El tesoro en un cofre! ¡Cientos de monedas! Julián, ¿qué sentiste cuando cayó sobre ti aquella lluvia de monedas?

—¡Caramba! Fue un momento extraordinario —repuso Julián—. *Travieso*, deja mi pelo en paz. ¡Qué mañana más ajetreada! ¿Qué os parece si ahora nos tomamos una limonada? A propósito, ¿qué tal tiempo ha hecho? Allí abajo no nos enterábamos de nada.

—Horrible —contestó Ana—. Otra vez vuelve la tormenta. Mira esos nubarrones.

—Efectivamente, tienen muy mal aspecto —sentenció Julián, sintiendo desvanecerse toda su alegría al comprender que se iba a desencadenar una fuerte tormenta—. Desde luego, hoy no podremos salir de aquí, ni aunque lográsemos abrir la puerta.

—Julián, *Manitas* ha encontrado la radio de transistores de su padre en uno de los cajones —anunció Ana—. Todavía funciona. Hemos estado escuchando al hombre del tiempo. Ha leído un

importante aviso para los barcos que se encuentren en alta mar. Dice que se refugien en el puerto más cercano lo más aprisa que puedan.

—La verdad es que no tengo ni idea de lo que podríamos hacer —dijo Julián mirando por la ventana—. ¿Cómo podremos lograr que la gente del pueblo se dé cuenta de que estamos encerrados en el faro? Tenemos que discurrir algo.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. ¿Cómo podían conseguir ayuda cuando no había camino alguno para escapar de allí? ¿Cómo puede salir nadie de un faro con la puerta cerrada cuando no se tiene la llave?

Capítulo XXI

UNA IDEA MARAVILLOSA

—Tengo sed —dijo *Manitas*—. Iré a buscar un poco de limonada.

—Bueno, pero no tomes demasiada —le advirtió Dick—. No sabemos cuánto tiempo tendremos que estar encerrados aquí, y la comida y la bebida no van a durarnos eternamente.

—¿Quieres decir que podemos quedarnos encerrados aquí durante semanas? —dijo *Manitas*, asustado.

—Bueno… Si la gente piensa que hemos abandonado el faro y regresado a casa a causa del mal tiempo es fácil que nos veamos obligados a pasar aquí algunos días —dijo gravemente Julián—. Nadie se preocupará de nosotros, si creen que estamos ya en casa.

—Pero mamá sí que empezará a preocuparse si no recibe noticias nuestras en seguida —intervino *Jorge*—. Le prometimos que le enviaríamos una postal todos los días, y en cuanto falten una o dos seguro que empezará a preguntarse qué nos pasa y mandará a alguien aquí.

—¡Vivan las madres! —exclamó Dick, aliviado—. Aunque, de todos modos, no me hace ninguna gracia pasar aquí una semana sin comida. Menos mal que por lo menos agua de lluvia no nos va a faltar.

—Tiene que haber algún medio para salir de aquí —insistió Julián, que había permanecido en silencio, frunciendo el ceño sin dejar de pensar.

—¿No podríamos hacer llegar un mensaje al exterior? ¿No hay ninguna bandera que podamos colgar afuera en la ventana?

—No —dijo *Manitas*—. Nunca he visto ninguna. ¿Qué os parece si ponemos un mantel? Tenemos uno.

—Sí. Eso servirá —asintió Julián—. Vete a buscarlo, *Manitas*.

Manitas lo retiró de la mesa y se lo entregó a Julián. Éste se dirigió hacia la ventana y miró a través del cristal, salpicado por la espuma de las olas.

—No creo que nadie note la presencia de un mantel en la ventana —suspiró—. De todos modos lo intentaré. ¡Vaya! ¡Qué dura está esta ventana! Parece como si estuviese atrancada.

Por fin logró abrirla. Inmediatamente penetró por ella una fuerte ráfaga de viento.

Todo salió volando: papeles, libros, cuadernos. Cayeron algunas sillas, e incluso *Travieso* se vio zarandeado de un lado a otro de la habitación.

Tim ladró asustado, tratando de atrapar los papeles que volaban al verlos pasar ante su nariz.

Y lo peor fue que el mantel desapareció arrastrado por el viento.

Tras muchos esfuerzos, Julián consiguió cerrar la ventana y de nuevo reinó la tranquilidad en la habitación.

—¡Caramba! No me imaginaba que el viento soplase con tanta fuerza. El mantel debe de estar ya a cinco o seis kilómetros de distancia. Las gaviotas se van a quedar muy sorprendidas cuando lo vean volar entre ellas.

Jorge no pudo menos de reírse, a pesar de lo asustada que se sentía.

—¡Julián! ¡Menos mal que no saliste volando tú también con el mantel! ¡Vaya viento! —dijo—. Me pregunto cómo puede aguantar el faro.

—Bueno, ahora que lo dices, acabo de sentir como una especie de temblor —contestó Dick—. ¿No lo habéis notado? No sé si ha sido una ola que ha roto contra las rocas o la fuerza del agua al chocar con el faro, pero noté como si se moviese.

—¡Pamplinas! —rechazó Julián, al ver la cara asustada de Ana —. Dick, haz el favor de no gastarnos bromas pesadas

—¿Estáis completamente seguros de que el faro no puede derrumbarse? —preguntó Ana con un hilo de voz.

—Ana, querida, ten un poco de sentido común —contestó Julián —. ¿Crees que hubiese aguantado tantos años si no hubiese sido, lo bastante fuerte como para soportar tormentas mucho peores que

ésta?

—*Travieso* está también muy asustado —dijo *Manitas*—. Mirad, se ha escondido en un rincón.

—Bueno, pues que le dure mucho tiempo —repuso Julián—. Por lo menos no intentará abrir la lata de las pastas, ni rebuscar en el paquete de los dulces. Me gustaría saber cuántos se ha comido hasta ahora.

¡UUUUUUSSSSSHHHHHH!

Una tremenda ráfaga de viento hizo que *Tim* se levantase de un salto, gruñendo asustado. La lluvia golpeaba los cristales de la ventana como si alguien estuviese arrojando piedrecitas contra ellos.

Julián se mostraba muy preocupado. Parecía como si aquel tiempo infernal fuese a mantenerse durante días y días.

La comida no iba a durar demasiado. Aún quedaban algunas latas de conserva y toda el agua que quisiesen, gracias a la lluvia.

Pero por alguna extraña razón, todos se sentían muy hambrientos.

—¡Ánimo, Julián! —dijo *Jorge*—. Pones una cara muy triste.

—Sí, la verdad es que me siento bastante desesperado —respondió Julián—. No veo la manera de salir de aquí, ni siquiera de conseguir ayuda. Si hubiese algún modo de avisar a la gente.

—Es una lástima que el fanal del faro ya no funcione —le interrumpió *Manitas*—. Ésa sí que sería una buena señal.

De repente, y ante la sorpresa de *Manitas*, Julián dejó escapar un grito, se levantó, se arrojó sobre el niño y le dio tal golpe en la espalda que casi lo hizo caer de la silla.

—¿Qué… qué… qué sucede? —balbuceó *Manitas*, encogiendo los hombros.

—¿Pero es que no lo ves? Quizá podamos hacer funcionar el viejo fanal de aceite y conseguir que ilumine como antes… No para advertir a los barcos, desde luego, sino para que los del pueblo se den cuenta de que estamos prisioneros en el faro —dijo Julián, contentísimo—. *Manitas*, ¿sabes lo que hay que hacer para intentar que funcione el fanal?

—Pues sí —respondió el niño—. Mi padre me enseñó cómo funcionaba y creo que lo recordaré. ¡Ah! También hay una campana

que podemos hacer sonar.

—Mejor que mejor —dijo Julián—. ¿En dónde está esa campana?

—La desmantelaron y la dejaron en un rincón —contestó *Manitas*—. Solía estar colgada en la terraza que hay afuera, alrededor del cuarto del fanal. Hay un gran gancho para colgarla.

—¿De modo que estaba colgada afuera? —repuso Julián—. Bien, eso significa que uno de nosotros tendrá que salir afuera a luchar contra el viento para colocarla en su lugar. No será fácil. El viento debe de alcanzar una velocidad de casi ciento cincuenta kilómetros por hora. De todos modos, vayamos a ver la campana.

La enorme campana yacía en el cuarto de los trastos, cubierta por una tela. Era de metal y en sus buenos tiempos tenía una especie de martillo, regulado por un mecanismo automático que la golpeaba a intervalos haciéndola sonar. Pero el mecanismo se hallaba hecho pedazos.

—Subiremos la campana arriba —decidió Julián—. ¡Caramba! Pesa como un burro muerto. Dick, ayúdanos, por favor.

Entre los dos muchachos transportaron la campana hasta la habitación, mientras *Manitas* cargaba con el martillo que la hacía sonar. Julián y Dick la sostenían por la barra de hierro que servía para colgarla.

—Golpéala con el badajo —ordenó Julián—. Veremos si suena lo bastante fuerte.

Manitas la golpeó con todas sus fuerzas e inmediatamente, con gran susto de *Tim*, un profundo «clang» resonó por toda la habitación.

El perro y *Travieso* salieron corriendo y bajaron a toda velocidad la escalera de caracol.

También los chicos se asustaron muchísimo y se quedaron contemplando la campana, asombrados de que pudiese sonar tan fuerte. El sonido retumbó por todo el faro, haciéndoles vibrar de tal modo los tímpanos que tuvieron que sacudir la cabeza para librarse de él, tapándose los oídos. Por fin Julián cogió con las dos manos el borde de la campana y el ruido cesó.

—¡Qué estupenda campana! —exclamó asombrado—. Mirad, es antiquísima. Aquí dice: «Fundida en 1896». Si consiguiésemos

colgarla en la terraza, se oiría en el pueblo… y hasta mucho más lejos. Me pregunto cuántos barcos la escucharían hace años, cuando el martillo la golpeaba regularmente.

Manitas levantó de nuevo el martillo, pero Dick lo detuvo.

—Estáte quieto. Ya has visto cómo se asustaban *Travieso* y *Tim*. Si la vuelves a tocar, a lo mejor se les ocurre saltar por la ventana.

—Esperaremos a que el viento cese de soplar un rato y trataremos de colocarla —dijo Julián—. Veamos ahora el fanal. Tendremos que ponerle aceite ¿verdad, *Manitas*?

—Seguramente, aunque creo que aún le quedará un poco de cuando cerraron el faro —contestó *Manitas*—. De todos modos, abajo hay todo el aceite que necesitemos.

—¡Estupendo! —se entusiasmó Julián. Se sentía mucho más animado—. Bueno, si el viento amaina un poco, trataremos de colgar la campana. Y la haremos sonar en cuanto la colguemos, sin esperar a encender el fanal.

Pero la tormenta iba empeorando y Julián se preguntó si el faro resistiría en pie. ¿Debía obligar a sus compañeros a que bajasen al cuarto de almacenaje, por si acaso?

«Lo haré si el tiempo empeora aún más —pensó—. Aunque no creo que importe en qué sitio estemos si el faro se derrumba».

Subieron a la habitación del fanal y se dispusieron a examinarla.

Manitas explicó cómo funcionaba:

—Daba vueltas mecánicamente, y aquí había una especie de cortinillas que impedían el paso de la luz, de modo que la ocultaban cuando iba pasando. Así la luz parecía apagarse y encenderse cuando se miraba el faro desde algún barco. De este modo los barcos la descubrían antes.

Pero las cortinillas estaban completamente rotas y resultaban inútiles. En cambio, aún quedaba algo de aceite en el fanal. Sin embargo, Julián le añadió un poco más. La mecha parecía funcionar perfectamente. Si lograban encenderla y mantenerla así, alguien del pueblo vería la luz y se preguntaría qué significaba.

Julián buscó las cerillas en su bolsillo. Allí dentro no soplaba el viento, y la cerilla se mantuvo bien encendida. La acercó a la mecha y en seguida el fanal se iluminó.

Era enorme y, desde tan cerca, la luz que desprendía cegaba.

Dick comenzó a canturrear lleno de alegría:

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido! Viejo faro, esta noche vas a funcionar como en tus buenos tiempos. ¡Estás vivo otra vez!

—Ahora intentaremos colgar la campana —decidió Julián, y con muchas precauciones abrió la puerta que conducía a la terraza.

Esperó a que la fuerza del viento amainase por unos momentos. Y, sin perder tiempo, Dick y él alzaron la campana hasta el gancho que sobresalía en la pared. La campana quedó bailoteando. Julián levantó el martillo con ánimo de golpearla, pero en aquel momento una violentísima ráfaga de viento lo envolvió tirándolo contra la barandilla.

Dick lo agarró justo a tiempo y, con ayuda de *Jorge*, lo hizo entrar. Estaban todos muy pálidos.

—¡Te has escapado por los pelos! —exclamó *Jorge*, con las manos aún temblorosas y el cuerpo empapado en sudor—. Tendremos que ir con cuidado si queremos salir otra vez a la terraza. Quizá sería mejor que confiásemos únicamente en la lámpara.

—Voto porque vayamos abajo a tomar una taza de té —dijo Julián, dando gracias al cielo por haberse librado de la caída.

Estaba asustadísimo. Había pasado un miedo horroroso, y las piernas aún le temblaban, entrechocando sus rodillas. Casi no podía bajar las escaleras.

Después de tomar una taza de té y unos bizcochos, todos se recuperaron del susto.

—Me gustaría que hubiese oscurecido ya para ver la potencia del fanal —dijo Dick—. Hoy se hará muy pronto de noche.

Sí, no tardó nada en oscurecer. La noche era tan oscura que la luz del viejo fanal brillaba extraordinariamente. Parecía cortar la cortina de tinieblas con su haz dorado.

Sobre el rugido del mar se oía el tañer de la campana que Julián, fuertemente sujeto por Dick, hacía sonar en la terraza.

—Escucha —dijo *Jorge*, con la mano en el collar de *Tim*—. ¡Tolooonggg, tolooongg! La campana debe de estar muy contenta, *Tim*. Esta noche ha recuperado su voz.

¡TOLOOOOOONGGGGG! ¿Escucharía alguien el sonido de la vieja

campana en medio de una noche de tormenta? ¿Vería alguien la luz del viejo fanal?

¡¡¡TOLOOOOOONGGGGG!!!

Capítulo XXII

EL FINAL DE LA AVENTURA

Aquella noche, los habitantes de las Rocas del Diablo cerraron cuidadosamente los postigos, encendieron las chimeneas y se acomodaron en sus sillones, satisfechos de no verse obligados a permanecer expuestos al viento y la lluvia.

El viejo Jeremías Boogle se hallaba justamente encendiendo su pipa cuando oyó algo que le hizo arrojar la cerilla y escuchar sorprendidísimo.

¡TOLOOOONGGG! ¡TOLOOOONGGG!

—¡Una campana! ¡Dios mío! ¡No he vuelto a oír esa campana desde hace cuarenta años! —exclamó Jeremías, atónito, sin poder creer lo que percibían sus oídos—. No, no puede ser la campana del faro. Hace ya muchos años que la quitaron.

¡Toloooonggg! ¡Toloooonggg!

Jeremías corrió hacia la ventana y separó las cortinas. Miró hacia fuera. Se negaba a creer lo que veían sus ojos. Dio un gritó:

—¡Susana! Ven a ver esto. ¡El fanal del faro está encendido! ¡Susana! ¿Dónde diablos está mi nieta? ¡Susana!

—¿Qué pasa, abuelo? —preguntó una mujercita regordeta asomando la cabeza.

—Mira, Susana. ¿Ves tú lo mismo que yo veo? —exclamó el viejo—. ¿Está encendido el fanal del viejo faro?

—Bueno, por lo menos hay una luz que brilla en las Rocas del Diablo —respondió Susana—. Pero nunca en mi vida había visto el viejo faro encendido. ¿Qué es ese ruido, abuelo? Parece una enorme campana.

—Es la vieja campana del faro —replicó Jeremías—. ¡Es

inconfundible! La he oído tantas veces, hace muchos años, advirtiendo a los barcos que se acercaban demasiado a las Rocas del Diablo… Pero no. No puede ser. La retiraron hace ya mucho tiempo. Y la luz hace años que no brilla. ¿Qué estará sucediendo?

—No lo sé —contestó Susana, asustada—. Que yo sepa, en el faro no hay nadie.

El viejo Jeremías pegó un tremendo puñetazo sobre el alféizar de la ventana, haciendo caer una de las macetas.

—¡Claro que hay alguien! Tres chicos y dos muchachas y un perro. ¡Y hasta hay un mono!

—¿Qué me dices? ¿Y qué están haciendo allí? —se asombró Susana—. ¿Crees que son ellos los que han encendido el fanal y hacen sonar la campana? Escucha otra vez. ¡Tolonggg! Van a despenar a todos los niños del pueblo.

Susana tenía razón. El sonido despertó a todos los niños y sorprendió a todos los hombres y mujeres del pueblo, incluidos Elías y Jacobo. Habían pegado un brinco al oír sonar la campana y estaban atónitos viendo la potente luz del faro.

Muy pronto oyeron el rumor de la gente que se dirigía al embarcadero de las Rocas del Diablo. Oyeron también la voz del viejo Jeremías.

—¡Son los niños que nos visitaron hace poco! ¡Han encendido el fanal y tocan la campana! Algo malo debe de estarles ocurriendo. Seguramente necesitan ayuda. Os digo que algo malo les está ocurriendo.

Elías y Jacobo sabían muy bien lo que les sucedía. Los niños estaban encerrados en el faro y no podían salir. Quizás alguno de ellos había resultado herido o acaso se morían de hambre, incapaces de salir a pedir ayuda. Y ahora todo el pueblo estaba despierto. En cuanto amaneciese, alguna barca desafiaría las olas para averiguar qué sucedía.

Aquella noche los dos hombres desaparecieron del pueblo. No temían sólo al agente Astuto, sino a toda la población. Se deslizaron en la noche, silenciosamente, y se desvanecieron bajo la lluvia. ¡Pero te atraparán, Elías, te atraparán, Jacobo, y nadie lo sentirá! ¡Nadie!

Cuando amaneció, había mucha gente en el embarcadero, dispuesta a llegar hasta el faro. El viento era tan fuerte que enormes olas se estrellaban contra las rocas en las que se levantaba el faro. Pronto un bote fue lanzado al agua y Jeremías, el agente Astuto y el médico del pueblo iniciaron la travesía, cabalgando sobre las olas.

Por fin arribaron a los escalones de piedra y llamaron a la puerta. Del otro lado de la misma les llegó la alegre voz de Julián:

—Tendrán que derribar la puerta. Elías o Jacobo, o los dos juntos, nos encerraron y se llevaron la llave. No podemos salir y andamos muy mal de comida.

—De acuerdo —gritó Jeremías—. Alejaos de la puerta. El agente Astuto y yo vamos a derribarla.

Jeremías era viejo, pero se conservaba muy fuerte. Por su parte, el policía era duro como una roca. Bajo el peso de sus golpes, la cerradura no tardó en ceder y la puerta se abrió. Jeremías y el policía entraron en la habitación con tanto impulso que cayeron sobre los niños, enviándolos casi volando inicia el otro lado de la entrada. *Tim* ladró desconcertado y *Travieso* subió asustadísimo la escalera.

Pronto estuvieron todos en la habitación de arriba, y Julián relató su historia. Ana preparó té y lo repartió entre lodos. Jeremías escuchaba con la boca abierta, contento de que nadie estuviese herido, tomaba su té y escuchaba con gran atención.

—No sabíamos cómo salir de aquí cuando nos encerraron —dijo Julián, llegando al final de la larga historia—. Finalmente se nos ocurrió encender el viejo fanal y hacer sonar la campana. Apenas podía sostenerme en la terraza; la fuerza del viento casi me arrastraba. La estuve haciendo sonar durante un cuarto de hora y cuando sentí demasiado frío, me relevó mi hermano. Mantuvimos el fanal encendido mucho tiempo, pero se ha apagado hace un rato.

—Bueno, tanto la campana como el fanal cumplieron estupendamente su cometido —exclamó Jeremías, que parecía veinte años más joven de tan satisfecho que estaba—. ¡Ah! ¡Y pensar que el viejo faro se encendió y la campana sonó de nuevo! Por un momento creí que soñaba.

—No tardaremos mucho en coger a Elías y Jacobo —dijo el policía—. Me parece que lo mejor es que vosotros regreséis a

vuestra casa. El tiempo seguirá mal durante algún tiempo y no creo que aquí haya nada que os retenga.

—Bueno, pues en estos momentos sí que hay algo que nos retiene —contestó Julián—. ¿Recuerda usted el tesoro de los piratas del que nos habló, Jeremías? Bien, lo hemos encontrado.

Jeremías quedó tan asombrado que no pudo articular palabra. Se quedó mirando a Julián y cerraba y abría la boca como un pez. Julián sacó algunas monedas del bolsillo y se las enseñó.

—¡Aquí están! —dijo—. Y sabemos que hay miles de ellas guardadas en cofres y arcones y escondidas en uno de los túneles de las rocas. ¿Qué les parece? No podemos irnos de aquí hasta que lo pongamos en manos de la policía. Pertenece al gobierno, ¿no?

—Sí —respondió el policía—, pero vosotros recibiréis una fuerte recompensa. Ya lo creó que sí. ¿Dónde está el tesoro? Será mejor que vayamos ahora mismo.

—Bueno, tendremos que bajar por el pozo de cimentación del faro —dijo Julián gravemente, pero con un brillo burlón en sus ojos —. Hay que arrastrarse bajo los arcos del fondo, seguir los túneles con cuidado para que el mar no nos atrape y luego llegar a…

El policía dejó de escribir en su bloc de notas lo que decía Julián, y se quedó mirando sorprendido al muchacho. Julián se echó a reír.

—De acuerdo. Iremos a buscarlo nosotros y se lo entreguemos sin faltar una sola moneda —dijo—. La verdad es que no necesitamos bajar por el pozo. Podemos ir por el otro camino, el que nos enseñó Jeremías. Lo recogeremos esta mañana, y luego, a casa. ¿Sería usted tan amable de llamar a «Villa Kirrin» para que nos manden un coche a las doce, agente?

—¡Qué alivio! —suspiró Ana—. Las aventuras son algo estupendo, pero por ahora ya he tenido bastante. Y, además, el tiempo ha sido horroroso. ¡Agente, mire, el mono le ha cogido el pito!

Travieso no sólo había cogido el pito, sino que estaba decidido a tocarlo. ¡Piiiii! ¡Piiiii! Jeremías se llevó un gran susto, y *Travieso* recibió un cachete que le quitó las ganas de seguir jugando.

—Adiós, Jeremías —se despidió Julián—. Ha sido un placer conocerle. Y gracias por venir a rescatarnos. Algún día nos

volveremos a ver. Vamos, agente, iremos a buscar el tesoro con usted.

—Yo no voy —se negó Ana, a quien le horrorizaban aquellos túneles estrechos, oscuros y malolientes—. Aprovechare para hacer el equipaje.

—*Tim* y yo te ayudaremos —resolvió *Jorge*, que sabía que a Ana no le gustaría quedarse sola en el faro.

Los muchachos se fueron con Jeremías, el médico y el urente Astuto en el bote. El médico y Jeremías se despidieron en el muelle, y los tres muchachos y *Travieso* guiaron al policía hasta el tesoro. Tuvieron que abrirse camino entre la gente del pueblo, que, reunida en el muelle, esperaba ansiosa por enterarse de por qué se había encendido la luz del faro en mitad de la noche y por qué sonaba la campana.

—Abran paso, por favor —dijo el policía amablemente—. Todo va bien. Estos niños quedaron encerrados en el faro y no podían salir. Abran paso, por favor. No ha ocurrido nada.

—Bueno, ya ha acabado todo, Julián —dijo Dick—. A veces, incluso resultó demasiado emocionante. Me sentiré muy contento de verme otra vez en «Villa Kirrin», todo paz y tranquilidad.

—Te olvidas de que el tío Quintín y su amigo se encuentran todavía allí —replicó Julián, con una mueca—. Me imagino que no les hará ninguna gracia vernos regresar.

—No te preocupes. Se sentirán muy contentos cuando escuchen la fantástica historia que tenemos que contarles. Ya verás qué cara pondrán cuando les enseñemos una o dos monedas. A *Tim* le colgaremos una en el collar, como recompensa por guardarnos tan bien. Estará la mar de orgulloso.

Bueno, adiós a todos, Julián y Dick, ¡buen viaje a casa! Adiós, Ana y *Jorge*. Y *Manitas* también, y *Travieso*.

Adiós, querido *Tim*, el mejor de los amigos. ¡Cómo nos gustaría tener un perro como tú! ¡Hasta la vista!

FIN



ENID BLYTON. Nació en 1897, en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan *Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo* de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir

muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968, año en el que falleció. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.